

ALBERTO MASFERRER

Patria



COLECCION
POPULAR

© 1987 by Editorial El Financiero, S.A. All rights reserved. Printed in Mexico.

08-01-13-045-01-002

q 0.75

PATRIA

Colección Popular
Volumen I

Primera edición
Editorial Universitaria
San Salvador, 1960.

Impreso en la Editorial Universitaria «José B. Cisneros»
San Salvador, El Salvador, C. A.

1 9 6 0

ALBERTO MASFERRER

PATRIA

ARTICULOS RECOPIADOS POR
PEDRO GEOFFROY RIVAS



EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Salvador, El Salvador, C. A.

Colección Popular

dirigida por

Italo López Vallecillos

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

PROLOGO

El presente volumen contiene la mayor parte de los editoriales publicados por Alberto Masferrer en el diario PATRIA, que él fundó y dirigió de 1923 a 1930. He querido recoger y divulgar este aspecto de Masferrer, el más noble y valedero de los suyos, y acaso el menos recordado. O el más negado. El trabajo del periodista, si bien de gran eficacia momentánea, pierde actualidad de un día para otro y se diluye entre el fárrago de las noticias, para perderse en envoltorio de tienda o en más vulgares menesteres. Y aunque el surco se perennice y la semilla prenda, quienes gozan a la vista de la flor o recogen la espiga, ignoran el milagro del arado y el afán mesiánico del sembrador.

Masferrer fue un hombre de grandes contradicciones, negador de sí mismo, destructor de su obra, enemigo de su amor. Y este espectáculo magnífico del hombre que se busca desesperadamente y al encontrarse se destruye porque no se satisface, este trágico choque que se traduce en un constante anhelo de superación, tuvo en Masferrer a uno de sus más altos exponentes y constituye a la vez su grandeza y su miseria, su verdad y su mentira, su ciega negativa y su más rotunda afirmación.

La excelsa condición de no conformarse nunca, de buscarse sin tregua, la multiforme entrega diaria, el afán de comunión que transforma la palabra en vino y pan sin exigir contrición en quienes han de recibirlos, hacen tam-

bién de Masferrer una víctima propiciatoria de los sayones a quienes odió con todas las fuerzas de su alma y por cuya destrucción combatió hasta su último aliento.

Es así como el fabricante de aguardiente y el explotador de su prójimo y el detentador del poder y el mercader de carne humana, no pudiendo ignorar a Masferrer, exaltan y glorifican al poeta, al Masferrer de ENSAYO SOBRE EL DESTINO y de LAS SIETE CUERDAS DE LA LIRA, pero ocultan y disimulan al gran Masferrer de EL LIBRO DE LA VIDA y de EL DINERO MALDITO, y niegan rotundamente al formidable Masferrer del diario PATRIA.

Pero MI ALBERTO MASFERRER, el nuestro, el Masferrer del pueblo y de la vida, es éste: el terrible San Juan de EL DINERO MALDITO, el gran demoledor de mentiras de las FIGURACIONES SOBRE LA VIDA DE JESUS, el formidable agitador de PATRIA. Este es el Masferrer de la áspera raíz hundida en la profunda entraña de su pueblo, el del tremendo látigo justiciero, el de la escoba CHIRRIONUDA rascando la basura moral de los acomodaticios.

Tal es la razón de ser de este volumen: rescatar de las manos de los sáulos y levantar como una bandera de redención y de esperanza, al gran Masferrer que mira hacia el futuro y rompe brecha, bronca y difícil, pero cierta, hacia una definitiva libertad.

Pedro Geoffroy Rivas.

Octubre de 1956.

BLASON

Un andrajo de vida me queda: se perdió
en misérrimas luchas lo que era fuerza y flor;
rateros y falsarios hacen explotación
de mi luz, de mi anhelo, de mi fe y mi valor;
cuánta odiosa mentira serví, sin querer, yo...!
cuánto lucro y engaño con mi luz se amasó...!
Porque fui humilde y simple; porque en toda ocasión
creí que quien me hablaba tenía sed de Dios.
Lo que no profanaron los demás, lo mejor
que me diera el Destino, eso lo manché yo:
porque siempre fui débil, inestable y porque soy,
talvez, un pobre loco que enloqueció el fervor!
Y entre el diablo y el mundo hicieron de mi sol,
en vez de luz, tinieblas; en vez de paz, dolor...
Mas yo no culpo a nadie de mis caídas, no,
ni me inquieta un instante mi justificación:
si por necia o por débil mi vida fracasó
y en mi jardín florecen el mal y el error,
inútil ya sería saber si he sido yo
el culpable o la víctima de una maquinación.

Si el fruto está podrido es que el gusano halló
en él propicio ambiente para su corrupción.
¿Fué la obra de un demonio, del azar o de un Dios?
Es igual... No revive la flor que se agostó.

Ahora con los harapos de mi fe y mi valor
y lo que todavía me resta de ilusión,

he de alzar un castillo y en él, como blasón,
en un palo de escoba y hecho un sucio jirón,
haré flamear al viento mi enfermo corazón;
y en ese vil andrajo que será mi pendón,
escribiré con sangre, menosprecio y rencor,
este emblema del hombre que es su propio señor:
PARA JUZGARME, NADIE; PARA ACUSARME, YO.

Agosto 1927.

PATRIA

En este diario la palabra PATRIA tendrá perennemente una significación muy restringida y muy concreta: significará, en primer lugar y sobre todo, LA VIDA DE LOS SALVADOREÑOS QUE VIVEN ACTUALMENTE. El escudo, la bandera, los próceres, los antepasados, las guerras con los vecinos, Atlacatl, la mitología india y todo lo demás que forma el *Ayer*, pasará a segundo término, por muy interesante que parezca.

Sin duda, no negaremos el pasado, ni olvidaremos que es la semilla de que ha nacido el presente. Solo que, urgidos por la necesidad, y dándonos cuenta exacta de que estamos viviendo horas de peligro y de dolor; seguros de que nos importa más que nada *ser nosotros mismos, como realidad viviente y actuante*, concorde con las modalidades e inspiraciones del ambiente mundial, nos veremos obligados a concentrar todas nuestras fuerzas en torno del momento que se llama hoy, y a enfocar todas nuestras luces sobre los hombres, *sobre los salvadoreños* que están viviendo ese momento.

En tal concepto, la salud, el bienestar, la prosperidad, la comodidad, la cultura, la libertad, la paz y el contento de los salvadoreños *que viven hoy*, es para nosotros el valor supremo, la cosa primordial, intransferible, impostergable; y a obtener, mantener y mejorar esos valores, se encaminarán constante y firmemente las actividades de este diario PATRIA.

Deseamos que se comprenda bien que no hablamos de símbolos ni de abstracciones: no queremos absolutamente referirnos a la entidad que se llama *El Salvador*, ni al ser ilusorio, convencional y fantasmagórico que se llama *el salvadoreño*; no, absolutamente: nosotros hablamos de hombres y mujeres salvadoreños, de niños y ancianos salvadoreños; de personas que viven y trabajan; comen, duermen y visten; sueñan, anhelan y sufren, y para quienes su vida, *la vida de cada uno*, es un valor total, insustituible, único, que ningún otro, ni aún todos juntos los demás, podrían nunca compensar.

En este orden de ideas, lo más grave, la mayor desventura que puede acontecerle a la patria, es que un niño salvadoreño muera de inanición, o crezca sin escuela, o no aprenda oficio; es que un peón o un obrero salvadoreño se envenene semanalmente con alcohol, y falte cada lunes a su trabajo por causa de ese envenenamiento; es que una muchacha salvadoreña, por falta de previsión social se prostituya y viva de su vergüenza, cuando podría muy bien vivir de su trabajo; es que los tribunales perversos le nieguen o le bastardeen la justicia a quien la reclama justamente; es que un estudiante que debería hacer una carrera bien hecha, con estricta moral y ciencia bastante, salga con una caricatura de profesión, farsante o corrompido, a causa de que sus maestros no supieron instruirle ni educarle; es que el empleado que aportó heroicamente algo de su pequeño salario y lo confió a un Banco o a una caja de ahorros para que se lo custodiara, se encuentre una mañana con la noticia de que los custodios le han robado, con la complicidad o la indiferencia de las autoridades, y que se consagran, de allí en adelante, a ser hombres honorables, “puntales de la sociedad”; es el dinero al 5%; el mesón asqueroso y estrecho; las ciudades sin

agua; los maestros vendiendo sus recibos; los enfermos de los hospitales muriendo de hambre; las librerías importando obscenidades; los teatros y los cines representando porquerías; el labriego descalzo; la casa exorbitante; los caminos imposibles; los bancos transformados en montepíos, y los montepíos en ahorcaderos; es todo aquello que es y que no debería ser; todo aquello que adultera, empequeñece, defrauda, restringe, afea, entorpece y pervierte *la vida*, la vida de cada uno de nosotros, de cada salvadoreño que *vive hoy*, que sufre y trabaja, y que tiene perfecto derecho a vivir íntegramente, hasta donde lo permiten la tierra y la hora en que vive.

Nosotros sabemos que trabajando por los salvadoreños que viven hoy, si lo hacemos con tino y acierto, ya estamos trabajando con eficacia máxima por los que vivirán mañana. Así es que nos desentenderemos del porvenir, en el mismo sentido y por la misma necesidad que nos impele a desentendernos del pasado. El pasado es irremediable. El porvenir, se modelará enteramente según el hoy. Y, por otra parte, nada más sabio que conformarse al dicho de Jesús, de que “bástale a cada día su propio afán”.

En fin, y para terminar con las razones en que fundamentamos nuestro concepto de la *Patria*, queremos decir que El Salvador, como la mayor parte de los pueblos de la América Tropical, es un pueblo *inadaptado*; ni su espíritu ni su vida se armonizan bastantemente con las exigencias y aspiraciones de la época. Bajo las apariencias de una cultura meramente exterior y de imitación, están viviendo de ideas y sentimientos viejos, respirando una atmósfera viciada por el estancamiento, con los ojos vueltos hacia atrás, entregados al culto de toda clase de fetiches. De tanto mirar hacia atrás y contemplar lo que llaman

sus glorias, y su naturaleza, y su civilización ancestral, y sus próceres, y su idealismo, éstos pueblos han perdido la facultad de hacer, de vivir su propia vida, de ser ellos mismos, de trazar y dejar marcada con hondura y firmeza en la historia, la huella de sus pies.

Como la mujer de Lot, si no enderezan los ojos y el espíritu hacia adelante, se convertirán en estatuas de sal, y ninguna doctrina más útil puede enseñárseles e inculcárseles, que aquella que enseñó el Maestro de toda vida, a quien rehusaba seguirle porque antes había de arreglar los funerales de su padre: “Dejad que los muertos entierren a sus muertos”.

Abril 27 de 1928.

DAR

Dar es una palabra divina, una de las que encierran totalmente el misterio de la creación y de sus leyes. De Dios es propio el *ser*; de las cosas vivas y activas, el *ir*; de las cosas rebosantes es fuerza y amor, el *dar*. Ser, dar e ir, son la esencia, la expansión y el movimiento; la brevedad de su contextura material parece como que hiciera de esas palabras tres relámpagos, tres centellas en las cuales se encierra la máxima energía; como si las tres fases sagradas de la Trinidad pasaran delante de nuestros ojos, aterrándonos y deslumbrándonos. Dios es; Dios está en todas partes, que vale como decir que se mueve perennemente e infinitamente en la totalidad del espacio y del tiempo; Dios, da, se da, siempre, sin tasa ni medida, sin limitación posible, puesto que su naturaleza es infundirse en todo.

Las criaturas se elevan o decrecen según sus acciones y sus pensamientos conjugan esos tres verbos sustantivos que son, por excelencia, la *palabra*. Ser, dar, ir, marcan el amplio ritmo que determinan las oscilaciones de su vida, y aquellos que *van*, que *dan* y que *son*; es decir, aquéllos que encierran en sí la fuerza, y la llevan y la distribuyen, alcanzan el más alto grado de la existencia heroica y noble y bella.

Es una singularidad de esos tres verbos que, siendo los tres de terminación diferente, se confundan, se unifiquen en la forma presente, en el momento de la creación: *yo soy, yo doy, yo voy*. Diríase que un astro inmenso emitiera a un tiempo tres destellos, o como si un pájaro del

tamaño del Universo, exhalara a un tiempo tres gorjeos en los cuales se encerrara toda la música de la Vida.

Tener, retener, contener, son cosas vulgares, al alcance de cualquiera en quien el espíritu de la acumulación prive y triunfe. Tener, es la riqueza ordinaria, fea, mísera, aquella de que se dijo, simbolizándola en un hombre, que “donde está tu tesoro, allí está tu corazón”. Se puede uno enriquecer, llenarse de bienes, hipertrofiarse de dinero y ser cada vez más mezquino, más triste, oscuro, dañino y antipático. Se puede llegar a millonario como se llega a charca, y a multimillonario, como se llega a pantano. Y entonces los vapores de la riqueza, igual que los vapores de la marisma, incuban, desarrollan y extienden la fiebre.

Pero, también, se puede llegar a la riqueza como se llega a una cima, a una cumbre, y entonces la riqueza se vuelve una antorcha, una luminaria, y sus resplandores son vida y alegría.

Eso es lo que se llama ennoblecerse por el trabajo; extraer de éste la riqueza y convertir ésta en alegría y fuerza para todos.

La nobleza es aquel de los valores humanos que ninguna revolución ni trastorno, ni cambio de ideas, ni de formas sociales puede jamás abolir. Hágase lo que se quiera, los hombres continúan dividiéndose en nobles y plebeyos; únicamente que la escala para llegar a ser noble, va cambiando con los tiempos: se llegaba antes por el sacerdocio, por la sangre, por la ciencia, por la espada, por el arte; hoy se llega por el trabajo y por la bondad. Aquél que más trabaja y más ampliamente comparte con los demás los frutos de su trabajo, ése es el más noble; porque se hizo capaz de *ser*, y luego de *dar*.

Laudemos a quienes adquirieron en grande para dar en grande; regocijémonos con proclamar la nobleza del que sabe dar; del que atiende ya, en vida, a la necesidad que clama satisfacción; del que no espera a morir para agraciarse a quienes carecen; al que abre los ojos de su cuerpo, y ve, y abre luego los de su corazón, y remedia. Y proclamemos que esa es en nuestra vida moderna, la sola manera legítima de ennoblecerse: dar, darse.

Seamos nobles, hombres: demos nuestro tiempo, nuestra energía, nuestras ideas, nuestro dinero, y salgamos de la condición de ostras adheridas a la peña, o de la más triste aún, del pulpo, en acecho de vidas que absorber.

Enhorabuena, señor don Rafael Meza Ayau, por haberse iniciado usted en este camino de la nobleza. Los CINCUENTA MIL COLONES donados por Usted al Hospital de Santa Ana, le arman Caballero de esta Orden que ahora es la más alta: la Orden de la Misericordia.

Mayo 16 de 1928.

NUESTRO PROBLEMA ESCOLAR

Examinado numéricamente, es decir, en su realidad esencial, ese problema debe plantearse en estos términos:

El país tiene ahora alrededor de un millón setecientos mil habitantes, con un aumento anual de treinta mil, que va siendo mayor de año en año.

Si de este millón y setecientos mil habitantes deducimos un doce por ciento, que es el porcentaje mínimo de niños de siete a catorce años, tendremos unos doscientos mil niños que necesitan enseñanza primaria.

Mas, tomando en cuenta que bastantes niños, por impedimentos físicos y mentales irremediables no pueden asistir a la escuela, tomaremos un porcentaje de solo diez por ciento, más bajo, sin duda, que el número real, el cual nos dará para todo el país ciento setenta mil niños de siete a catorce años; no contando el aumento anual de tres mil, que es el décimo del aumento total de la población, y que, en sólo diez años, hará subir la cifra establecida a doscientos mil.

Prescindamos de tal aumento, que es grande y seguro, pero que puede descartarse en un cálculo hecho para un presente muy circunscrito, y limitemos nuestro estudio a los ciento setenta mil niños que ya, en este momento, necesitan recibir enseñanza.

Si suponemos —y es una suposición visiblemente exagerada— que la tercera parte de esos niños son de familia

rica o siquiera lo bastante holgada para educarles a su costa, nos quedará un total de ciento trece mil niños de siete a catorce años, a quienes la Nación ha de sostener en la escuela.

Todos los que intervienen en nuestro problema educacional, debieran grabar en su memoria, con trazos muy hondos, este veredicto inapelable: *que hay, en este momento, ciento trece mil niños de siete a catorce años*, que forzosamente han de ser instruidos a costa de la Nación.

Digamos de paso, que El Salvador no ha podido aún cumplir toda su obligación en este sentido: no ha pasado nunca de la mitad; ahora mismo, no alcanza a dar instrucción a más de sesenta mil niños. *¡Más de cincuenta mil niños no reciben enseñanza!* Esta cifra ilumina con siniestro fulgor el traído y llevado problema de nuestro analfabetismo, que no es, al cabo, sino un corolario del verdadero y capital problema: FALTA DE ESCUELAS.

Ahora bien, si llegáramos a poner las cosas en orden, es decir, a tener un concepto preciso de nuestras necesidades y de nuestros recursos, encontraríamos que el costo prudente, posible, de la educación de cada niño en las escuelas primarias, oscila entre dos colones en las escuelas rurales más baratas, y cuatro colones en las escuelas más caras de la capital. En otros términos: si queremos ajustarnos a la equidad en los fines y a la realidad en los recursos, no podemos invertir menos de dos colones por alumno en las escuelas rurales, ni debemos invertir más de cinco por alumno, en las escuelas de la capital.

El promedio de estos factores nos daría, para los ciento trece mil niños que necesitamos educar a costa de la Nación, tres colones mensuales por cada niño.

Y como la obligación nacional, forzosa, es educar a ciento trece mil niños de esa edad, resultará que El Salvador necesita invertir mensualmente en sus escuelas primarias, trescientos treinta y nueve mil colones. Cuatro millones mínimos por año.

Cuatro millones por año, no en escuelas de adultos, ni de complementación, ni de oficios, sino única y exclusivamente en escuelas primarias, para dar enseñanza a los ciento trece mil niños (cada año son tres mil más) que están a cargo de la Nación.

Nos queda, sin embargo, una coyuntura para reducir la cifra pavorosa, y nos apresuramos a tomarla en cuenta: ocurre que, no siendo la asistencia uniforme y constante, pues hoy asisten unos y mañana otros, viene a gastarse en la enseñanza de cuarenta niños lo mismo que se necesitaría para treinta, si éstos asistieran diariamente a la escuela. Este dato, que comprueba la estadística de todos los años, nos autoriza para una reducción de un veinticinco por ciento; lo cual nos deja firmemente sujetos a una obligación anual, irreductible, de tres millones de colones. Detallado eso, significa, por cada uno de nuestros ciento trece mil alumnos, algo más de 27 colones anuales.

Este es el problema escolar en El Salvador, contemplado desde las cimas desnudas y frías de la aritmética: tres millones de colones anuales para costear nuestra enseñanza primaria, montada y sostenida con la más humilde prudencia, con modestia extremada y juicio claro.

¿Hay otros aspectos del problema? Sin duda que sí, y a cual más interesante; pero más radical y decisivo que éste, no lo hay.

El número es el alma recóndita de todas las cosas; es la razón de ser de todas las cosas, de su origen, de su mantenimiento y de su perfección. Cuando se llega a descubrir, a comprender ese último y esencial carácter de una cosa —que es su razón numérica— ya nada hay que decir ni qué hacer, sino conformarse a sus imposiciones, ajustando la previsión y el régimen a lo que demanda aquella suprema e inflexible realidad.

Numéricamente, nuestro problema escolar se formula así: necesitamos, para nuestra enseñanza primaria oficial y municipal, tres millones por año. ¿Dónde los hallaremos?

Junio 15 de 1928.

NO REDENTOR SINO BARREDOR

Sobre la advertencia cordial que se me hace en la carta del señor Orellana, de Metapán, publicada y comentada en la edición de anteayer, tengo aún alguna palabra qué decir, necesaria para que se comprenda bien mi actitud en este periódico.

Y es, que la frase o refrán “el que se mete a redentor muere crucificado”, en nada me atañe, por la buena razón de que no intento redimir a nadie. Me sentiría blasfemo, sacrílego, si me aplicara, o aceptara que me fuera aplicado el calificativo excelso de redentor; ni siquiera el de maestro, que vale muchísimo menos que el primero. Si algunos me dicen maestro, ello es exceso de cariño de mis amigos, deseo de alentarme en otros, y mera imitación en los demás. Y aunque yo lo agradezca, ello es que me estorba grandemente, porque me desplaza, me impide trabajar a gusto y con tranquilidad en la esfera voluntaria y circunscrita de mi trabajo. Si se refiere a mis tendencias literarias, a mi manera de escribir, ese calificativo es del todo falso, porque no tengo discípulos; nadie me sigue, al menos que yo sepa, de consiguiente, carece de sentido llamarme maestro.

Ahora, si se trata de mi acción social, de mi anhelo porque ciertos vicios, ciertas costumbres y ciertas ideas arraigadas en mi país sean extirpados o siquiera atenuados, entonces el adjetivo de maestro asume proporciones tarasconenses, tan hiperbólicas que harían protestar al mismo Tartarín.

Lo que pasa es ésto: que habiendo vivido trece años fuera de mi país, en centros de mucha cultura; habiéndome acostumbrado a ver realizadas, vividas plena y fácilmente instituciones y costumbres que se tienen entre nosotros como utopías; habiendo recibido auxilios de mi país a fin de que hiciera y aprovechara mis viajes, siento como un imperioso deber el esforzarme para que tales costumbres e instituciones se realicen aquí también; se me hace insoponible no ver en torno mío igual ambiente de cultura que ese en que viví en otras partes, y ha venido a ser una necesidad de mi organismo, una función vital, dispararme con todas mis fuerzas contra el hacinamiento de prejuicios, de mentiras, de explotación, de rancias ideas, de sentimientos rastrosos que forman nuestro ambiente mental y psíquico, tenido y admirado aquí por la gran mayoría como vida civilizada, y que para mí es, sencillamente, basura moral y mental. No se sabe qué abunda más en El Salvador, si la basura moral y mental, o la basura física, con todo y ser muchas de nuestras ciudades, bullentes y crecientes basurales de esta última clase. Y es claro: si no hubiera tanta basura en nuestros cerebros, no habría tanta en nuestras calles, en nuestras casas y en nuestros campos. Durante un medio centenar de años se ha formado en nuestro país una Gran Pirámide de basura: es un bloque alto, ancho, macizo, profundo, que de lejos tiene el aspecto de una roca, así son de compactas sus petrificaciones. Y, por supuesto, a quienes han vivido y viven admirando y aún adorando esa mole, y sintiéndola como progreso, cultura y civilización, les escandaliza y subleva que alguien venga, y con el canto irreverente de su pluma raspe la costra *neisne* y petrificada por los años y por la desidia mental, y les diga con brusquedad y aspereza: vean, ésto que ustedes se imaginan granito, mármol, cristal de roca, no es

sino basura; basura muy vieja, muy podrida, muy nauseante, que a nuestros ojos y a nuestro olfato le hace ya el efecto de la piedra viva y resistente. Es basura, y hay que botarla y quemarla, si es que no preferimos que lleguen hombres mejores, con un concepto más limpio de la vida, y nos boten y nos quemem con ella. Ustedes dirán que tenemos *el derecho* para salvaguardarnos, pero es mentira: la basura no tiene derechos, y quienes la cultivan y adoran, tampoco.

Es ley inviolable del Universo que lo que se pudre desaparezca y se transforme, a fin de que vuelva, regenerado, a nueva existencia, más alta y luminosa y bella; es ley que viva y florezca lo que merece vivir y solo en la forma y en la medida en que merezcan vivir. La basura, hermanos, sea de tronchos de col, de tronchos de pensamientos, no merecen vivir aunque esos tronchos asuman las formas de leyes, centros de educación, de aristocracia, de libertad y de ciencia. Y ésto es lo que nos sucede: que estamos adorando tronchos de col, roídos, podridos, tumefascientes, pestilentes. Y éso no lo he inventado yo, sino que puede comprobarlo cualquiera de ustedes, si tiene buena voluntad y se va por el mundo, a observar y a comparar.

Este es el caso: no pudiendo yo avenirme a vivir en paz con el juego de gallos, con la embriaguez, causa del 80% de los delitos, y sin embargo fomentada; con que se permita la importación de armas prohibidas; con que se monopolice la tierra y se concentre en unas pocas manos feudales y opresoras; con que se permita introducir el hule para matar pájaros; con que se desriñone a las sirvientas con el grosero oficio del trapeado; con que se usurpe a los campesinos su trabajo y se les mantenga sin zapatos, sin escuela, sin médico, alimentados sólo con tortillas, frijoles

aguardiente; con los seudónimos, tras de los cuales se esconden mentidos y desorientados dirigentes; con una imaginaria educación de la mujer, que ya casi no forma sino tenedoras de libros, como si la mujer de aquí fuera una estúpida, incapaz de otra cosa que la teneduría... No pudiendo yo vivir contento, ni resignarme a toda esa barbarie, y debiendo *hacer* alguna cosa por mi país y POR MI, por mi propia alma, para no asfixiarme en la basura, he convertido mi pluma en ESCOBA, y me he puesto a dar escobazos a la Gran Pirámide, a ver si va reblandeciéndose y llega un día en que la podemos derruir y barrer.

Así es que, por algún tiempo, y mientras me toleren y me alcance el aliento, soy el barredor de la casa, el hombre de la escoba, sin pretensión ninguna de redimir ni de enseñar, sino, simplemente, de *barrer*. Este es mi oficio, por ahora: BARREDOR; modesto barredor que se humilla a hundirse en la basura, para quitarla del paso y dejar limpio el campo donde los que vienen edificarán.

¿Qué éso me puede traer complicaciones y disgustos? Ya lo sé; pero me conforta saber que esta mi escoba no es plumero de sacudir bibelots, ni cepillito para extender y atersar los polvos de arroz, sino tramazón áspera de chirriones que deja surco ahí donde se aplica, y desquicia y trastorna la basura que no alcanza a barrer.

Y además, tener disgustos es inevitable.

Junio 16 de 1928.

EL DIA DEL MAESTRO

Saludamos a los señores maestros y hacemos votos fervorosos para que comiencen a pensar con nosotros, en lo que debe hacerse para que llegue, en espíritu y verdad, *el día del maestro*.

Ningún otro acontecimiento influiría más y mejor en la historia contemporánea que el advenimiento de ese día; ninguno sería tan eficaz como él para que del caos moral y espiritual en que el mundo se debate ciego y angustiado, surgiera un nuevo mundo, ordenado, cordial, luminoso, y bueno para que los dioses sonrieran, pensando como el Creador Bíblico, que el mundo era bueno. “Y vió Dios que era bueno”, refiere el Génesis.

Ahora, ningún Dios hourado sería capaz de afirmar que el mundo es bueno, y nos figuramos que todos ellos han de esconder la faz entristecida al ver en lo que ha venido a parar su obra. Este mundo del dólar, en que todo se halla subordinado al dinero; en que atesorar y gozar son los anhelos predominantes, casi únicos; en que para amasar riqueza se extorsiona y se asesina en mil formas, no es bueno, ciertamente.

Vivimos en el *día del millonario* y el *Millón* es el verdadero y terrible Dios de los hombres. Antes hubo el día del mago, el día del sacerdote, el día del rey, el día del guerrero, y de cada una de esas épocas, fué surgiendo la humanidad, más o menos destrozada, pero, al cabo, con el corazón esperanzado. Ahora, hemos caído en la Epoca

Millonaria, como se cae en un abismo, y acaso nunca estuvo la humanidad en mayor peligro de naufragio total. No conocemos otro salvavidas, ni trozo de mástil, ni tabla flotante para asirnos y flotar sobre las olas tumultuosas, que el advenimiento del *día del maestro*.

En algunos países: Costa Rica, Dinamarca, Suecia, Noruega, el alba tímida de ese día ha despuntado ya; en otros, la luz batalla encarnizadamente con la noche y hay momentos, en que de la hondura tenebrosa surge una como palpitación menos oscura, que se diría un resplandor.

¿Y nosotros? ¡Nosotros!

Si comenzamos a pensar en lo que debe hacerse, y cómo debe hacerse para que llegue el día tan ansiado, indicaremos como elemental condición, que nuestros maestros adquieran una extensa, sólida y *conexa preparación*. Cinco años de serios estudios, *después de una Primaria bien hecha*, es lo menos a que debe aspirar quien tenga conciencia de lo que requiere esa profesión del Magisterio, cuando no es un charlatanismo inhábil, ni un simple arbitrio para ganar un sueldo. Luego, se requiere que los maestros, en servicio de su misión, de su ideal, *acepten plenamente, gozosamente*, la cruz que han de llevar sobre sus hombros hecha de la incomprensión, de la mezquindad, de la estupidez y de la grosería ambientes; deben saber y aceptar, que su trabajo no es únicamente enseñar y educar al niño, sino, además, desbarbarizar al padre y a la madre. La cruz es temible, aniquiladora, cuando se lleva con enojo, con ira, con despecho; mas cuando se lleva con resolución y valor, con espíritu de voluntario sacrificio, entonces se hace leve, y

hay momentos en que sus brazos trágicos le hacen a uno el efecto de alas poderosas que le llevan hacia las estrellas.

Después, será preciso que los maestros estudien profundamente la dolencia de su país; que sondeen en su carne enferma para localizar el mal, y que de su corazón y de su cerebro extraigan los remedios eficaces. Han de penetrarse y saturarse de esta convicción de que sólo en el niño y en el joven se puede redimir y renovar la patria. La regla es que a los cuarenta años el hombre se ha extraviado, a los cincuenta pervertido, y a los sesenta cansado. De los 25 a los 40, corren nuestros días como una impetuosa corriente que va recogiendo basuras y lodo, a pesar de sus anhelos por no recoger sino cristales. Llegan los cincuenta y la fuerza de edificación se acaba; el luchador perece, y queda solamente el gozador, o el decepcionado que busca el olvido y el reposo.

Así, no hay más terreno para la siembra y la recolección del grano con que se amasa la patria (*hombres que viven en una misma tierra, bajo una misma ley, y se respetan, se aman y se ayudan*), que el niño, el adolescente y el joven; de los siete a los veinticinco es cuando el kindergarten, la escuela primaria, la escuela de complementación, y el colegio y la universidad, han de modelar, purificándolo, el barro de que se forja al hombre, al *hijo del hombre*, el único que verdaderamente lleva en su corazón y en sus hechos eso que se denomina *amor de patria*.

Pero, “nadie da si no lo que tiene”. Esta ley universal, sin excepción ni atenuación posible, traza a los maestros, en estricto resumen, lo que han de ser ellos para que preparen el advenimiento del día del maestro. No se da si no lo que se tiene, y si es ignorante, aturdido, gruñón, in-

teresado, perezoso, vicioso, no sabrá nadie, ciertamente, extraer de sí mismo e infundirlo en el niño, en el adolescente y en el joven, sino pereza, ignorancia, mal humor, egoísmo, aturdimiento y perversión.

El maestro, el hombre que ha de traernos *el nuevo día*, que bordará con sus resplandores las brumas asfixiantes del *día del dólar*, no puede ser si no *uno que se da*. Y para darse, antes hay que ser.

Repetimos nuestra salutación a los maestros salvadoreños, y ascendramos nuestros votos para que *se hagan*. Para que *sean* para que *se den*.

Junio 22 de 1928.

DE MAL VIVIR

Dos cartas hemos recibido en un mismo día, quejándose de que se permita entrar a los parques, a la hora del concierto, a *las mujeres de mal vivir*. Antes, nos dicen, la policía evitaba que esas mujeres *de mal vivir*, pasearan allí, a la hora en que lo hacen las gentes... de qué? De bien vivir, acaso?

Qué fácil es hallar malo el vivir de los demás y qué difícil, *qué difícil* llegar a sospechar siquiera que el de uno anda contaminado del mal. Enorme la pajita del ojo ajeno; insignificante e imperceptible la viga del nuestro. Y aunque Jesús haya enseñado, y la ciencia lo haga ya evidente, que no hay pecado ni crimen individual, que todo pecado o delito es colectivo, el orgullo cierra nuestros ojos a la evidencia y nuestros oídos al consejo, y continuamos, airada la mano leprosa, indicando la puerta a quienes viven mal, es decir, a los que padecen de un vicio que no es el nuestro. El usurero se indigna contra el jugador; el jugador excomulga al rufián; el rufián truena contra el ladrón y el ladrón se encrespa a la vista del opresor. Así, nosotros, como no somos *mujeres de mal vivir*, exigimos que se las arroje de allí donde se ostentan nuestra honestidad y nuestro pudor.

¿Pero es verdad que no lo somos? ¿Es verdad que no tenemos nuestra parte, *la mitad cuando menos*, en la prostitución de esas mujeres? ¿Acaso hay prostituida sin prostituyente? ¿Puede haber comercio con sólo vendedor? Si

la mujer se vende, es porque hay un hombre que la compra; y entonces, tan de mal vivir es el uno como la otra, y ambos merecen, si es que lo merecen, que se les arroje de los lugares a donde van las gentes honestas. Si se arroja a la vendedora y se deja tranquilo al comprador, es porque no se tiene idea clara de lo que es justicia, de lo que es consecuencia, de lo que es sentido común.

Para colmo de absurdidades, se trata de un comercio que la ley permite, reglamenta y vigila; por supuesto, con resultados enteramente nulos, salvo el muy valioso de patentizar cuán torpe es esa ley que reglamenta el mal, en vez de extirparlo o de reducirlo a sus límites extremos. ¿En virtud de qué se persiguen la ebriedad, el juego, la vagancia, la usura y aún el robo, en vez de *reglamentarlos*, así como han reglamentado la prostitución? ¿Y para qué el empeño de extirpar la ignorancia, en vez de reglamentarla?

Para cualquiera que haya estudiado con alguna atención la psicología de esas mujeres de mal vivir, de las que hacen su comercio *cínicamente*, es innegable que lo que en ellas predomina es una incapacidad mental extraordinaria, a tal grado que sería más fácil hacer comprender ciertas ideas a una foca que no a ellas. Su sentido moral es tan incipiente, que apenas si alcanzamos a descubrirlo con trabajoso empeño. La gran mayoría entre ellas no son inmorales sino *amorales*, y sería muy fácil probar que algunas no elevan su comprensión moral sobre la de un caballo, un elefante o un perro educados. Las que no son bestias, mejor diríamos *pre-humanas*, sólo pertenecientes a la especie hombre *por su figura*, son *degeneradas*: son aquellas en quienes el contagio, la miseria, la ignorancia, la torpeza familiar, a veces la brutalidad y la crueldad

de un hogar infame, han aniquilado lentamente, o entenebrecido la conciencia de lo que es honesto y lícito. Son las menos, y casi nunca se verá entre ellas una mujer de inteligencia equilibrada, salvo fugazmente y para reaccionar con fuerza en el sentido de su purificación.

En ambos casos se trata de *enfermas*: de instintos primitivos, atrofiados, semi-bestiales, o de sentimientos depravados o extraviados. De *ensayos* de criatura humana, fracasados por lo que hace a la conciencia moral, o de criaturas *realmente* humanas, a quienes el ambiente ha dejado caer o ha sumergido en las tinieblas. Exactamente como si se tratase de ciegos de nacimiento en el primer caso, y de enfermos de cataratas en el segundo.

Y sería la más torpe y extravagante legislación, aquella que en vez de fundar escuelas para ciegos y clínicas para curar las cataratas, reglamentara, sancionara y vigilara la ceguera, como un vicio inevitable e incorregible. Que es, precisamente, lo que se hace entre nosotros con la prostitución.

Nada habría más fácil, más sencillo, más curativo, más económico y más limpio, que recluir a todas esas desventuradas en *casas de trabajo*, donde, asegurándoles el pan, un mínimun de vida suficiente, se las obligara a ganarse ese pan; donde una disciplina severa —la que resulta de un trabajo bien organizado— vigorizara su voluntad incipiente y voluble; donde una instrucción adecuada, fuera despertando su conciencia aún dormida o narcotizada; donde una higiene rigurosa les creara esa auto-estimación que da la limpieza, y donde el tratarlas como enfermas, como a ignorantes, sin desprecio y sin enojo, les hiciera sentir deseos de ser correctas y honestas. En fin, donde quedarían recluidas para siempre, aquellas incurables, re-

acias a toda mejoría mental, así como permanecen en los manicomios, reclusos para siempre los alienados incurables.

En verdad, este problema tenebroso de la prostitución no lo es sino porque la concupiscencia del hombre, su deshonestidad, su lascivia, lo han vuelto así; porque *el comprador* está interesado en que *la vendedora* permanezca en tales condiciones que le permitan a él ser *honorable* y aparecer inocente, descargando sobre la mujer prostituida la abominación exclusiva de la culpa.

Así, mientras el cómplice, más sagaz y más fuerte, el que hace las leyes, el que dirige y orienta la vida política y social, pasea tranquila y honorablemente en el parque a la hora del concierto, la otra, la co-autora, inferior en todo y por consiguiente menos responsable, es arrojada con vilipendio, *por su mal vivir!*

Y eso será muy cómodo, y muy grato para quienes así lo disponen, y muy conveniente para cubrir con el manto gris y mohoso de la mentira convencional, la hipocresía disfrazada de honestidad, pero no es ni cristiano, ni científico, ni humano, ni lógico, sino, simplemente, absurdo, inicuo y perverso.

Por lo que hace a lo que piden nuestros corresponsales, la solución es sencilla y única: echar de los parques a quien quiera que cometa desórdenes, de palabra o de hecho; a quien escandalice en cualquier forma, sea de *mal vivir* o de *buen vivir*.

¿Dónde termina aquél? ¿Y dónde empieza éste?, solamente Dios puede saberlo; y nosotros apenas sospecharlo, en los raros y momentáneos accesos de sinceridad, que nos descubren los abismos de nuestra propia alma.

Junio 26 de 1928.

CULTURA

Para que lo lean y lo mediten los jóvenes.

Forma parte esencial de la cultura, el empeño de la persona *culta*, en conformar el medio ambiente a su propia manera de pensar y de sentir, o sea de imprimir el sello de su vida interior sobre toda la vida que le circunda. Un músico, si lo es *intensamente*, no estará contento si no ve que el gusto musical se extiende en torno suyo; el pintor anhela que en toda casa haya buenos cuadros y el matemático no se halla satisfecho si no cuando el estudio de su ciencia se vuelve preferido entre los estudiosos. Un jardinero que no sueñe convertir la ciudad en un jardín, no ha sentido aún el culto de la flor, y el deportista que no forcejea para que todos corran y salten y peloteen, no es más que un falso deportista, un mezquino que ignora el placer inmenso y vital de expandirse en las vidas de los demás.

Ello es así porque el instinto universal es derramarse; hacerse fluido como el agua y como el aire, y esparcirse ilimitadamente, hasta sentirse uno mismo ilimitado y universal.

Todo invento, descubrimiento, propaganda, viaje dificultoso y peligroso, empresa de organización y conquista, lucha dolorosa y mortal para difundir una doctrina o crear instituciones que renueven la vida, se origina de allí: de la necesidad que siente el hombre fuerte, vital, de extenderse más allá de sí mismo, de hacer el ambiente a su imagen

y semejanza. Quien se conforme con que las cosas sigan como él las encontró, como los demás se las dan hechas, como la tradición y la rutina las modelaron, y se acomoda a vivir entre los rincones polvorientos de ideas rancias, de sentimientos vulgares y de hábitos enmohecidos, no es ciertamente un *hombre*, en el noble sentido de la palabra, no es un *humano*, sino un animal que ya alcanzó la forma, pero todavía no el espíritu de humanidad.

Lo mismo se aplica esta ley a los pueblos que a los individuos. Los pueblos fuertes, cargados de vigor, serán necesariamente expansivos y querrán modelar el mundo a su propia imagen. En forma de conquista armada, de expansión comercial, de influencia literaria o científica, de imposición de sus leyes o de su idioma, de imperio de sus modas o de su religión o de su moneda, el pueblo cargado de vida, de fuerza, pugnará inquieto, sugerente y aún agresivo, para salirse de sí mismo, rebasar el cauce de sus modalidades, infundirse o trasfundirse en los demás y hacer de ellos imágenes suyas, variaciones o repeticiones del tema que encierra su propio yo, expresado en forma de cultura.

Al contrario, los pueblos sin espíritu —aglomeraciones de hombres en un territorio— sin más deseo que vivir animalmente, gozando de su comida y su bebida, no realizan ningún esfuerzo para alcanzar una cultura original, y menos aún para extenderla más allá de sí mismos. Son como arcilla, pasivos y plasmables y lo reciben todo, inerte, del azar, de la tradición, de los sucesos, de las fuerzas naturales, de lo que le imponen o simplemente le proponen y sugieren los pueblos intensos y expansivos. Un pueblo así no inventa ni crea nada: cambia sus modas, sus gustos, sus hábitos, cada vez que le llega de fuera la

sugestión o la imposición de cambiarlos; adquiere ideas y creencias nuevas, apenas recibe la leve influencia de la voluntad exterior; su ademán, su tono social, su idioma, hasta su comida y su bebida, serán otros, apenas el interés o simplemente el espíritu dominador de fuera le presente nuevos modelos, nuevas formas, nuevos moldes en que vaciar su arcilla amasable e impersonal.

Un pueblo así no tiene alma propia, no tiene carácter, no tiene individualidad, y si no los adquiere o desenvuelve, su destino en la historia está marcado ya: ser materia prima que amasarán y manipularán los pueblos originales; y mientras llega la hora de caer entre sus dedos vigorosos e inflexibles, ser una *caricatura*, una pantomima perenne en la cual se juega a la cultura, imaginándose que aquel copiar y recibir constantemente las formas que de fuera le llegan, es civilización y progreso, cuando, en verdad, es solo pantomima.

Queremos decir para extraer la lección práctica de ese tema, que una clase conductora, realmente capacitada para dirigir, *ha de enfocar todas sus fuerzas* en crear, mantener, desenvolver y vigorizar lo que se llama alma nacional, o sea el propio espíritu acorde con la propia índole y con el propio ambiente. Ese trabajo, así entendido y orientado, originará *una cultura propia*: es decir, costumbres, leyes, instituciones, aspiraciones, artes, gustos, maneras de sentir y de pensar, no copiados sino propios; como vivas y palpitantes manifestaciones de su *yo* nacional, que puede y merece perdurar.

Eso se llama crear y vivir y *proyectar* una cultura: es decir, HACER UNA PATRIA.

Junio 29 de 1928.

EL MINIMUN VITAL

Por el simple hecho de nacer, y desde el momento en que nace, toda criatura humana tiene derecho absoluto a un *mínimum de vida*, el cual incluye todo lo que es necesario para su desenvolvimiento normal, especialmente el vestido, el techo y el pan. El niño es el dueño *legítimo* de esas cosas desde que nace y por todo el tiempo que necesite para ser capaz de subvenir él solo a sus necesidades con integridad y eficiencia.

Estos derechos, estos bienes del niño, no se le dan, porque son suyos; no se le otorgan, sino que se le reconocen; no se le agracia con ellos, sino que se le pagan; sus padres, la Comuna y el Estado les son deudores; no sólo por haberle traído a la existencia, sino porque él es el continuador y mantenedor de la raza. Si él no viene la familia desaparece, la Comuna se extingue, el Estado se debilita y muere.

De tal manera, el niño *es el dueño* por excelencia; el heredero legítimo; el que tiene los derechos primarios e inalienables; el que mantiene y vigoriza a la nación; el que renueva y permite que se mejoren, se purifiquen y se acrisolen las cualidades características y vitales del pueblo.

Todos los demás derechos se desvanecen o palidecen si se enfrentan a los derechos del niño: una cuádruple paternidad, anterior y superior a toda ley, le hace el heredero de su padres; del ambiente próximo que es la Comuna,

del ambiente genérico que es la Nación; en fin, de la raza, que es la expresión humana del pensamiento y del querer de Dios.

Para el niño no hay caridad ni beneficencia, y cuando tales máscaras cubren lo que se hace por él, no es sino porque alguien le está usurpando lo que es suyo. Donde quiera que un niño padece hambre, frío, intemperie, inasistencia, desamparo, es que se le está robando; donde quiera que un niño carece de buena casa, buen abrigo y buen pan; donde quiera que un niño carece de escuela, de recreo de aire y de luz bastantes; de cuanto sea necesario para hacerle sano, vigoroso y alegre, es que uno o muchos, amparados o apañados por la ley, por la religión, por las costumbres, por una nubosa y sucia mentalidad social, le están robando a ese niño su vida, su derecho, su haber.

No hay niños *ilegítimos*, no los hubo nunca, no los habrá jamás. Sin duda que hay uniones ilegítimas: todas aquéllas que determinaron el orgullo, la vanidad, la ambición, la sensualidad, el dinero; todas aquéllas que juntaron a cónyuges sifilíticos, alcohólicos, leprosos, alienados, contagiados de cualquier enfermedad grave, incurable y hereditaria; todas aquéllas en que la degeneración física o mental extrema de quienes se aparean, no puede originar más que frutos podridos que vendrán seguramente a envenenar y corromper la vida. Hay, decimos, *cónyuges ilegítimos* y la ley debe prever, dificultar, evitar, y aún castigar esas uniones, para no cargar a la comunidad con el lastre morbozo de generaciones ineptas; mas, en ese concepto, es *el padre el ilegítimo*, el responsable, el culpable; no el niño: tal como no es responsable de su fealdad la estatua, sino quien la esculpió. El niño, la estatua que esculpieron en colaboración intencional o inconsciente, pero cierta, los pa-

dres, la Comuna, la Nación, es de necesidad *legítimo*, total y perennemente legítimo, y su derecho, *el Minimum Vital*, no decrece por las taras y morbosidades congénitas, sino que, al contrario, se torna imperioso y clamoroso, puesto que la única manera, la única posibilidad de atenuar las deficiencias físicas y mentales del niño anormal, consiste en extremar con él los cuidados y la asistencia; en darle alimentación esmerada, casa amplia, sana, soleada y alegre; vestidos limpios, variados, confortantes y graciosos; escuela sabia, capaz de extraer, por su disciplina, su amorosidad, su ciencia, su prudencia, los buenos gérmenes que están oprimidos o deprimidos por los malos, vigorizándoles, exaltándoles hasta su potencia máxima, para que se sobrepongan sobre los gérmenes viciosos y acaben por deprimirlos y atrofiarlos.

Tenemos aún, y vivimos bajo su imperio nefando y torpe, leyes, creencias religiosas, costumbres, tradiciones, prejuicios y rutinas mentales que relegan al niño a segundo término; que le declaran ilegítimo; que se imaginan ascender a la santidad cuando le otorgan la mezquina e inepta caridad de un hospicio; que dan a la farisaica limosna ocasional de juguetes y vestidos, hecha en cantidad y formas infelices, caracteres de una heroica hazaña; que llaman previsión social y educación, a la desdichadísima escuela primaria con sus pobres maestros, sus pobres casas, sus pobres instrumentos de trabajo, su pobre enseñanza, su pobre presupuesto y su pobrísima comprensión de los derechos y de las necesidades del niño. Sí, tenemos todo éso, y lo vamos llevando como un trofeo; como una flor de civilización cristiana y de filosofía y de ciencia. Pero si así lo juzgamos y nos enorgullecemos de vivirlo, es simplemente porque, encostrados nuestro corazón y nuestro pensamiento bajo la más espesa costra de barbarie, ya no somos capaces

de discernir, y el bien y el mal se nos confunden a los reflejos lívidos y nebulosos de una moral de trogloditas. Así se acostumbra uno, si no tiene para alumbrarse más que el velón de sebo sumoso y mal oliente, a imaginarse que no hay ni puede haber una luz mejor, y su sorpresa es indecible cuando por vez primera ve los fulgores poderosos de un gran foco eléctrico, que colma de claridad los rincones de la casa, y conforta y alegra con la generosidad de su esplendor.

Sí, tenemos esas leyes y esas religiones y esa moral. Las tenemos aún, y han durado mucho, y han causado inmenso daño, y nos han sumergido en tinieblas tan espesas, que ya se hace casi imposible recordar por qué rumbo se ocultó, el sol, ni saberse por dónde volverá. Mas ahora, deben morir. Debemos desembarazarnos de ellos con resolución y premura; debemos crear y organizar una nueva y más alta concepción de la vida, en la cual, el trabajo, el hogar, la propiedad, la religión, la ley, la educación, las costumbres, todo, se halle subordinado francamente al bien del niño, al acatamiento íntegro de los derechos del niño; el único cuyos derechos no admiten tasa ni medida, ni restricción, ni prescripción.

Ya no es un ideal para nuestro tiempo el gesto de Jesús invitando a sus amigos a dejar que los niños se le acercaran, como para reconocer y declarar que ellos también merecen tener franco el camino de la justicia y del respeto. Próxima aún la edad en la que el padre romano era dueño de condenar a muerte al niño recién nacido, con sólo no levantarlo del suelo, expuesto allí a sus ojos de tirano familiar, el gesto de Jesús tuvo un sentido altísimo, pues equivalía a establecer la doctrina de que *también el niño tenía derecho a vivir.*

La vida moderna, la concepción de la vida buena y alta de hoy, ya no se satisface con aquella limosna de la misericordia, sino que exige el don perenne y abundoso de la justicia. Así, en vez de aquella dulce voz que dijo “dejad que los niños vengan a mí”, tenemos nosotros qué clamar con tono severo y exigente: “Dejad, vosotros, egoísmos e ignorancias de todo género: religiosos, familiares, sociales, morales y jurídicos, *dejad que vayamos a los niños*, y les demos la primacía, y reconozcamos que el derecho, el supremo derecho, la legitimidad total y perenne son suyos, y que nosotros estamos aquí para acatarles y servirles.

Julio 2 de 1928.

CUATRO DE JULIO

En otro tiempo, era este un gran día para toda la América. Los del Norte celebraban su emancipación de Inglaterra. Los del Centro y del Sur, celebraban la Independencia de la nación poderosa y *generosa*, que emplearía su inmenso poder, llegado el caso, en ayudar a sus hermanas a mantenerse libres y a desenvolverse en la libertad y la cultura.

Así, el 4 de Julio era el día de América, el día panamericano. Entonces no reinaba Wall Street, ni los hombres del norte habían aprendido que las palabras internacionales tienen dos usos, uno para *decir* y otro para *hacer*.

Ahora, el 4 de Julio carece de significación fuera de los Estados Unidos, y hasta se nos vuelve difícil no sentirlo como una fecha repulsiva, de recuerdo antipático. Porque la nación que lo conmemora y festeja, no es ya para nosotros una esperanza, ni siquiera una tranquilidad: es la conquista, es el menosprecio, es la absorción.

Sin embargo, queremos saludar este día; queremos recordar algo que enaltezca a los que hoy nos deprimen; queremos ensalzar un nombre que sea entre ellos y nosotros una promesa de reconciliación, una esperanza de confraternidad.

Felizmente existe ese nombre y lo acogemos para se-

ñalarlo como un símbolo de verdadera justicia, de sinceridad total en la palabra y en la acción.

Saludemos, pues, reverentes, el nombre inmaculado de Lincoln.

Julio 4 de 1928.

LA VIVIENDA

Alguna maldición muy remota y muy enconosa pesa sobre el hombre, para que a esta hora, después de tanta filosofía y tanta ciencia, y tanto legislar y tanto dar su sangre para hacer la vida tolerable, aún esté con la incertidumbre y la zozobra de no hallar un techo que le abrigue.

Como hace dos mil años, Jesús podría repetir, doliéndose de su propia vida y de la indigencia de los otros: “los pájaros tienen un nido y las raposas una guarida; sólo el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza. . .”

Y sin embargo, tener dónde reclinar la cabeza; tener cuatro paredes y un techado para guarecerse del frío y de la lluvia y para esconder sus tristezas, es un derecho elemental del hijo del hombre. Así como afirmó el mismo Jesús que “el trabajador es digno de su alimento”, afirmó con aquella lamentación en que envidiaba a los pájaros y a las raposas, que el trabajador *merece* y necesita su casa; sus cuatro paredes y su cobertizo que le aseguren contra las inclemencias y la profanación de su vida íntima.

Sí, el hijo del hombre merece una guarida; el trabajador merece un techo; lo necesita, es su *derecho*; más aún, es una prolongación de su organismo: un aparato de su economía, así como los pulmones y otros órganos que sirven para cumplir funciones ineludibles e insustituibles. Las funciones del reposo; de la independencia; del entrar uno dentro de sí mismo, a solas con su pensamiento; de hablar con su Dios; de recordar el triste ayer y de esperanzarse

con el mañana; de volverse pueril y jugar y neciar como un niño; de mostrar libremente a los suyos todas sus flaquezas; de implorar de los suyos, benevolencia, y mimos y socorro del corazón. . . esas funciones no son menos que digerir y respirar, sino que son, acaso, más, porque ya no sirven meramente para cumplir la vida animal, sino que con ellas se inicia ya la vida humana, en que el despertamiento del espíritu convierte al hombre *en hijo del hombre*.

¡Cuartos de mesón! Sucias y estrechas celdas en que el vaho de las respiraciones promiscuas forman una atmósfera cargada de sudor y de todas emanaciones; calabozos en fila, donde los llantos y las cóleras de unos, se le meten por los oídos y le envenenan el ánimo a todos los que están viviendo ahí en el más horrible comunismo; el de aquellos que no se aman sino que se soportan; cuartos de mesón, húmedos, miasmáticos, lamparosos, impregnados de mugre y de tristeza; cuartos de mesón que se beben la sangre de los niños y la voluntad de los adultos; cuartos de mesón, cuyas paredes son como empastadas en maldiciones y hálitos de rincones mohosos; cuartos de mesón, con su pila única y misérrima; su excusado execrable, donde el que entró una vez se siente como degradado para siempre; donde la pobre e ingenua muchacha ha de oír las groserías e infamias que vomita ahí al lado un borracho brutal o un tahir endemoniado. . .

Y este San Salvador, ciudad de mesones, donde cuarenta mil criaturas humanas, por lo menos, viven suciamente, oscuramente, odiosamente. . .

Y aquellos *Conventillos* de Santiago de Chile, donde el *Roto* vegeta y se pudre, sin saber qué cosa es tener madre, blandiendo la navaja, olvidando en el vino y el canto la pena inmensa de vivir. . .

Los pájaros del cielo tienen su nido, y las raposas del campo su madriguera. Sólo el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza . . .

¿Y todo por qué?

Porque unos tienen demasiada codicia, y otros demasiada imbecilidad. Porque sólo una codicia infinita puede impulsar a unos al acaparamiento de las casas; y sólo una imbecilidad infinita puede inducir a los otros a consentir ese acaparamiento. La casa, —esa necesidad suprema del hombre—, convertida en objeto de lucro, en manera lícita de atesorar dinero, es señal de codicia infinita; y el mesón, caricatura siniestra y mortal de la casa, es señal, en quienes lo consienten, de imbecilidad infinita. Bastaría que los que representan los intereses *comunales*, los que rigen la Comuna, el Municipio, que es uno así como *Hogar Común*, se dieran cuenta de que jamás habrá hombre sano, equilibrado, moral, activo y fuerte si nace y vive en un cuchitril, para que se viniera abajo el malvado régimen que consiente y apaña el acaparamiento de la tierra urbana, sobre la cual, ineludiblemente, han de levantarse las casas.

Porque ¿dónde, no yo, sino la mayoría inmensa de los habitantes de esta ciudad, han de hacer *su casa*, si el terreno vale diez, quince, veinte colones el metro? Y si no puede cada uno, o siquiera los más, hacer *su casa*, ¿quién le moverá el corazón al terrateniente, al ACAPARADOR de la tierra, para que venda o alquile sus casas, a *precio que sea accesible* al trabajador y no solamente al rico?

Y si la Comuna, el Gran Hogar Común, cuya verdadera y grande misión es proporcionarle y garantizarle a todos los asociados, a los convecinos, los elementos necesarios para obtener lo que se llama el MINIMUM VITAL, lo que

hace es proporcionarles a los acaparadores lo necesario para que monopolicen la tierra, y acaparen con la tierra la vida, y se hagan así dueños y señores hasta del aire, hasta del mísero jirón de cielo que se ve desde los cuartos del mesón, cuando sin fe en los hombres buscamos allá arriba algo o alguien que sea menos cruel y menos codicioso?

No reprobamos la riqueza. No proclamamos ninguna era ilusoria, en que no haya pobres, y menos el reino quimérico en que todos los hombres habitarán en palacios y beberán champaña.

“Siempre tendréis pobres entre vosotros”, afirmó Jesús, y creemos que así es la verdad y que es saludable que impere, y sea respetada esa verdad. Siempre tendremos pobres, a Dios gracias; pero no miserables, no hambrientos, porque éstos no son el fruto del espíritu, ni siquiera de la ciega Naturaleza, sino los frutos de la codicia, del vampirismo, de la tiranía y de la estupidez.

Nos mantenemos asentados sobre las realidades, sobre las más firmes e inmovibles realidades, y nada queremos proclamar que no tenga su raíz en el suelo, bien arraigada y resistente. Pero *ninguna realidad*, ninguna ley natural, ningún derecho humano ni animal, ninguna necesidad, ninguna filosofía ni religión sirven de fundamento al hecho monstruoso de acaparar la tierra urbana, de convertir en objeto de explotación y lucro la casa, etc., el techo, que es prolongación y complemento del hombre, como la concha lo es del caracol, y el nido del pájaro, y la guarida de la raposa.

Y afirmamos con absoluta convicción y certeza, que no merece ningún respeto, ningún acatamiento el sistema político, social, o religioso, o lo que sea, que sostenga la legitimidad de semejante régimen.

No tenemos ningún empeño en que se establezcan desvaríos ni quimeras, ajenos enteramente a las posibilidades del hombre actual. Pero no queremos que se prolongue el régimen de los tiburones, en que la única ley y sanción y derecho, se fincan en la envergadura de las mandíbulas y en el grandor y filiosidad de los dientes.

Desterrar la mayoría inmensa de los habitantes de una ciudad a la infamia de los mesones, porque así conviene a los acaparadores de la tierra urbana, es régimen de tiburones. Y someter este derecho sencillo, este hecho natural, vital, divino, de la vivienda, a las dentelladas y zarpazos de la codicia, etc., es régimen demoníaco, que sólo perdura a favor de la imbecilidad de las masas y de la complicidad de sus mentores.

Si el hombre no encuentra en la convivencia del hombre, manera fácil y sencilla de procurarse un techo —no pocilga ni cuchitril— sino techo para criaturas que tienen un corazón y un espíritu, entonces lo mejor será volver a la vida salvaje, a la vida feroz en que deciden de toda justicia el arco y la flecha de cada uno, y la fuerza de su brazo para blandirlos.

¡Hombres!. . . Vida de hombres, siquiera en un *mínimum*. Y si no, mejor de una vez, vida de fieras.

Julio 17 de 1928.

LA HORA DE LA SINCERIDAD

Nuestra Asamblea Nacional acaba de *hacer* un favor al pueblo. Ha nombrado una comisión para que estudie *qué medidas amplias, constantes y eficaces*, deben tomarse y erigirse en ley, para que el pueblo, es decir, las cuatro quintas partes de los habitantes de El Salvador, no continúen sujetos a los estragos del hambre a causa de la carestía del maíz.

Con el nombramiento de esa Comisión, nuestra Asamblea ha declarado que el problema de las subsistencias es grave; que su resolución necesita estudio atento y pronto; que urge legislar previsoramente, a modo de que las medidas arrebatadas, trucas e ineficaces de última hora, sean substituidas por una organización que prevea la carestía, la encauce, la regule y la domine, a fin de que no vivamos aquí más tiempo espantándonos de los sueños de Faraón, sino tranquilos y seguros, como cuando ya José, el gran Ministro de Subsistencias, había interpretado aquellos sueños y los había obligado a realizarse conforme a su clara inteligencia y a su firme voluntad.

El caso presente de carestía del maíz, está evidenciando la ineficacia del viejo sistema de esperar a que la crisis se produzca y se acentúe para salir a su encuentro y combatirla: con las mejores intenciones del mundo, sucedió que el maíz se pidió tarde; vino tarde y escaso; se distribuyó mal, y no alcanzó a evitarse el acaparamiento.

Y tenía que ser así, porque no es posible pensar ni ejecutar bien, bajo los techos que se derrumban, ni entre

las llamas del incendio, ni sobre las olas amontonadas del naufragio: es *antes* del terremoto, *antes* del incendio, *antes* del naufragio, cuando se puede y se debe prever y organizar el trabajo de salvamento, y tener listos para que jueguen fácilmente, los mecanismos destinados a evitar el desastre o reducirlo a sus mínimas proporciones.

Por muchas causas se están volviendo periódicas y agudas las crisis del maíz en El Salvador: por la codicia de los terratenientes, que exigen a los sembradores un terraje imposible; porque el chapulín se ha enseñoreado del país y no hay fuerza que lo extermine o lo destierre; porque el café y otros cultivos le sustraen, cada día más, a los cereales, el terreno que necesitan; porque cien mil borrachos, ocupados en beber sin descanso, le restan a la agricultura por lo menos cincuenta mil trabajadores; porque millares de campesinos, que tenían y cultivaban sus parcelas, así que las perdieron se vinieron a San Salvador, a limpiar zapatos, a vender billetes de lotería, a servir de rufianes, a robar y mendigar; porque la población aumenta en *treinta mil habitantes cada año*, por lo menos, mientras que el terreno no aumenta nada; porque la milicia acapara al bracero que no se fué a la Costa Norte, o no se vino a San Salvador, o no se dedica a la embriaguez; en fin, por mil causas que preocuparían y alarmarían a los *Dirigentes*, en cualquier nación que los tuviera, pero que aquí, donde ser intelectual es hacer cada uno su negocio, o decirle piropos a la luna, no preocupan ni alarman a nadie.

Ello es que nuestro infortunado país sufre ya con harta frecuencia las crisis del hambre, por carestía de maíz, arroz, frijoles, azúcar, sal y legumbres. No hablamos de los huevos, de la fruta, de la carne ni de la leche, porque éstos, hace tiempo que son manjares casi exclusivos de la mesa

del rico; pero sí del plátano, del güisayote, del aguacate, que antes fueron comida del pobre y hoy van entrando ya en la jerarquía de las viandas aristocráticas.

Ahora bien, maíz, arroz, frijoles, azúcar, sal y legumbres humildes, constituyen, en el ramo de la alimentación, el MINIMUM VITAL de que venimos hablando hace ya días: aquello indispensable, primario, sin lo cual no se puede vivir; o si se vive es en condiciones de amargura, debilidad, enfermedad y degeneración.

Al universitario, al artista, al escritor, al sacerdote, a cuantos, en más o menos tenemos asegurado el pan, bien se nos puede servir de postres *autonomía, soberanía, próceres, conservatorios, aviación* y otros confites y emparedados semejantes. Mas por lo que hace al pueblo, al mayor número, si no se le asegura o facilita el maíz, los frijoles, el arroz, la sal y el azúcar —SU MINIMUM VITAL— no quiere, ni le importan las sutilezas y los refinamientos que a los demás nos llenan y satisfacen. Y tiene mucha razón de pensarlo y de sentirlo así porque nada, ni gobierno, ni ciencia, ni religión, ni patria, le quitan el hambre al que tiene hambre, ni la sed al que tiene sed. La sed se apacigua con agua, y el hambre, con pan.

Ha llegado la hora de la sinceridad. Ha llegado la hora de que todos aquellos que nos dirigen y gobiernan, oigan, en palabras definitivas, claras y sencillas, lo que el pueblo no dice ni grita, porque no sabe hablar, ni menos gritar, pero que oirá y verá cualquiera que tenga ojos para ver y oídos para entender: que necesita su maíz, sus frijoles, su arroz, su azúcar —(no trust del azúcar, sino azúcar)— su sal y sus legumbres.

Y para eso, que se prevea y se legisle; que se organice una Cartera, o Dirección General de Trabajo y Subsisten-

cias, la cual ha de entender *en todo aquéllo que asegure al pueblo la posibilidad, la facilidad de trabajar*; y a quien trabaje, le asegure *el producto equitativo y suficiente de su trabajo*, para que pueda vivir, aunque sea mínimamente, conforme a un *Mínimum Vital*.

“Digno es el trabajador de su alimento”. Es decir, desarrollando esa doctrina de Jesús, que el trabajador, el hombre del pueblo, tiene el *supremo deber de trabajar y el supremo derecho de vivir*.

Que lo vea así nuestra Asamblea Nacional; que lo secunde y organice así el gobierno; que lo ilustren y mejoren así, los universitarios, los sacerdotes, los periodistas, cuantos tienen a su cargo la cura de almas y de cuerpos; esto es lo que exige el momento. Ciego será quien no lo vea y sordo de corazón y de mente quien no lo entienda.

Julio 19 de 1928.

HABRA QUE ESPERAR

Desde hace ya tiempo, cada vez que se patentiza la urgencia de una reforma, se nos ataja con esta frase: habrá que esperar a que se reforme la Constitución. Y como nadie tiene interés en reformar lo que nunca ha servido, pero que tampoco ha estorbado nunca, resulta que las necesidades más grandes no se satisfacen, porque la Constitución lo impide. Simple espantapájaros cuando se trata de violarla malamente; muralla innaccesible cuando se quiere poner orden y equidad en la vida: ese es, en la práctica, el oficio de lo que se ha dado en llamar nuestra Carta Fundamental.

El hecho es que habría que revisar a conciencia el significado de la palabra Constitucional, y ver hasta dónde su contenido, más o menos supuesto, más o menos real, es *forzosamente* aplicable a la vida política de un pueblo que no está petrificado y que necesita renovarse y vivir.

Nosotros diríamos que en una casa —por ejemplo— son *constitucionales* los cimientos, los horcones, las vigas maestras, el armazón del techo; pero no las cornizas, los áticos, las molduras de las ventanas, el color de la pintura, ni aún las tejas o el enlaminado del techo.

Cambiar los cimientos o los horcones o las vigas maestras, nos parecería grave: una *verdadera* reforma constitucional; pero quitar o modificar un ático, una corniza, y cambiar las tejas por láminas de zinc, nos parecería fácil y nada peligroso; y si ocurriera que las tejas amenazaban caerse, o que el ático andaba medio desprendido y expuesto

a que un viento fuerte lo arrojara a la calle, con peligro de los transeúntes, entonces no vacilaríamos en llamar a un oficial de carpintero, o de albañil, a que encementara las tejas o echara abajo el peligroso adefesio.

Cambiar los cimientos o los horcones, requeriría un arquitecto, un constructor; lo segundo, un oficial de carpintero o de albañil, cuando mucho.

Creemos, lo creará y verá cualquiera que tenga ojos para ver, que en lo que se llama *nuestra Constitución*, hay una rara mezcla de vigas maestras con áticos; de cimientos con envarillados; de horcones con aldabas de puerta: de principios *básicos*, realmente CONSTITUCIONALES, revueltos y barajados con inútiles, ridículos o perniciosos detalles reglamentarios, aldabas, llamadores, alcayates, áticos y chirimbolos de todo género, que no *constituyen*, sino que estorban; que no vigorizan sino que enferman; que no le dan al edificio estabilidad ni fuerza, sino que le imprimen inconsistencia y debilidad, y que, al cabo, revisten al conjunto con un aspecto de cosa incoherente, mal urdida, que incita a tratarlo con indiferencia o menosprecio.

Los arquitectos de esa Constitución, enseñaron y prescribieron que no se podrá tocar un clavo o tornillo de bisagra ni raspar una pulgada del repello, si no venía el sumo Sacerdote revestido de sus ornamentos pontificiales, y tras de invocaciones a Jehová, y paseo del Arca de la Alianza, bailando y cantando el Rey David adelante, removía desde sus cimientos todo el edificio, y lo armaban de nuevo y lo bendecían con nuevas y numerosas ceremonias y juramentos de no tocar al mínimo precepto por todos los siglos de los siglos. Es decir, que no se podría tocar la nominación y distribución de las Carteras, ni estancar el tabaco, ni otras

nimiedades semejantes, si una Asamblea no lo proponía, otra lo aprobaba, y otra, la *Constituyente*, no lo consumaba.

En esa religión de mero fetichismo nos educaron, y ahora es tal la reverencia que nos inspira el Idolo, que padecemos hambre, injusticias, privaciones inexplicables y ridículas, porque nadie se atreve a tocar la estatua del dios, aunque sepamos que por dentro está hirviendo en polilla y carcoma.

Así, por ejemplo, el aguardiente, que es nuestro veneno, no se puede substituir, en cuanto renta nacional y estancada, por el tabaco, porque la Constitución no lo autoriza. Con la renta grande y creciente que nos daría el monopolio del cinematógrafo, habría para subvenir a urgentísimas necesidades escolares: verbigracia, darles el almuerzo a millares de niños que llegan a la escuela sin desayunarse, o apenas engañados por un fementido desayuno. ¿Pero cuándo, si la Constitución no quiere más estanco que los del aguardiente, pólvora y salitre?

Sin tocar una línea del texto constitucional, se gobernó en Chile desde el año 31 hasta hace pocos años, habiéndose operado cambios tan radicales como el tránsito del Gobierno Representativo al Régimen Parlamentario. En España, sin alterar la Constitución, se ha substituido al Gobierno del Rey y de las Cortes, con el de un Directorio Militar; y en Italia, a la par del Monarca, gobierna Mussolini como un Emperador, y hace y deshace y altera lo que no le parece bueno, sin que el texto escrito se lo impida.

Sólo aquí se profesa un culto idolátrico a la letra que mata, y se subordina a su tiranía *el espíritu que purifica*.

Pero ha sonado la hora de que *La vida*, que es nuestro Supremo Derecho, nuestra razón de ser, y el manantial de

toda justicia y razón, nos grite con voz alentadora: “no tendrás otros dioses delante de mí”. Para vivir, para mejorar, para elevarte, para ser más justo y más humano, puedes cambiarlo todo y transformarlo todo.

Por supuesto, no pedimos que se cambie y se transforme todo, y menos que se toque al texto ni al espíritu de la Constitución, en lo que tiene de substancial, de aquilatado por la experiencia, de consentido y consagrado por la voluntad popular.

Pedimos, simplemente, que no se retarde una nueva organización ministerial, de necesidad evidente; ni se retarde estancar el tabaco; ni cualquiera de esas modificaciones que no revisten gravedad ninguna porque solo afectan a preceptos que nunca debieron incluirse en una Constitución bien redactada.

Empeñarse en mantener una Cartera de Fomento, semillero de inconvenientes para un trabajo bien orientado; no estancar el tabaco, del cual obtendríamos una renta mayor que la del aguardiente; no crear una Cartera de Trabajo y Subsistencias —indispensable ya— y otras reformas similares, sólo porque no lo autoriza la Constitución, parécenos simple fetichismo, idolatría inánime, opuesta al más claro y apremiante sentido de las realidades; un verdadero culto de las cosas muertas, oficiado por celebrantes anquilosados.

Julio 21 de 1928.

TERRAJE

Hay en esta palabra una extraña dureza, un sonido áspero y deshollante, una sensación brusca y ruda, como si un calabrote le comprimiera a uno la mano contra la borda del buque. Las tres letras más duras del idioma, la t, la r y la j, se juntaron en tres sílabas breves, para encarnar la idea y el recuerdo del vasallaje de la tierra, que es el más injusto e irracional de los vasallajes. El *terraje* es un derecho feudal, subsistente, como la mayor parte de los derechos feudales, donde quiera que la tierra es el privilegio de unos pocos y, por consecuencia, origina la sujeción de los más. Esencialmente, feudalismo significa monopolio de la tierra, en grandes bloques de que son dueños únicos los *señores*, y en los cuales viven, en calidad de vasallos o colonos, los que dan allí su trabajo, a cambio de una ración de vida. Tal como había duques, condes, barones, en los ducados, condados y baronías, los hay ahora, sin ese nombre, en las grandes extensiones de tierras que se llaman fincas o haciendas, y su poder y privilegios dependen del grandor de la posesión y de la cantidad de colonos que en ella puedan vivir.

El patrono es allí el *señor*, el dueño, el que da y quita, el que permite residir en su dominio, o destierra de él a quien no le obedece o le complace. El castigo tremendo, aquel que simboliza todo el privilegio, tódo el poder y autoridad del señor, se encarna en esa palabra: *desterrar*, quitarle a uno la tierra. Al *campesino*, el hombre de campo, al que nació y creció en el campo, a quien toda su expe-

riencia, ideas, saber, capacidades y sentimientos, aspiraciones y creencias le vienen del suelo, del contacto íntimo y perenne con la tierra, quitarle la tierra es como para las aves quitarles el aire y a los peces quitarles el agua: *ya no son*. El pájaro sin aire, recluso en una jaula, ya no es pájaro; como el pez sin la extensión libre del mar, recluso en una cubeta de vidrio, ya no es pez. Ya no son, uno y otro, sino caricatura del pájaro y del pez; la anquilosización de aquella venturosa libertad que eran el volar y el nadar.

Así es el campesino: fuera del campo, de *su* campo, es un prisionero; es torpe, inhábil, incomprensivo, inútil para sí mismo y para los otros. El arado, que era la uñeta con que él hacía vibrar la tierra, y traducirse en maizales, trigales, arrozales. . . espigas sonoras que ofrecen su canto mientras llega el instante de ofrendar su grano: el machete, con que hacía el desmonte y la limpia; el hacha, con la cual ejercía y afirmaba su imperio sobre la rebeldía del bosque y de la selva, se le trocaron allí en la ciudad, a donde vino *desterrado*, en pavimentos ávidos, con alineaciones de casas pretensiosas, y en ajeteo de gentes y vehículos que no conocen la serenidad ni el reposo.

Aquel ir y venir, aquella importancia desmesurada del traje, del trapo, del afeitte; aquel ceremonioso y afectado trato de las gentes; aquel lenguaje meloso y complicado; y el apresuramiento y el alocamiento en que todo éso se encuadra y se agita, para el campesino son mortales, le asfixian, le envenenan y le corrompen. Si se queda allí en la ciudad, el hombre de campo degenera. No hecho al trabajo ciudadano, necesitará un período muy largo de adaptación, para trabajar con fruto bastante para sí mismo y provecho suficiente para la colectividad. Por eso es que le

vemos vendiendo billetes y libros viejos, limpiando zapatos, haciendo mandados o ejerciendo de comisionista en inexplicables comisiones. Entran de criados, buscan porterías, compran y venden vejestorias, y ejercitan, en fin, todas esas actividades de utilidad incierta y sospechosa, cuando no acaban francamente en rateros, en espías, en rufianes y en criminales.

En el campo, este hombre sembraba y cosechaba fuerza, vida, el pan suyo y el nuestro. Aquí en la ciudad, nos resta vida, encarece las casas, inquieta a la policía, dificulta con una competencia de pordiosero el trabajo de los verdaderamente capaces; lo inficiona todo de parasitismo y de vagancia, y convierte la colmena en enjambre de zánganos.

Por ventura los más no se adaptan, y hacen el esfuerzo de volver a su tierra. Es decir, a la tierra del patrono que los arrojó, o de otro que los tendrá como aquél, en su puño y les impondrá, como aquél, su voluntad arbitraria, y los arrojará también, cuando no se le sometan o humillen. Pues el derecho de terraje sirve para éso: para mantener el dominio del patrono, del Señor Feudal, sean cualesquiera las mentiras escritas en los códigos sobre *libertad e igualdad*, sean cualesquiera las vaciedades que la religión y la moral fonografía sobre *fraternidad y caridad*. *El hecho*, es que quien tiene el pan tiene la vida, y que el señor de la tierra es, por excelencia, el dueño del pan. El hombre que tiene en su mano *mi pan*, el que yo *necesito* para vivir hoy, yo y mis hijos y mis padres ya inválidos, ese hombre tiene en su mano mi vida, en todas sus modalidades y actividades. Si él quiere, pensaré como él, creeré como él, votaré como él, amaré a quien él ame, y aborreceré a quien él aborrezca. Lo sentiré así, o lo fingiré; pero en los hechos, en la manifestación de esas opiniones, creencias, ideas y sentimientos,

haré como él quiera, y seré en su mano, la piedra que voltea en la onda, o la flecha que se extremece entre el arco y su cuerda.

¿Irme? ¿Cambiar de amo? Tal vez. Acaso mejore, acaso empeore. Cosas del azar. Siempre el amo es el amo, y cuando se canse de ser bueno se hará malo, o le harán malo, y yo seré siempre el animalejo expuesto a la arbitrariedad consciente o inconsciente de su pie: si no me aplasta hoy, será mañana.

En la ciudad, en las formas de trabajo del comercio, de la pequeña industria, de los oficios obreriles, del servicio casero, esa dependencia no es tan dura: se la puede romper o atenuar cambiando muchas veces de amo, a ver si alguna vez se da con un hombre justo, bondadoso, o siquiera racional. La vida de la ciudad tiene mil inflexiones y altibajos, y hasta es posible, por veleidades de la fortuna o artimañas y expedientes, llegar luego de sirviente a patrón, y ser hoy extorsionador el que era ayer extorsionado.

Pero no así en el campo. La vida terrícola moldea y conforma de tal manera al hombre, que ya no puede transformarse sino rarísimamente y casi nunca en medida bastante. El peón, el labriego, lo son de cuerpo y alma, para siempre. Son arcilla que amasó la tierra misma, y les imprimió su propio ritmo, tardo, lento, reposado, circunscrito, pausado; son como seres intermedios entre el buey y el hombre, fuertes e infantiles, duros e ingenuos, rígidos e inocentes. Saben tarear, arar, hachar, segar y desmontar, y soñar, temer y vislumbrar cosas misteriosas y prodigiosas. Almas incipientes en cuerpos vastos, si se les desprende de la tierra, —donde son como arbustos que hubieran comenzado a ir y venir, exentos ya de la sujeción de las raíces—, se les destierra de la confianza, de la alegría, de la capa-

ciudad de trabajar y de vivir. El peón, el labriego, *son* del suelo, criaturas y hechuras de la tierra, y con ésta *pertenecen* al dueño, al terrateniente, que les rige y gobierna a su arbitrio.

Para eso es, principalmente, el *terraje*. Con sólo el salario infeliz, el colono no puede vivir, Tiene mujer, tiene hijos, tiene padres; sufre, se enferma, padece como todo hombre, y en la choza mezquina que le permiten habitar, reinan todas las estrecheces y privaciones. Los *seis reales* de aquí, o los seis reales más el frijol y tortillas de allá; un colón que sea, doce reales que fueran, siempre es pobreza suma, imposibilidad invencible de organizar una vida que sea vida.

Y entonces el colono acude al terraje. Si el patrón le da tierra y él siembra, y la cosecha es buena, sacará sus *medios* de maíz, o de frijol, y con eso *se ayudará*, “si Dios quiere”. Mas, quiéralo o no lo quiera Dios, el patrón, que es el dueño visible, inmediato y tangible de la tierra, no lo quiere: es decir, sí lo quiere, pero en tal forma que él resulte ganancioso seguramente, sin exponerse a contingencias. “Por el terraje me darás tantas fanegas, o me enzararás tantas manzanas”. Si la cosecha es buena o mala, a él no le importa; el mejor maíz, el de primera, será para el terraje; el mulquite, si acaso algo quedara, será para el sembrador. Si a éste nada le alcanza, será porque esa es la voluntad de Dios, y al Señor Feudal no le interesa. Y así, pasando los años, gastándose las energías y las esperanzas, llega un día en que el sembrador opta por el hambre, y no siembra más.

Y entonces, la tierra DESCANSA. Y eso es muy bueno para la tierra, que se abona y se fertiliza ella sola.

Verdad, patrón?

Julio 23 de 1928.

HAGAMOS LAS PACES CON EL IDOLO

Declaramos enfáticamente que no nos interesa en lo más mínimo que se reforme *nuestra Constitución*. Por nosotros, puede quedarse eternamente así, como está desde hace 43 años, virgen y mártir, sin que nadie se haya metido con ella ni para bien ni para mal. No tenemos el mínimo deseo de que una Asamblea, elegida por el gobierno, proponga su reforma; de que otra Asamblea, elegida por el gobierno, apruebe la proposición de la primera; de que una más, elegida por el gobierno, estudie y decrete las modificaciones; para que en seguida, nuevas Asambleas, elegidas por el gobierno, pasen o dejen pasar sobre *la nueva* así como enantes pasaron o dejaron pasar sobre la vieja.

No, en verdad: con la que tenemos basta y sobra; y si alguien se imagina que *de veras* es una Ley Constitutiva, en el real sentido de la palabra, y que el Salvador se rige por ella o *se está constituyendo según ella*, NO OBSTANTE NO HABERSE CUMPLIDO NUNCA, le felicitamos por su optimismo y por la facilidad con que su fe acepta como realidades las cosas simplemente dichas.

No solamente no pediremos jamás que se toque a un solo cabello de la inofensiva Señora, sino que, si alguien se empeña en retocarla, nosotros protestaremos contra esa malversación de tiempo, de dinero y de oratoria. En fin, para que se vea hasta dónde llegará nuestro respeto por esa novela jurídica, prometemos no volver a gastar contra ella ninguna broma, y hasta la llamaremos, —así, con toda seriedad—, NUESTRA CARTA FUNDAMENTAL.

Eso sí, exigiremos la natural reciprocidad, y esa consiste, únicamente, *en que no nos estorbe*. Tal como nunca ha estorbado a los otros para cometer toda clase de ilegalidades, extorsiones, abusos y tiranías, le pediremos que no nos estorbe a nosotros para defender el *Mínimum Vital*, que es el Supremo Derecho del Pueblo: su necesidad y su voluntad de comer, de vestirse, de tener un techo, una escuela para sus hijos y una parcela de tierra que cultivar. Y también, es claro, su derecho a no ser aplastado por las camionetas, sólo porque así les place a sus dueños o porque así les resulta mejor el negocio.

Al margen de *nuestra* Carta Fundamental, —comenzamos a tomarla en serio—; no pasando por encima de ella, sino, simplemente a su margen, QUEREMOS CREAR UN NUEVO DERECHO, no político sino *Vital*, que garantice al pueblo su *mínimum* de pan, de techo, de escuela, de vestido, de terreno, de agua, de todo lo que es elemental, primordial, irreductible, y que, si no se le asegura, acabará por embrutecerle, degradarle y arruinarle.

Y ese Nuevo Derecho, esos *nuevos derechos* del Animal Humano, sin los cuales los derechos políticos son una engañifa, una mixtificación, no habrá necesidad de inscribirlos entre aquéllos codificados ya en Nuestra Carta, y que tan caros son a quienes nunca han sabido qué cosa es frío, qué cosa es desnudez, qué cosa es vivir en un cuarto de mesón, y qué cosa es para una familia campesina necesitar de cinco libras de maíz por día, haberlo de pagar a dos reales libra, como ahora, y ganar su jefe apenas un colón por día, para todos sus gastos.

No, no habrá necesidad de que los señores Padres de la Patria se molesten buscando la fórmula escrita de tales derechos, sino que nos bastará que el pueblo tenga concien-

cia de ellos, y que nazca y se afirme en su corazón la voluntad de no permitir que se los arrebaten ni adulteren. Por ejemplo, cuando haya crisis de maíz y el pueblo esté sufriendo hambre, y sepa que los señores tienen el maíz entrojado, y que no hay autoridad que les obligue a ponerlo en circulación, entonces, en virtud de su derecho al pan, vaya el pueblo muy serenamente, les quite el maíz a los señores vampiros, y les extienda el correspondiente recibo, cobrable, ante nuestra carta fundamental.

Algo así por el estilo es lo que deseamos crear y hacer vivir al margen de la Carta Magna, sin tocarle a ésta ni una sola cana.

Y entonces sí: el pueblo, la gente que trabaja, asegurándose su vida con su propia mano, y los jurisperitos y los economistas darwinianos rindiendo culto a la letra y al espíritu de su diosa, todos viviremos en paz y contentos, doliéndonos, únicamente de no haber encontrado antes solución tan sencilla y tan eficaz.

Julio 26 de 1928.

EL AIRE NO, PERO EL TABACO SI

Para continuar viviendo como vivimos ahora, es cierto que no se necesitan nuevas rentas, y mucho menos estancar el café, el maíz, el arroz, el agua y el tabaco. Para continuar viviendo como animales —así vive más de la mitad de los salvadoreños— sobra con las rentas que tenemos. Para malversarlas, para tirarlas por la ventana a que las recojan los más codiciosos y más cínicos, nunca serían bastantes. Sobre estas afirmaciones que huelgan por absolutas y triviales, nada podemos edificar, y quien urdió con ellas una lección de patriotismo y de ciencia para nuestra enseñanza y edificación, pudo muy bien instruirnos de mejor manera.

Nosotros hemos pedido que se estanque el tabaco, no el aire ni el agua, y menos el arroz y el maíz. Este lo tienen estancado los acaparadores; el otro, los dueños de mesones; el agua, que falta enteramente en muchas poblaciones, y que solo tenemos en las demás a ratos y muy escasa, la tiene estancada la barbarie salvadoreña, que aún está ignorante de que la cultura comienza, precisamente, en disponer de mucha agua para todos los usos necesarios y hasta para el recreo de los ojos y de los oídos.

Va más allá de la prudencia y de la conciencia mental, obligatorias para un publicista, equiparar el tabaco, que es un vicio, con el maíz, el arroz, el agua y el aire, que son vida. Estas ligerezas sólo se cometen cuando no tiene uno para contenerse el freno de la firma, y se deja ir al amparo del pseudónimo o del anónimo que nos libran de toda **responsabilidad**.

Que el tabaco sea una industria popular, es dudoso; antes, cuando muchos millares de mujeres salvadoreñas torcían los cigarros que fumábamos todos, sí lo era, y aún podría considerársele como industria familiar. Hoy, fuera de su cultivo, que es trabajo agrícola, ya no es sino el negocio de unos pocos dueños de fábricas, y de algunos centenares de operarias que tal vez no alcanzan a un millar. Y no vemos ninguna razón para no gravarlo, cuando se gravan tantas cosas que no debieran tener gravamen.

Los veinte millones, un tanto ilusorios, del presupuesto, suponiendo que los tuviéramos libres, que los recaudáramos bien y los gastáramos con todo juicio y honradez, no es cierto que basten y sobren para administrar este país, *como un país que merece y necesita civilizarse*.

Si nos dedicamos a proveer de agua abundante a todas las poblaciones; si en lugar de tener escuela para treinta y cuatro mil alumnos las fundamos para 150 mil, como es justo y urgente; si dotamos a los hospitales de provincia de manera que no carezcan los enfermos hasta de un miserable desayuno, como sucede muchas veces; si en lugar de tres hospicios misérrimos, fundamos siquiera veinte bien montados; si fundamos asilos de ancianos, como los tiene cualquier país civilizado; si organizamos Casas del Trabajo, Sanatorios, Montepíos Nacionales; si le damos al pueblo asistencia médica gratuita; si creamos sesenta bibliotecas municipales, indispensables; si erigimos Palacios de Justicia para la Corte y las Cámaras, y Casas Decentes para los Juzgados, que hoy se asilan en cuartos estrechos y mal-olientes; si edificamos seis Penitenciarías grandes y seguras, para no escuchar las abominaciones de quienes afirman que ha de fusilarse a los criminales porque las

cárceles son inseguras... entonces nuestro mezquino y cercenado presupuesto no alcanzaría; no bastaría ni para comenzar.

Antes de la guerra, el año de 1913, Amberes, ciudad de unos 300 mil habitantes, recaudaba e invertía como rentas municipales, 28 millones de francos, equivalentes entonces a 5 millones 600 mil dólares, o sean 11 millones 200 mil colones salvadoreños. Siguiendo esa proporción, El Salvador debería tener en su presupuesto anual alrededor de 60 millones de colones. Eso sí, aquella es ciudad civilizada, con museos, jardines zoológicos, asilos y hospicios, montepíos y cuanta institución de cultura ha conocido el mundo culto. Mientras que El Salvador, fuera de su capital, sin agua, sin baños, sin parques, sin mil cosas necesarias y buenas, se contenta con llamar Ciudad a Jiquilisco, y con autorizar a las poblaciones y aldeas para que no construyan excusados.

Y, es claro, así no hay necesidad de nuevas rentas, ni de tocar al sacratísimo tabaco.

Pues bien, aún resignándonos a la vida triste, archisucia, ignorante, viciosa y mezquina que vive la mayor parte de nuestras ciudades, cabría estancar el tabaco y substituir con esa renta la odiosa y venenosa del aguardiente, proveedora de cárceles y de hospitales; estigma de gobernantes y gobernados, por haber consentido que se hiciera fuente abundosa e ineludible de los ingresos fiscales. Todo el que no esté reñido con la sencillez y rectitud del pensar, confesará que esa sería una substitución ventajosa y deseable.

Pero, se objetará, se malversaría esa renta y no se extinguiría la otra. Quizá; pero contra esos males no hay

remedio. Si un pueblo se deja burlar así tan groseramente, una y otra vez, y no tiene energía sino para gritar y decir picardías *cuando se lo permiten*, entonces, no hay remedio. Mas, en tal caso, la culpa no es del médico ni de la medicina, sino del enfermo, que ya se ha vuelto una carroña.

Julio 27 de 1928.

HUMANIZACION

Si me dicen que muchos niños de los barrios pobres y de los pueblecillos vecinos se vienen a la escuela sin desayunarse, esa noticia hará que yo reaccione de diversas maneras, según el grado de mi desarrollo espiritual.

Si todavía soy un semi-salvaje —y puedo serlo aunque vista a la moda y beba champaña— sentiré que a mí nada me importa, puesto que entre esos niños hambrientos no está el mío. Si soy bárbaro, sentiré un impulso fugaz de protestar contra alguien a quien supondré culpable; gritaré, o escribiré una vez, y luego lo olvidaré enteramente. Si soy civilizado, o siquiera culto, me daré cuenta exacta del hecho, lo comprobaré acaso, estudiaré sus causas o, por lo menos, ofreceré mi contribución en dinero o en trabajo para remediar el mal o atenuarlo y enseguida volveré tranquilamente a mis quehaceres y a mis placeres.

Pero si hoy *Humano*; si ultra-pasé las fronteras de la salvajez, de la barbarie, de la cultura y de la civilización; si entré ya en esa zona superior que se llama *Humanización*, entonces aquel hecho de que los niños vayan a la escuela sin desayunarse, me punzará como una espina; se me presentará en toda su extensión actual y futura, como una influencia nefasta y perenne en el destino de aquellos niños: los veré, ya adultos, expuestos a los vicios y al crimen; sujetos a toda suerte de opresión y de engaños; presas de enfermedades fatales en que nos precipita la ignorancia; faltos de control sobre sí mismos y fácilmente convertibles

en instrumentos del mal, si los manejan otros, o en hombres egoístas, feroces, crueles, si se manejan ellos mismos. La curva entera de su vida se desarrollará ante mis ojos con todas sus posibles ramificaciones, y un dolor agudo, punzante como un remordimiento, me impulsará a combatir *ahora, ya*, el hecho doloroso, *pero sencillo*, FACIL DE DOMINAR, que será la semilla de tantos males: la piedrecita que hará torcerse el destino del niño hambriento que, POR FALTA DE NUTRICION, por ir a la escuela sin desayunarse, no sacará ningún provecho de ir allí, y se quedará sin la instrucción elemental, que abre las puertas de la cultura.

Así es que *la conducta social del hombre*, no es ni puede ser la misma, sino que es diferente en sus móviles y en sus procedimientos, según sea ese tono o temperamento espiritual que es ya la característica de su vida: según que sea un neto egoísta o semi-salvaje, un bárbaro, un hombre culto, un civilizado o un HUMANIZADO. Y, naturalmente, su capacidad —*y por consiguiente, su derecho*— para gobernar y dirigir, decrece a medida que desciende de la humanización a la civilización, a la simple cultura, a la barbarie, a la salvajez. Creer y practicar que todos, por ser lo que llaman un ciudadano, por tener tal edad y pagar tales impuestos, se hallan igualmente capacitados para gobernar, para conducir, para dirigir, es un error craso y sus consecuencias son peligrosísimas. Es el error de la Democracia tal como se soñó al principio y como se han empeñado en practicarla casi todos los pueblos hispano-americanos, llevados de su entusiasmo y de su inexperiencia. Es el error que dió el cetro de los reyes a las masas, convertido en garrote, y el cual, necesariamente habría de tornarse látigo en manos de quien sedujera y arrastrara a

las masas. Porque la masa es siempre engañable, seducible y dominable. Su característica es ser un *instrumento*, llámese pueblo inglés, norteamericano o salvadoreño.

De tal manera, que el problema fundamental y perenne en todo pueblo es impulsar al mayor número de sus hijos de peldaño en peldaño, o mejor dicho, de plano en plano espiritual: de la salvajez a la barbarie, de ésta a la cultura, de ésta a la civilización, de ésta a la humanización, *o sea aquel estado en que el hombre no puede ya vivir para sí mismo si al mismo tiempo no vive intensamente para los demás.*

Esa impulsión ascensional se obtiene, casi exclusivamente, por la educación, es decir, *por la escuela*, y básicamente, primordialmente, por la escuela primaria. Elevar la escuela primaria al máximun de su perfección, a fin de que produzca el máximun de su rendimiento, es como sembrar la semilla del hombre, del hombre verdadero, que es el hombre HUMANIZADO.

Pero no hay escuela sin maestro y sin alumno. Y no hay alumno, *si no hay pan.*

Julio 28 de 1928.

LA DOCTRINA DEL MINIMUN VITAL

Su definición y alcances

I

En varias ocasiones, al hablar de las necesidades extremas del pueblo, hemos escrito aquí esta expresión de *Mínimun Vital*, tomándola como un punto de mira, como una piedra de toque, como un criterio de orden social, acaso como una esperanza.

En la situación exasperante y deshonrosa a que han llegado, y en la cual se han estancado casi todos los pueblos; en esa situación de lucha cruel y acérrima en que los millones acumulados surgen de la opresión y de la ruina de los hambrientos; en que *atesorar* es una palabra sagrada, y en que la envidia disfrazada de *reivindicación*, acecha impaciente el momento de trastornar las cosas, de manera que los miserables de hoy sean los opulentos de mañana . . . es natural que algunos hombres de sentimientos delicados, surjan por todas partes y busquen ansiosos un camino de reconciliación, una fórmula que renueve la alianza entre hombre y hombre, entre hermano y hermano, y sobre la cual, con sentido nuevo y verdadero, pueda lucir una vez más la palabra Dios.

En busca de esa fórmula, los pueblos y sus conductores se han extraviado a veces lamentablemente, y las más dolorosas e irrazonables exageraciones han sido aceptadas

como doctrinas salvadoras. ¿Adónde han conducido? Al odio de clases, al rencor de los que carecen, a la organización de los que están abajo preparando el día del desquite. Y cuando llegue —que será cuando los de arriba hayan agotado los medios de opresión y de represión—, tendremos el mismo desorden, la misma iniquidad con otros nombres; la misma construcción malvada y estúpida, en que sirve de timiento el *esclavo* y de coronamiento el *señor*.

Esa lucha, ese odio de clases, ese afán de atesorar y por consiguiente de oprimir en unos y de vengarse en otros, se ha cristalizado en nuestros días en dos fenómenos monstruosos: el bolchevismo ruso, que tendió, acaso tiende aún, a la destrucción de las clases cultas, al nivelamiento económico, al rebajamiento de un comunismo absoluto, y el imperialismo yanqui, excrecencia de la codicia; insania o demencia de un millar de inmensos codiciosos para quienes la libertad, la independencia, la sangre misma de las naciones, son materia prima para fabricación de dólares. Así ha llegado el mundo, con sus darwinismos comprendidos idiotecamente, con su doctrina de la lucha, de la supervivencia del más apto, que viene a ser, según el criterio del egoísmo, el más ávido y descorazonado.

Y a esta hora, ese bolchevismo y ese imperialismo son dos venenos mortales e insidiosos que se han insertado en el corazón de casi todos los pueblos. Con nombre o sin él, consciente o subconscientemente, la humanidad entera se está afiliando en esas dos legiones irreconciliables de bolcheviques y de imperialistas: la de los que padecen y odian y aspiran a la venganza, y la de los que atesoran y gozan, y por necesidad y ceguera se sostienen y se defienden con la represión.

En medio de esas hordas de lobos, hay hombres que sienten la vida —qué vida!— no tanto como un dolor, sino como una vergüenza, como una vileza. Y, en verdad, es una vileza tal vida; y conformarse a vivir así es abdicar el hombre de su condición espiritual, y resignarse a volver a la condición de fiera.

La que nosotros llamamos *Doctrina del Minimum Vital* —cristianismo, en su forma y en sus alcances, reducido al mínimo— simple y cristiano anhelo que habría parecido grosero y anti-humano a los cristianos primitivos... es así como un llamamiento al buen sentido de los hombres, a su bondad primaria, a su instinto de conservación, casi a su egoísmo sabio y prudente, para que no se desgarran, para que no se devoren; para mantener en unos la esperanza *fundada* de un mayor bienestar, y en otros la seguridad tranquila del goce de sus riquezas.

El *Mínimum Vital* dice al trabajador, al proletario, al asalariado: confórmate con lo imprescindible; conténtate con que se te asegure aquéllo indispensable, sin lo cual no podrías vivir; esfuérate para erigir sobre esa base mínima el edificio de tu holgura y de tu riqueza, y así ascenderás o descenderás según tu esfuerzo, según tu disciplinada voluntad. Y al poseedor, al rico, al dueño, le dice: consiente en que haya un límite para tu ambición; conténtate con que se te dé libertad para convertir en oro el árbol y la piedra, cuanto encierra en sus entrañas el planeta, cuanto vive sobre su superficie; pero no la miseria, no el hambre, no la salud, no la sangre de tus hermanos. Traza una línea *máxima* a tus adquisiciones, y no pases de allí, para que no te desvele el odio de tus víctimas; para que te dejen gozar en paz, riendo y cantando, tú y tus hijos, de lo que atesoraste.

Un *máximum* para el que domina, para el que atesora, ¿por qué no? Todas las cosas en el Cosmos lo tienen; todas las criaturas vivientes reconocen esa línea limitadora que se llama *Orbita* para el Sol, y *playa* para el Océano. “De aquí no pasarás”, es la ley divina impuesta a cuanto existe y toda criatura que traspasa esa línea, se hipertrofia, se hincha, se embrutece, degenera y perece.

Y para el que trabaja, para el que carece, un *mínimum*: la vida irreductible, lo elemental, lo que es semilla capaz de germinar: agua, techo, abrigo, pan; y de allí en adelante, para tus goces, para tus holguras, para tu riqueza, esfuérzate, empuñate, economiza, ahorra, desvélate, y que la esperanza te aliente y la voluntad te dé alas.

Y eso es todo. Pero así, tan sencillo como es, tan equitativo y tan fácil, encierra esta doctrina la única posible salvación del hombre en la hora presente. En esta hora en que se ha olvidado toda religión y en que nadie quiere diferir su ventura para un más allá, comprándola con su miseria aquí; en esta hora en que ya no hay cristianos, y en que la esperanza de un nuevo Cristo —de un Cristo personal— es una quimera; en esta hora de odio y de codicia extremos, de concupiscencia enloquecida y de miseria exasperada, el *Minimum Vital* es la tabla de salvación en el naufragio. No es una religión, no es un Estado ideal, no es ni siquiera tan alto como otras formas de vida que ya han conocido los hombres. Pero es LO POSIBLE, es LO FACTIBLE, es lo sencillo, es el remedio de urgencia; es el sendero único por el cual se puede transitar, para mientras se encuentra de nuevo el camino real, la vía ancha y clara del amor, a donde algún día los hombres volverán.

Agosto 10 de 1928.

LA DOCTRINA DEL MINIMUM VITAL

Su definición y alcances

II

Definido concretamente *Minimum Vital*, significa LA SATISFACCION CONSTANTE Y SEGURA DE NUESTRAS NECESIDADES PRIMORDIALES.

Necesidades primordiales *son aquellas que si no se satisfacen, acarrear la degeneración, la ruina, la muerte del individuo.* La salud, la alegría, la capacidad de trabajar, la voluntad de hacer lo bueno, el espíritu de abnegación, la fuerza en fin, en todas sus manifestaciones, están vinculadas a la satisfacción constante, segura, íntegra, de tales necesidades.

Si no se satisfacen, sobreviene la debilidad, la apatía, la enfermedad, el abandono, la tristeza, el pesimismo, la pereza, la propensión a todos los vicios. Hombres que no se alimentan bien, que no se abrigan bien, que no descansan bien, que no se guarecen bien, no sirven ni para trabajadores ni para ciudadanos; ni para defender su patria ni para sostener su familia.

Así, la satisfacción plena de nuestras necesidades primordiales, es la base y la condición perenne de la vida y de la salud. Asegurarla *para todos*, no puede ser el interés restringido de una casta, de una clase social, de un grupo de privilegiados, sino el interés supremo de la NACION

ENTERA, puesto que él la extrae todas sus eficiencias, de la salud, de la fuerza, del equilibrio, de la alegría y del valor de todos sus hijos.

¿Cuáles son, reducidas al *mínimum*, esas necesidades primordiales, vitales, supremas, sin cuya satisfacción no hay más que debilidad y degeneración y aniquilamiento? Tal como las comprendemos nosotros, son éstas:

1ª: trabajo higiénico, perenne, honesto y remunerado en justicia.

2ª: alimentación suficiente, nutritiva y saludable.

3ª: habitación amplia, seca, soleada y bien aireada.

4ª: agua buena y bastante.

5ª: vestido limpio, correcto y de buen abrigo.

6ª: asistencia médica y sanitaria.

7ª: justicia pronta, fácil e igualmente accesible a todo.

8ª: educación primaria y complementaria eficaz, que forme hombres cordiales, trabajadores expertos y jefes de familia conscientes.

9ª: descanso y recreo suficientes, y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo.

Es posible facilitar y aún asegurar a todos los habitantes de la Nación este *Minimum Vital*, sin el cual toda la existencia es un fracaso, toda criatura humana degenera y se bestializa? ¿Sin duda que lo es, puesto que *se realiza constantemente en la familia*. Toda familia normalmente constituida, tiende en primer término, a obtener y mantener para cada uno de sus miembros el *Mínimum Vital*; a que

todos ellos se alimenten, trabajen, se vistan, habiten en buenas condiciones, adquieran una instrucción elemental y se desarrollen en todo siguiendo una norma de equidad y de justicia. Y si la familia, que está subordinada enteramente al medio social que la rodea; que lucha contra obstáculos innumerables; que a veces carece de los más necesarios elementos, *realiza*, en más o menos la satisfacción de las necesidades primordiales de todos los suyos, cómo no ha de poder realizarlo la Nación, que es libre, que es dueña de todas sus riquezas, árbitro de su legislación e instituciones, que puede regular su trabajo y sus gastos, imprimir nuevas direcciones a las costumbres y a las ideas, influir sobre los sentimientos e intentar una y otra vez los ensayos que considere conducentes a una vida más cordial y más justa?

Sin duda, la Nación es en esto extraordinariamente poderosa; sus fuerzas sobrepasan a la dificultad de una empresa cuya necesidad y justicia palpita en la conciencia de todos y para cuyo éxito la Naturaleza ha previsto en ancha esfera, dando a los hombres todos los elementos indispensables al trabajo y a la producción.

Si hasta ahora las naciones —no todas— no han realizado esta cosa sencilla y justa del *Mínimum Vital*, es simplemente *porque no han pensado en ello*; porque en la escala de sus actividades le han señalado el último lugar, en vez de asignarle el primero; porque no han visto con amor esa realización primaria de la justicia y no se puede alcanzar lo que no se anhela. Pero desde el preciso momento en que la Nación CAMBIE DE CONCEPTOS; en que piense y sienta que su deber elemental y fundamental, su finalidad primordial y predominante es PROCURAR LA SATISFACCION DE LAS NECESIDADES VITALES DE TODOS SUS HIJOS, desde ese instante comenzará a

parecer factible, sencillo, lo que antes parecía utópico y complicado en demasía. Este CAMBIO DE CONCEPTOS es el paso decisivo, ineludible, para la transformación que propagamos; esta FE NUEVA de la colectividad, es la semilla de que ha de brotar el árbol de la vida nueva; y si no se verifica la substitución del antiguo credo social por otro más justo y más sabio, es claro que la Nación continuará girando sobre sus goznes oxidados, camino de su ruina como Nación y como raza.

Para ésto, a la cabeza de los PRINCIPIOS que forman la filosofía de la Doctrina Vitalista, figuran estas afirmaciones fundamentales:

1ª: que el Estado, la Provincia y la Comuna, tienen como finalidad y obligación *primarias* trabajar ante todo y sobre todo para que las *Necesidades Vitales* sean procuradas igualmente a todos los habitantes del país.

2ª: que cualquiera otra forma de actividad es *secundaria*; y que es *ilícita* si se ejerce con daño o postergación de la primera.

3ª: que el ideal constante y supremo del Estado, de la Provincia y de la Comuna, ha de ser acercarse lo más posible a la gratuidad completa de la alimentación, del vestido, de la habitación y del agua.

4ª: que la Asistencia Médica, la Justicia y la Educación han de ser *siempre* gratuitas y accesibles, puesto que la Salud, la Justicia y la Educación, constituyen los tres mayores intereses de la raza.

5ª: que el trabajo es la condición indispensable de la salud individual y colectiva, en su triple aspecto de salud corporal, moral y mental, y entendida la salud, como llave

del bienestar, de la concordia y del progreso; y que, por consiguiente, la aspiración y el deber más altos son para cada uno, vivir de un trabajo honesto, lícito y benéfico para la Comunidad.

6ª: que no es trabajo ninguna forma de actividad que directa o indirectamente cause daño al individuo, a la familia o a la raza.

Tales son, a grandes rasgos, la finalidad y los principios de la Doctrina Vitalista, en cuyo seno incuba la paz y la promesa de una vida mejor y más digna de vivirse.

Agosto 11 de 1928.

LA DOCTRINA DEL MINIMUM VITAL

Sus fundamentos

III

En otra ocasión hemos afirmado que, por el simple hecho de ser traído a la existencia, un niño adquiere plenos derechos a la vida íntegra, y que todas las fuerzas familiares y sociales deben subordinarse a la necesidad de procurarle esa vida íntegra. Que sus Padres, la Comuna, la Provincia, el Estado, han de constituir para él una cuádruple paternidad, a fin de que esa vida que se inicia adquiera su máxima potencialidad y llegue a ser un día la justificación de sus progenitores, del medio social que le formó y la redención de aquellos entre quienes va a florecer, a dar su cosecha. El niño, dijimos, es el perdón del hoy y la purificación del mañana; solo en él cabe el mejoramiento visible y trascendente de la sociedad; solo en él alcanzan su realización las esperanzas y los anhelos de acrisolamiento. Es el verdadero torbellino que organiza la vida, atrayendo, para organizarla, los elementos más puros del ambiente social y cósmico. Es un centro de cristalización al cual afluyen las fuerzas vivas y renovadoras que forman el río perenne de la vida.

Así, pedir para el niño el *Minimum Vital*, es como implorar una limosna para el dueño del tesoro; como pedir un sorbo de agua para calmar la sed de quien posee el manantial y la nube. Sólo una barbarie insana, un encos-

tramiento de la mente, una vastedad de sentimientos buena para rinocerontes, puede explicar que todavía subsistan la palabra y la condición de *orfandad* y que nos imaginemos que un hospicio es una institución de suficiente valía para saldar nuestras obligaciones con el niño huérfano.

Dijimos que tratándose del niño, el asegurarle el *Mínimum Vital* es apenas devolverle el centésimo de lo que *es suyo*, y que toda situación que no le asegure siquiera ese *Mínimum*, es una afrenta para la familia, para la Comuna y para la Nación.

Pero llega un momento en que el niño se hace hombre, se convierte en UN TRABAJADOR; es decir, en una fuerza que actúa y da vida. De simple estanque a donde todas las aguas venían a verterse para henchirle y colmarle, se ha convertido en manantial de donde las aguas emanan y parten, a henchir y colmar otros estanques. Ayer recibía únicamente; hoy da, y da con creces: da *mucho más* de lo que recibe, pues de otra manera sería imposible la continuación y subsistencia social. *Trabajador* significa, pues, uno que da, en proporción mayor de lo que se le da; es uno que, además de retribuir, recompensa.

Ahora bien, qué es lo que yo doy cuando trabajo? DOY MI VIDA. Literal y esencialmente, el que da su trabajo, da su vida. *Trabajo* no es sino una palabra que expresa brevemente este hecho complicado, trascendente e incommensurable: *dar uno la vida acumulada en sí*. Es el mismo fenómeno de la tierra que *se da* en forma de árbol, y del árbol, que se da en forma de fruto; del mar, que se da en forma de nube; de la nube que se da en forma de lluvia, de la lluvia que se da en forma de manantial.

Cuando yo trabajo *una hora*, doy un valor que no puede ser ni substituido ni anulado; porque esa hora de

trabajo, es una hora de *mi vida*; no de una vida sin término o de inmensurable duración, sino de una vida de cincuenta, sesenta, setenta años; es decir, una fracción grande sustraída a una suma pequeña, en el mejor de los casos, pues si no vivo más allá de treinta años, resultará una fracción enorme sustraída a una cantidad mínima. Una hora de mi trabajo, de mi tiempo, es un valor absoluto arrojado para siempre al abismo de la eternidad: con nada lo puedo sustituir, con nada lo puedo compensar.

Así, pues, el trabajador es el hombre que da su vida: la da como tiempo, en cuanto no hay faena que se pueda cumplir sino en un tiempo determinado; la da como pensamiento, en cuanto ningún trabajo se puede efectuar sin *atención*, que es pensamiento concentrado, enfocado sobre la obra que se realiza; y finalmente, la da como voluntad, como corazón, si al trabajar infunde en la obra el anhelo que salga perfecta. Tiempo, corazón, pensamiento, músculos y nervios, huesos y tendones, sangre y sudor, todo se quema en el trabajo; el *yo* entero se trasfunde en la obra realizada, que no es ni más ni menos que *un trozo de la vida individual*, trasmutado en *la vida total*.

Nótese bien este carácter del trabajo: el hombre que abre un surco, o siembra el grano, o alza las paredes de una casa, o teje la tela para el vestido, o enseña a los niños, o cura a los enfermos, o cualquiera otra forma de actividad normal y benéfica, trasmuta su vida individual en vida colectiva, total; porque la cadena de influencias, de fuerzas creadoras que inicia con su trabajo, ya no termina: se desenvuelve en una serie inconmensurable que abarca y enlaza todas las actividades sociales. Digamos, por ejemplo, la tortillera que preparó las tortillas con que me he alimentado esta mañana, o la cocinera que preparó mi desayuno.

no. ¿Qué fué lo que me dieron? Una fracción, una modalidad *de su vida individual*. Pero desde el momento en que yo ingerí esas tortillas, ese desayuno, aquella fracción de sus vidas limitadas, concretas hasta allí, asumen posibilidades de transformación y de influencia ilimitadas, inconmensurables, trascendentales como el viento y la luz: esas tortillas humildes, en las cuales viene ya implícita la vida de quien sembró el maíz, de quien lo segó, de quien aró el suelo para la siembra, de quien hizo el arado, de quien forjó el hierro para el arado, esas humildes tortillas se transforman al ingerirlas yo, en fuerza nerviosa y pensante, en pensamiento, en voluntad de expresar ese pensamiento, en capacidad artística para darle forma; en vehículo de esta doctrina que estoy desarrollando, la cual, en un solo corazón en que llegue a prender flamígeramente, puede traducirse en consecuencias infinitas. De aquí saldrá labor para el tipógrafo, para el niño que vende periódicos, para cuantos intervienen en el trabajo periodístico; y si además la doctrina convence y mueve, y llega a culminar en nuevas y generosas costumbres, en leyes benéficas y humanas, tendremos que aquellas tortillas al parecer insignificantes, devinieron el eslabón de una cadena sin término; fueron como una piedra gigantesca lanzada en medio del océano, de cuyo seno suscitó inmensas olas, montañas de agua que fueron, hechas encaje rumoroso, a besar y purificar las playas más remotas.

O sea, que *toda obra es colectiva*; que todo lo hacemos entre todos y que, puesto que todos vertemos nuestras vidas en la obra común, todos tenemos derecho a que se nos devuelva, siquiera en proporción mínima, en la del *Mínimum Vital*, aquello que hemos dado: nuestro trabajo, nuestro YO.

Agosto 14 de 1928.

LA DOCTRINA DEL MINIMUM VITAL

Sus Fundamentos

IV

Que toda obra es *obra colectiva*, es muy sencillo de comprenderse, y yo no haré aquí, para evidenciarlo, sino repetir con nueva forma la prueba que se adjunta ya tantas veces y que cualquiera puede comprobar.

Imaginemos que soy un poeta y que escribo un poema. Me aislo para ello, pues no solo no me hace falta compañía sino que me sería estorbosa. De instrumentos materiales, no necesito sino mi lápiz y algunas cuartillas de papel. En el canto de una rústica mesa, y aún sobre mis rodillas, sobre un cartapacio improvisado, escribo mi pensamiento, que parece venir todo él de las profundidades de mi ser, y lo voy revistiendo con la tela que al andar de los años mi corazón ha entretejido con los invisibles hilos del vivir. No hay obra más personal, más individual que ésta: se diría que toda ella sale exclusivamente de mí mismo; que nadie más que yo pone en ella su contingente y si alguna vez el hombre tuvo derecho para decir *mi obra*, es sin duda al referirse a ésta, en que, fuera del papel y el lápiz, todo es mío: las impresiones que recibí; el dolor o la sonrisa de que me dejaron impregnado; los arabescos que mi fantasía bordó sobre su tela; las ideas en que se transformaron; la musicalidad y el ritmo que mi oído les imprime.

He aquí pues, UNA OBRA MIA, nada más que *mía*; y si por ventura resulta una verdadera obra de arte, al darla a la luz podré gloriarme de que hago a los hombres una merced, de que les agracio con un don, y no sin razón imaginaré que me deben agradecimiento y honores por ese diamante que les dejo caer para que ilumine y embellezca sus horas.

¿Quién no ha sido fascinado alguna vez por esa sirena de la gloria? ¿A quién, hombre de ciencia, poeta, músico, filósofo no le sedujo la ilusión de que ESTABA DANDO, sin que nadie más que él fuera el forjador de aquella dádiva? ¿Quién, al dar a los demás una obra que le salió de las propias entrañas, no se sintió impulsado a decir: tomad, este es mi cuerpo, esta es mi sangre?

Y sin embargo, esa individualidad exclusiva de su obra era simplemente una apariencia: ni esa, ni otra alguna realizada en la vida fué la obra de uno solo, sino la obra de muchos, de todos, hasta de los ausentes y de los muertos. Y ved aquí la comprobación indubitable: mientras yo escribo ahora; mientras ayer leía o paseaba, acumulando elementos para mi poema; mientras hace años vagaba por la orilla del mar o contemplaba el horizonte desde la cima de una montaña, alguien TRABAJABA para que yo PUDIERA entregarme libremente a mis observaciones, a transformar las impresiones que recogía del ambiente, a meditar sobre ellas; a guardarlas en el arca de la subconsciencia, para extraerlas un día ya organizadas y vivientes. Alguien *trabajaba, para dejarme libre en mi trabajo*, cociendo el pan de que me alimentaba; lavando y aplanchando la ropa con que me vestía, limpiando y arreglando mi casa; confeccionando mi traje; cortando en el bosque la leña para cocer mis alimentos; fabricando el jabón para

lavar mis vestidos; haciendo mi calzado; preparando el cuero y la suela con que el zapatero había de coserlos. Tal como en este momento, centenares, millares de personas *trabajan* para que yo pueda escribir estos artículos; es decir, trabajan conmigo EN MI OBRA. Mi cocinera, mi lavandera, mi camarera, la mujer que llevó las legumbres al mercado, la campesina que las siembra y recoge, el sastre que me viste, el zapatero que me calza, el comerciante que importa el papel y el lápiz, el que fabrica el papel y el lápiz, los marineros que tripulan el barco que los trae, todos los millares y millares de obreros, ingenieros, fabricantes, comerciantes, peones y sirvientes que intervienen en la confección y acarreo de esos útiles, y todos los que me aprontan y facilitan las cosas que necesito para mi vida diaria, colaboran conmigo en estos artículos, trabajan para que yo pueda trabajar en ellos; hacen, pues, SU PARTE, y sólo mediante esa multiforme e infinita colaboración, puede salir la obra que un instante, cegado por el orgullo, quise llamar mi obra; cuando, con mayor humildad y más clara visión de las cosas, la debiera haber llamado NUESTRA OBRA.

LO HACEMOS TODO ENTRE TODOS: esta es la única, la honrada y sencilla verdad, y sólo cuando la conocamos y la sintamos en toda su evidencia, en toda su fuerza, en toda su santidad, hallaremos para construir el orden social en una forma cristiana, humana, digna de hombres, de seres que ya no quieren vivir como las fieras. Lo hacemos todo entre todos; cada uno en forma diversa pero necesaria, inseparable del conjunto, pone en la obra común *su trabajo*, es decir, *su vida*. Y puesto que deja allí su vida en forma de trabajo, justo y natural es que reporte del provecho común, aquella parte *mínima* que necesita para continuar traba-

jando; aquel *Mínimum Vital* que le es indispensable para que su capacidad de trabajo no degenera; para que su fuerza, su salud, su alegría, manantiales de la capacidad y de la eficiencia, continúen vertiendo en el YO, sus aguas renovadoras.

Sin duda que en el poema que yo escribiera, en el descubrimiento del geógrafo, en la invención del mecánico, en el cálculo del astrónomo, hay algo *suyo*, algo personal, cierto sello que caracteriza la obra, una porción y forma de trabajo mayor y mejor que cualquiera otra de las innumerables que aportan los demás colaboradores. Sin esa porción característica del *Autor*, sin esa aportación siempre individual y personalísima, la obra no hubiera nacido. Mas tampoco habría nacido sin la coparticipación anónima de los otros. Sin Miguel Angel, no habría cúpula de San Pedro; mas, sin canteros que labraran las piedras, tampoco.

Más a quien más dió; mejor a quien mejor contribuyó, es la ley sencilla y natural. Más, pero *no todo*. Más, pero sólo cuando ya se tenga apartada la porción mínima de los compañeros de trabajo. Más, para lo superfluo del que le dió a la obra su forma definitiva; pero no antes de asegurar la vida, el *Mínimum Vital* de aquellos sin cuya colaboración la obra no podía nacer ni vivir.

El pan NUESTRO, dijo Jesús, pensando, sin duda, en la consecuencia de la Obra NUESTRA. Por desgracia, allí estamos aún en la edad de la fiera imaginando que es justicia y religión y ciencia, la forma asesina y mezquina de “el pan *mío*, amasado con el trabajo de ellos”.

Y por ahora, basta.

Agosto 15 de 1928.

COMENCEMOS YA

En su muy benévolo y muy grato artículo de hoy, impreso en este mismo número de PATRIA, pregunta don José Mejía, refiriéndose al Minimum Vital: CUANDO DEBEMOS COMENZAR?

Amigo don José, por mi parte comencemos ya: puesto que se trata de reparación y de justicia y de abandonar las sendas extraviadas, lo mejor es comenzar inmediatamente.

Por dicha, nadie nos lo puede impedir, ya que vamos a implantar la doctrina en el terreno de la vida privada, donde nosotros somos reyes y dueños, por consiguiente, de hacer nuestra soberana voluntad.

Pues, conviene tenerlo presente, la *Doctrina Vitalista*, si bien ha de entrar lo más pronto posible, GRACIAS A NUESTRO ESFUERZO ORGANIZADO, en el terreno de la legislación, debe al mismo tiempo —mejor aún si es antes— realizarse en el campo de las costumbres. Nada nos estorba ni a ustedes ni a mí, ni a los millares de correligionarios que ya están con nosotros, colocar nuestras relaciones con las gentes que están directamente a nuestro servicio, sobre una base de mayor justicia y cordialidad; y para ello, elevadles inmediatamente su salario a quienes lo merezcan y necesiten con más imperativo derecho.

Aún diré que es de mayor urgencia esa realización en la esfera individual y libre, si atendemos a que los legisladores, viendo que la doctrina encarna en nuestros hechos; viendo que para nosotros sus propulsores no se trata de abs-

tracciones ni de simples deseos, sino de una Vida Nueva, que anhelamos y *sabemos* vivir, por fuerza serán impresionados y sentirán la influencia inherente a todas las cosas *que son*, que existen en espíritu y en verdad.

Que tengan ésto muy sabido cuantos quieran afiliarse a la Cruzada del Mínimum Vital, y trabajar *fervorosamente* por su pronta y decisiva incorporación en nuestra vida colectiva: que si para los demás se tratará de oírnos, de dejarse convencer y persuadir, si nos encuentran razonables y justos, para nosotros, los que haremos la propaganda, se tratará sobre todo y en primer término, de *vivir* esta Doctrina Vitalista. Si aspiramos a despertar en los demás *una nueva conciencia*, hemos de hacer visible y tangible, VIVIENDOLA, esa mayor justicia y belleza del plano espiritual a donde queremos que los demás nos sigan. Solamente las modificaciones incidentales o insignificantes se pueden obtener mediante la elocuencia sin médula; pero si se trata, como en este caso, de una profunda y trascendental modificación del vivir colectivo, no se logrará nunca si la doctrina no aparece encarnada, cristalizada en la vida de sus adeptos.

Así, pues, mi amigo, yo creo que debemos comenzar ya, al instante, y para ello propongo que nos entrenemos alzándoles su mísero salario a nuestras lavanderas.

He aquí la razón de ser ellas las designadas para recoger las primicias de nuestro REGIMEN VITALISTA: una de estas mujeres, si es fuerte, sana y activa; si no se enferma; si por nada interrumpe su trabajo, alcanza a lavar —unas semanas con otras— diez docenas de piezas por semana. Esto hace, a razón de UN COLON la docena, diez colones semanales. En jabón, a cuarenta centavos para cada docena, gastan cuatro colones por semana, quedándoles entonces seis, si es que ya no se les cobra aquel impuesto ase-

sino de *seis centavos diarios*, que pagaban a los guardas municipales del Coro y de la Chacra, para que les guardaran las ropas durante la noche.

Bien, pues, en el mejor de los casos nuestras lavanderas *disfrutaban* de una ganancia de *cinco colones y setenta centavos semanales*, por el trabajo de TODA su semana, consumido en una tarea penosa, sucia e insalubre.

Una sola boca más que tengan a su cargo —sea en forma de muchachito, de abuela inválida, de mamá enferma o de amante sinvergüenza— reduce ese bochornoso salario a la mitad: es decir, que deberán vivir con *dos colones y ochenta y cinco centavos* por semana. Casa, vestido, luz, alimentación, medicinas, limpieza, todo ha de salir de esa misérrima piltrafa que les damos por su trabajo, POR SU VIDA.

Afirmo yo que no basta lo que les damos a nuestras lavanderas, para costearle la vida a un perro de Casa Grande; que vive mejor cualquier caballo, lora, gato, mono y aún perico, de los que habitan una *Mansión* o una *Residencia*. Y como el hecho es tan ruin que se ruboriza uno de comentarlo, me parece que lo único racional, en presencia de una atrocidad, es ponerle fin ELEVANDO AL DOBLE EL PRECIO DE LA DOCENA DE PIEZAS DE LAVAR.

No le parece?

Por mi parte, comenzaré ahora mismo, y quiera Dios que se me pase luego la vergüenza de no haber comenzado desde el día en que tuve uso de razón y DE CONCIENCIA.

Gracias por sus bondades, amigo don José, y démosnos las manos una vez más, en la empresa de hacer algo más limpio y más humano de nuestro feo vivir.

Agosto 16 de 1928.

BUSCAMOS SEMBRADORES

Como decíamos ayer, la Doctrina del *Mínimum Vital*, radica, sobre todo, en una transformación de la conciencia individual y colectiva. A su tiempo, ha de encarnarse en leyes, en instituciones políticas y económicas, gracias al esfuerzo de sus propagadores y cuando ya una mayoría o minoría grande y consciente de los habitantes del país se haya convencido de su justicia y necesidad; pero esa cristalización legislativa **NO SERA UNA REALIDAD**, si los individuos no llegan a sentirla en toda su verdad, en toda su justicia.

No queremos absolutamente que esta doctrina acabe en unas cuantas leyes artificiosas, muertas desde su nacimiento, como tantas otras que tenemos y de cuya mentira nos alimentamos, juzgándolas verdaderas y eficientes sólo porque duermen en los códigos. No queremos un simulacro más, bajo cuya falsía viva su vida pestilente la antigua injusticia, más corruptora cuanto más revestida se ostente con las formas de la legalidad. No, lo que anhelamos, por lo que estamos trabajando, es una superación de nuestra conciencia colectiva, cimentada, naturalmente, sobre una superación de la conciencia individual.

Como toda doctrina viva, honda y fecunda, esta del *Mínimum Vital* tiene su origen en una concepción del mundo, en una filosofía; de concepción filosófica, podrá extenderse, y ya se ha extendido quizá, al plano espiritual, y revestirse con formas religiosas; del campo de la religión, podría trascender, y trascenderá, a la esfera del arte, para

manifestarse como poesía, pintura, estatuaria y música; de la forma artística, que es un vehículo emocional, poderoso y sencillo, prenderá en los corazones que han sentido hambre y sed de justicia, externándose en hechos y costumbres; y luego, con toda la fuerza acumulada a través de esas cristalizaciones, se hará legislación, derecho escrito. Mas, sea cual fuere la marcha que siga, y el tiempo y el esfuerzo que requiera su realización, no hemos de consentir en que disipe su fuerza en los escarceos de una literatura vacía, ni en los embusteros perifollos de una ley que nadie sostiene porque nadie la siente ni la vive.

Mínimum Vital, a pesar de su voluntaria restricción que se contenta con satisfacer las necesidades primordiales, es todo ello COSA VIVA, cuya finalidad es la vida, cuyo manantial y camino tienen que ser, literal y espiritualmente, VIDA. Y no puede nacer ni desenvolverse, ni crecer, ni culminar, sino MEDIANTE LA ACCION CONTINUA, DISCIPLINADA, CONSCIENTE Y FERVOROSA DE HOMBRES QUE LA SIENTAN, LA PIENSEN Y LA QUIERAN.

Estos son los sembradores que hacen falta para ésta siembra: hombres que asienten con toda su fuerza la mano decidida sobre la mansera del arado, y hagan penetrar hasta el fondo la reja del mismo, anhelosa de llegar hasta las raíces de la justicia y de la verdad.

Tales adeptos fervorosos, han de reconocer y proclamar la Doctrina Vitalista con hechos, con normas de conducta, con la sujeción a una manera de vivir que esté propagando por sí misma y en todo momento, la eficacia de la Nueva Fe, del Nuevo Orden Social que se trata de establecer. Y para ello, asumir como DEBERES ELEMEN-

TALES E IMPRESCRIPTIBLES, éstos que señalamos a continuación, a manera de Mandamientos Individuales para todos los miembros del Partido Vitalista.

1º—Considerar la condición de trabajador honrado y experto, como el ideal más alto a que puede aspirar un miembro de la comunidad.

2º—Respetar y honrar el TRABAJO VITAL, como el fundamento y la condición indispensable del bienestar común y de la justicia social.

3º—Ser trabajadores asiduos, esforzados, atentos, leales con su obra, cuya perfección han de considerar ligada íntimamente a su honor y a su probidad.

4º—Reconocer y ayudar a todos sus hijos, a las madres de sus hijos, y a sus padres ancianos y necesitados.

5º—Contribuir lo mejor que puedan, al sostenimiento de los orfanatorios, hospitales y asilos de indigentes, de su comuna o de su provincia.

6º—Proteger a los animales no dañinos y especialmente a los pájaros, como auxiliares de su vida.

7º—Respetar y proteger al árbol, como acumulador y distribuidor de la vida en el planeta.

8º—Ser limpios y bien hablados.

9º—No embriagarse ni narcotizarse; no aventurar al juego el producto de su trabajo; no disiparse ni prostituirse: a fin de que todas sus fuerzas converjan a la eficacia de su labor.

10º—No explotar ningún vicio; no vivir de la usura; no usurpar en ninguna forma el trabajo ajeno; no acaparar

la tierra, ni las casas, ni los víveres, ni nada que sea indispensable a las necesidades vitales de los demás.

11º—Velar porque sean respetados LOS DERECHOS DEL NIÑO, a quien han de considerar como supremo elemento purificador y edificador de la vida social.

12º—No prestarse nunca, ni por recompensa ni por amenaza, a servir de instrumento de ninguna opresión, explotación o tiranía que afecte a los derechos vitales de otros.

Así, sumisos con docilidad y fervor a estos mandamientos, en cuya obediencia y cumplimiento han de hallar su alegría y su orgullo, concebimos nosotros a los sembradores de esta semilla de justicia, de armonización, de verdad y de vida.

Agosto 17 de 1928.

LA VIDA FRENTE AL DINERO

Lo que caracteriza al Sistema Capitalista, lo que constituye su esencia y su ley máxima, es QUE TODO SE PUEDE COMPRAR. Si un hombre tiene dinero suficiente, puede comprar todas las casas de la ciudad, todos los víveres de la cosecha, todas las tierras de la Nación. Si da por ellas SU DINERO, son suyas, y dispondrá de ellas como le venga en gana. Son SU PROPIEDAD, algo sagrado, intocable, que las leyes han colocado por encima de la necesidad, del dolor y de la vida.

Posible es, y sucede muchas veces, que ese acaparamiento de las cosas trastorne y arruine los hogares, obligue a las gentes a emigrar, o rebaje su habitual manera de vivir a una condición mísera y vil, que desembarque, recorriendo tortuosos y sombríos caminos en la prostitución y en el crimen, en la degeneración multiforme a donde lleva siempre la miseria. Es triste, pero en el conflicto entre la vida y la propiedad, las leyes han optado por éste, por su símbolo, que es el dinero. La ficción grosera, desmentida mil veces cada día, supone que el dinero es siempre el resultado del trabajo, de la propia y honesta labor y que, por consiguiente, es como una emanación del individuo mismo, la red de la araña surgida de sus propias entrañas. Sobre esta ficción, una de las más groseras a que haya rendido culto la invencible idolatría de los hombres, se ha edificado el Templo de la Propiedad, donde el Dinero, Dios Unico y Todopoderoso, se complace en escuchar los ayes y las maldiciones de las víctimas del Acaparamiento.

Así, LA PROPIEDAD, la cosa adquirida a cambio de dinero es en el Sistema Capitalista Actual, el derecho por excelencia, el fin último, la cosa en sí, la virtud suma, el ideal y el por qué del vivir, lo que justifica y explica todas las actividades y todos los sacrificios. Si en “El Mercader de Venecia”, de Shakespeare, el judío Shylock —que le ha comprado a su adversario UNA LIBRA DE CARNE, cortada inevitablemente de su propio muslo— se ve obligado por la astucia y la rectitud del Juez a rescindir el nefando contrato, en nuestra vida diaria no sucede así: ni la carne ni la sangre se sobreponen a la codicia implacable, sancionada y consagrada por la ley; si el PROPIETARIO exige, hay que abandonar tierra, casa, muebles, y con ellos, posición social, manera de ganarse el pan, y caer en no se sabe qué abismos donde Shylock, que no pudo cercenar el muslo, destruye y pulveriza, a veces, la vida de una familia entera. LA VIDA ha fracasado, pero la PROPIEDAD salió victoriosa.

Lo que puede hacer un hombre que tenga dinero suficiente, lo hará con igual derecho un grupo de hombres. Lo que tiene derecho a efectuar un Pierpont Morgan, con más razón y eficacia lo perpetrará Wall Street, la GRAN PROPIETARIA, es decir la Mayor Poseedora de dinero en el mundo, hallando estrecho el campo de sus OPERACIONES en el nativo y ancho solar en que nació y creció, discurre comprar en otra parte, INVERTIR DINERO en otra parte. Esta cosa divina que es el dinero, en el cual reside todo poder y toda virtud, Wall Street lo transporta a Cuba, a Santo Domingo, y a Haití, a Panamá, a Nicaragua, y allí lo pone EN CIRCULACION, y lo hace producir. Es verdad que las nuevas y vastas operaciones en la Gran Propietaria implican la conquista, la intervención armada, el asesinato y el incendio, y que no sería posible efectuarlas con rendi-

miento seguro y crecido, sin el auxilio del Ejército, de la Marina, del Gobierno de Washington. Pero, ¿dentro de qué lógica, las leyes y las autoridades que descargan todo su peso en favor del *Propietario* individual, limitado, medianamente adinerado, le habían de rehusar al *Propietario* colectivo, de poder ilimitado, desbordante en fuerza de dinero? Este, como aquél, emplea SU DINERO, su propiedad, su dios, y como aquél necesita y exige que toda la influencia del Orden Político lo apoye en la empresa de *hacer producir* su capital.

Así, cuando protestamos contra el IMPERIALISMO YANKI, lo hacemos con motivo en cuanto el NEGOCIO de los banqueros Newyorkinos se efectúa a costa de nuestra autonomía, de nuestra dignidad, de nuestra sangre y de nuestra hambre; pero no lo hacemos con lógica: esa operación *en grande* es tan justa y tan propia del sistema capitalista, como el embargo de la única manzana de tierra de donde obtenía su pasar la familia de un labriego desafortunado. Reconocido, acatado el Poder Absoluto del dinero, supuesto símbolo del trabajo, la Propiedad deviene el Supremo Objetivo de la sociedad y de la ley, y LA VIDA tiene que someterse y, en el evento, ser arrollada por las ruedas aplastantes del carro en que ese nuevo Jajernaut, pasea su majestad hierática y sin entrañas.

Ahora bien, nosotros alzamos y proclamamos, con la Doctrina del Minimum Vital, frente a esa deificación del dinero, la deificación de la Vida. Frente al dios Propiedad erigimos el altar de *la Vida*: no abstracta, no estadial, no filosófica, no moviéndose en no se qué regiones nebulosas de la metafísica, sino *animal*, concreta, visible y tangible, determinada en ese niño que pasa, en aquella mujer que lleva una canasta, en ese anciano que se calienta al sol,

en esta muchacha que sonríe a quienes contemplan sus gracias, en aquel obrero que sale de la fábrica, en aquel carretero que azuza sus bueyes perezosos. Y a todos ellos, nuestra Doctrina Vitalista, desde las nubes relampagueantes de un nuevo Sinaí, les grita con una voz que surge de las entrañas de la Justicia, del propio corazón del Cosmos: "yo soy el Señor Dios tuyo; yo soy tu verdadero y Supremo Dios, y a ningún otro le erigir s altares delante de mí. Yo te digo, en verdad, que el Poder Absoluto del dinero ha muerto; que desde ahora, si t  lo quieres, el dinero ya no será un dios, sino un servidor del hombre, y que ese monstruoso derecho de adquirir y de poseer, que compraba la carne y la sangre, ya no podrá comprarlo todo. Porque el hombre, por fin, tras de inundar el planeta con sus lágrimas y con su sangre, ha encontrado lo que anhelaba, algo verdadera y esencialmente sagrado, esencial y profundamente divino: ha encontrado la vida, SU VIDA!".

Agosto 22 de 1928.

UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

San Salvador, Agosto 19 de 1928.

Sr. Dn. Alberto Masferrer.—Ciudad.

Con la atención que merecen los escritos de hombres del talento e ilustración de usted, he leído los artículos de su diario PATRIA, sobre todo, los referentes al problema que usted bautizó con el nombre, muy justo por cierto, de *MINIMUM VITAL*, y otros también de carácter sociológico.

Los términos y tendencias con que usted señala nuestras desgracias, me hacen el efecto del fuerte viento precursor de terribles tempestades, de esas tempestades que atascan la tierra matando la vida latente de la simiente, matando los débiles gérmenes que prometen flores, riquezas, bienestar a los hombres.

Llego a creer, o mejor dicho, a comprender, la intensidad del odio que usted dedica a todas las personas que disponen de algún dinero más que usted y me explico ese odio, estudiando su vida, siempre concretada a la lectura, hasta enriquecer su mente muchísimo, hasta ser lo que ahora es, un hombre ilustrado en alto grado, opulento en ese sentido; pero naturalmente esa ilustración, ese cultivo intelectual, ha requerido largo tiempo, ese tiempo que es casi toda la vida de usted, y ahora, en el ocaso de su existencia y sin recursos pecuniarios, por haber olvidado en su oportunidad el trabajo lucrativo y honrado, se siente

contaminado, impotente en el plano económico; y convencido, sintiendo que sabe mucho y que sin embargo tiene necesidad de la ayuda nacional para subsistir (es usted pensionado), nació en su ánimo ese odio con derroteros a la disolución y al desastre social, sobre el cual piensa establecer su tienda, humilde pero IMPERIAL, donde todos deberán ocurrir en solicitud de piedad, de luz, del consejo inapreciable del maestro infalible, humilde pero UNITARIO.

Las ideas de usted no tienen base práctica constructiva en lo moral; vienen siempre aparentando sentimiento por nuestros males sociales, pero se nota allá en su fondo el odio, ese odio finísimo que dedica a todo aquel que dispone de algún dinero, como si el hecho de tenerlo fuese un insulto o un delito contra usted.

Nuestros problemas no radican en la falta de vivienda barata, ni en el sueldo más o menos pequeño con que en nuestro país se paga el trabajo, ni en que fulano o mengano tenga más o menos dinero, ni en otra de esas simplezas. No, nuestros males sociales radican en que nuestras leyes no son casi nunca honradamente practicadas, en que ante la ley no hay igualdad, siendo que el adinerado consigue casi siempre eludir la acción de la justicia y el pobre sólo sufrirla: nos sobra aguardiente y el pueblo está anegado en él; nos falta valor suficiente para suprimir nuestros males, porque la corrupción reina en todos nuestros planos sociales; no existe la sanción, nos sobra deshonor y nos falta entereza personal. El aguardiente, el alcohol, es la principal base de nuestros males; y sobre todo en lo referente al obrero, ya usted habrá notado que las soldadas van siempre a parar al estanco, aunque la familia muera de hambre; que el alquiler de casa no se paga. Ahora si

el obrero se dedica al vicio que el gobierno le propone, y por ello no cumple ni siquiera con sus deberes de esposo y padre, ¿cómo podría pagar esa vivienda barata, ni mucho menos conseguir el relativo bienestar del *Mínimum Vital*?

En cuanto a las irregularidades de nuestra práctica legal, vea usted cómo trabajan los alguaciles sin ganar un centavo; cómo vienen los pobres obreros del campo a tomar plaza en el servicio militar obligatorio, para garantizarlo a usted y a todos los que usan corbata y zapatos y saco. No ha fijado su atención en esos pobres hombres que vienen de los pueblos, todos harapos y desgarrones, traídos en medio de bayonetas, a la fuerza, dejando a sus esposas e hijos para venir a guardar el orden que todos necesitamos, pero para el cual no todos contribuimos? Eso es salvaje y terrible.

Esos que lo acompañan a usted en su campaña, esos que no lo dejan solo y quieren acuerpar el sublime apostolado de regeneración nacional, ya estarán pensando en el mangoneteo, etc., que constituye el mando supremo, en esas riquezas que sólo allí se pueden conseguir tan fácilmente, y así anhelan la regeneración.

Desde el momento que usted patrocinó la reelección de Carlos Meléndez, está justamente señalado como lo merece.

Del elemento más puro, el obrero del campo, surgirá el bienestar nacional. Usted verá.

Comentario

Si publicamos las adhesiones, debemos publicar las censuras. Así lo hacemos ahora, señor Miedoso, con su carta sin firma, según acostumbran aquí los patriotas hábiles.

Yo podría, en fuerza de la aversión que me inspiran los que se esconden, eximirme de contestar sus ataques. Pero me parece usted un *representativo*, un adinerado, o más bien, uno que está en camino de serlo; un creyente fanático en las virtudes del capitalismo; un enamorado terco de la vieja y fracasada Economía Política, a la cual atribuye capacidad de resolver todos los problemas sociales; y como son muchos los que piensan sinceramente como usted, he de contestarle, haciendo honor a su sinceridad, ya que no a su valor. Esto de esconderse hasta para las cosas más triviales y que no encierran ningún peligro, es, por lo visto, mal incurable en los intelectuales que han hecho dinero o que quieren hacerlo.

Explicaré incluso mi ingerencia en la reelección de don Carlos Meléndez, para que me dejen tranquilo, no porque reconozca en tal ingerencia nada que me avergüence ni me traiga arrepentimiento. Pero, ante todo, quiero anticipar una palabra sobre el “*mangoneteo*” en que, según usted, ya están pensando los que me acompañan, “*ansiosos de las riquezas que sólo en el Mando Supremo se pueden obtener tan fácilmente*”. Allá con ellos, pues casi no les conozco sino de vista a unos pocos, y a los más apenas de nombre. Por mí, estése tranquilo: yo no quiero el poder en ninguna forma, salvo éste que me da mi pluma. Me figuro que los que me acompañan —*platónicamente*— lo hacen excitados por la rara preocupación mía de que coman bien alguna vez aquellos que nunca se han alimentado sino de las migas que ustedes les arrojan. No he buscado yo su compañía ni fundo en ella ningún cálculo: sé perfectamente que a la hora del conflicto, ninguno de ellos me dará ni un bastón para mi camino. Ni yo se los pediría, pues, la verdad, no creo gran cosa en ellos.

Ciertamente, es un tanto pueril estar publicando cartas de adhesión, colmadas de elogios para mí. Pero era necesario hacerlo para que ustedes, que son tan ciegos y tan sordos, no continuaran imaginándose que se trataba de invenciones mías; era necesario que oyeran la queja del hambre que viene de todas partes, y los gritos de enojo en que amenazan convertirse los crónicos lamentos.

Me lo deberían ustedes agradecer, porque gracias a mis auscultaciones podrán ustedes, por egoísta conveniencia, ya que no por justicia, buscar el remedio a una situación que todavía es fácil dominar con sólo una miga de buen corazón y de buen sentido.

Bien, pues, señor Miedoso, ya iré contestando sus ataques, y para que la cosa no resulte pesada, procuraré al mismo tiempo desenvolver y esclarecer mi teoría Vitalista, que a usted tanto le irrita (ya debe de tener usted *pisto*) y que, sin embargo, habrá de triunfar, porque es justa, cordial, sencilla, científica y práctica.

Postdata. Su carta, que recibí el 23, viene fechada el 19. Pura mentira, fraguada para mejor ocultarse: usted la escribió el 22 en la tarde o en la noche, provocado y enojado por mi artículo EL DINERO FRENTE A LA VIDA. Antes de ése, no vió usted en el *Mínimum Vital* más que inofensivo lirismo. Pero allí en este último, se le apareció la mano fatídica escribiendo en el muro del palacio de Babilonia aquellas palabras que tanto asustan a los que han comido con exceso, y en quienes la digestión larga y difícil embota el corazón y el entendimiento: "Has sido pesado en la balanza y se te ha encontrado falto".

Eso es lo que pasa: que ese poder ilimitado del dinero, de comprarlo todo y de arruinar o destruir las vidas, sólo

porque así lo quiere la codicia, se ha encontrado falto de razón, de bondad, de justicia y de prudencia. Y por eso, porque es injusto, odioso, inhumano y repugnante, se ha dictado contra él esta sentencia, que será desde ahora la piedra fundamental de la Doctrina Vitalista: EL DERECHO DE ADQUIRIR Y DE POSEER LAS COSAS ESENCIALES PARA LA VIDA, NO ES ABSOLUTO SINO RELATIVO, Y ESTARA SIEMPRE SUJETO A LAS LIMITACIONES QUE LE IMPONGA EL MINIMUM VITAL.

Agosto 24 de 1928.

VOCACION

Según nuestro amigo Timorato, yo les tengo un odio muy grande, *intenso*, a todas las personas que disponen de algún dinero más que yo. Y se explica él ese odio, “estudiando mi vida, siempre concretada a la lectura, hasta enriquecer mi mente muchísimo, etc., etc.” Y ahora, por haberme gastado la vida en estudiar, echo de ver, ya tarde, que he fracasado en “*el plano económico*”, y de allí viene *el odio intenso* que siento por los ricos.

Difícil aglomerar en tan pocas líneas mayor cantidad de tonterías. Si me he pasado la vida leyendo, cultivando mi mente; si arrostré pobreza y estrecheces durante casi toda mi vida por consagrarme al estudio, es, evidentemente, porque ESA ERA MI VOCACION; porque tuve la visión exacta, viva, de cuál era la misión a que se me llamaba, de cuál era MI DEBER, y porque me consagré a servirle con entera y constante fidelidad. Ahora bien, señor mío, si no fuera usted tan pobre psicólogo, sabría que el MAYOR ELEMENTO DE FELICIDAD PARA TODO HOMBRE, ES TRABAJAR SEGUN SU VOCACION, es decir, según sus aptitudes, o sea de acuerdo con todas las fuerzas que el Destino y la Naturaleza han puesto en él. Y sabría, además, que el odio no proviene de la felicidad sino, al contrario, de la contradicción, de la desarmonía interior, de vivir uno haciendo lo que no quisiera, de transitar una senda que no es la suya propia. Apréndase bien ésto, porque le puede ser muy útil: no hay causa mayor de infelicidad, de esterilización mental, de empobrecimiento espiritual, que ser uno

infiel a SU VOCACION, al llamamiento de la vida, a la consigna que recibió al nacer. “Dad *graciosamente* lo que *graciosamente* habéis recibido”, nos indica Jesús: es decir, trabajad de acuerdo con vuestra ley interior, dentro de la órbita en que la Suprema Voluntad enmarcó vuestro ser. Y si uno da *graciosamente* lo que recibió, es decir, con fidelidad, constancia, concentración y devoción, entonces, vivirá *graciosamente*: es decir, gozoso, sin odio, contento, desliziándose por la vida como el agua que se deja ir por una suave y armoniosa pendiente.

Lo mismo nos enseña Pitágoras al recomendarnos que nuestra vida se mantenga en su órbita; y la Doctrina Hinduísta formula y prescribe esa ley en términos precisos, diciendo: “El deber propio, es fácil; el deber ajeno está lleno de peligros”. El *deber* significa la vocación, lo que uno ha RECIBIDO como aptitud predominante y que, por haberlo recibido, LO DEBE, y está obligado a manifestarlo, a devolverlo.

Yo tuve la dicha de obedecer a mi vocación, de sentirla y amarla desde los quince años. La sentía y la amaba sin comprenderla, sin darme cuenta de que ya la estaba siguiendo. A los veinte años, tuve conciencia de ella, en cuanto vocación literaria, y desde entonces le soy fiel; nunca la renegué, nunca la he pospuesto, nunca la he traicionado, nunca sentí pesar de seguirla, nunca me sedujo la tentación de venderla, ni por dinero ni por honores ni por influencia política. Escribir, hacer un bello artículo o extraerme del corazón dolorosamente unos versos emocionantes, fué y es para mí la actividad más grata, más venturosa, más apaciguadora y purificadora que me sea dable ejercer y anhelar. Así es que vivo contento, dichoso, en la medida posible en un mundo que no está organizado para la dicha; y si al-

guna vez me quejo y trueno y maldigo y aparezco desbordante de ira (no de odio), no es por mí; no es por “sentirme impotente en el plano económico”, sino por los demás: por los millares y millares de parias a quienes ustedes, los victoriosos *en el plano económico*, hacen dormir al raso y sobre el suelo húmedo, en aquellos cafetales de que ustedes extraen millones cada año; por los infelices a quienes ustedes mantienen eternamente con tortilla y frijoles, mientras ustedes, con su trabajo, con sus pobres y oscuras vidas trocadas en oro, se van todos los años a Europa a beber champaña y a conquistar bailarinas; por los tristes esclavos que han de vivir, —¡vivir!— ellos, sus mujeres y sus hijos con setenta y cinco centavos diarios, mientras ustedes, en sólo una alegre noche de Casino, ganan o pierden al juego cuarenta mil colones.

No, no les tengo odio a los ricos, porque sé que son una casta natural en la economía del mundo: el rico, el guerrero, el trabajador manual y el Brahmán (poeta, maestro, escritor, estadista, sacerdote, etc.), son cuatro tipos escalonados, a lo largo de los cuales se desenvuelve el hombre y asciende el espíritu. Nunca hubo, acaso nunca habrá sociedad humana sin esas cuatro formas de actividad *vocacional*, que se contrastan entre sí, y que dentro de una sabia y cordial organización social no solamente no se excluyen, sino que se ayudan, se corrigen y se armonizan.

Tan natural y útil es que haya ricos y gobernantes (guerreros en terminología hindú) como lo es que haya intelectuales (brahmanes) y obreros. Lo que es odioso, pernicioso, venenoso y mortal, es que haya *falsos* ricos, *falsos* estadistas, *falsos* poetas, *falsos* obreros: vale decir, gentes que por estar fuera de su vocación, viven en mentira perpetua, y de esa mentira perenne exudan todas las injusticias,

extorsiones, mezquindades, tiranías y latrocinios que tienen al mundo convertido en el más abominable de los infiernos.

Ese SISTEMA CAPITALISTA, que convierte en PARIA al trabajador manual y en VAMPIRO al rico; ese sistema capitalista, sin corazón, sin patria, sin humanidad, sin poesía, sin más ley ni ocupación ni anhelo que acumular, atesorar, amontonar riqueza, así haya que regarla a cada instante con lágrimas y sangre, ESO ES LO ODIOSO; ESO ES LO QUE ODO YO CON ODO INTENSO, SEÑOR VALIENTE; y si mi Dios y mi corazón me sostienen, abriré un boquete en sus muros malditos, para que entre allí la luz y se alejen espantados los murciélagos: todos los absurdos, prejuicios, mentiras, mezquindades y vaciedades que florecen a guisa de rosas y claveles en ese pantano asfixiante y humoso de su *Plano Económico*.

Agosto 25 de 1928.

KSHATTRIYAS Y VAICYAS

En mi artículo del sábado anterior, que denominé VOCACION, dije: “No les tengo odio a los ricos, porque sé que son una casta natural en la economía del mundo”. Y más adelante añadí: “Tan natural y útil es que haya ricos y gobernantes (guerreros en terminología hindú) como lo es que haya intelectuales (brahmanes y obreros)”.

No encontré, cuando escribí ese artículo, palabras castellanas que expresaran clara y exactamente el significado de las cuatro palabras sánscritas que definen las castas naturales a que me refería: las cuatro formas típicas de actividad vocacional, que engloban todas las maneras variadísimas, del trabajo humano. He seguido buscando los vocablos apropiados a las ideas que intenté expresar, y no los encuentro; así, pues, me contentaré con aproximaciones y llenaré con algunos comentarios el vacío de esos vocablos aproximados. Debo a todo trance aclarar este punto, si no quiero originar grandes confusiones en la mente de quienes leen con interés mis artículos sobre el *Minimum Vital*.

Las *cuatro castas* de los hindúes a que me refiero, y que en mi concepto son naturales, quizá necesarias, son éstas: *Brahman*, *Kshatriya*, *Vaicya* y *Soudra*. Brahman es el hombre característicamente dotado para dar luz, para enseñar las altas verdades, para guiar a los demás por el sendero de su redención. Brahman es el filósofo, el poeta, el hombre de ciencia, el artista, el maestro, el juez. Pero NO LO SON por haberse dedicado a esas profesiones, sino *por haber nacido con una vocación evidente*, con aptitudes

marcadas para seguir las. Siguiéndolas, harán bien, harán lo mejor que pueden hacer, pues esa es la forma de actividad que les es propia, y ejercitándola producirán los mejores frutos. No siguiéndola, se mentirán a sí mismos, faltarán a su DEBER MAS ALTO, pues el deber más alto del hombre consiste en *realizarse*, en *manifestarse*, en sacar a luz lo mejor y más vivo que haya en sí mismo, lo que en él ES VERDAD; exactamente como para un rosal el deber más alto es dar rosas, y para un lucero alumbrar. Todo el que sigue una vocación extraña impregna de mentira su trabajo y su vida y defrauda a los demás porque les da frutos mediocres o podridos, cuando le habría sido posible darlos sanos y buenos.

Kshattriya, que en mi artículo llamé inexactamente *guerrero*, es el hombre de gobierno, de autoridad, nacido sin duda para el mando; a quien los demás le obedecen fácilmente; a quien se respeta y se teme por su natural prestigio. Es firme, sereno, dueño de sí mismo, constante en sus determinaciones, circunspecto, valeroso y frío; se impone sin esfuerzo y el gobierno, la dirección, el mantenimiento del orden, la ejecución de la ley, son sus funciones propias. Que sirva de rey en un gran reino o de alcalde en un poblado, se hará obedecer, respetar, acatar, y de su gobierno y autoridad no vendrán sino bienes, o por lo menos, los bienes sobrepasarán en mucho a los males. La guerra, la *guerra justa* contra el invasor, contra el conquistador, la represión contra el que viene a robarnos la vida o la hacienda, es una de sus actividades preclaras, y por eso se le llama a veces en la literatura hindú, GUERRERO.

En seguida viene el *Vaicya*, comerciante, pastor, industrial, a quien la Naturaleza LE DIO VOCACION, CAPACIDADES Y TALENTOS PARA DESCUBRIR LA

RIQUEZA, PARA HACERLA SURGIR, PARA TRANSFORMARLA, PARA LLEVARLA A DONDE HAGA FALTA, PARA HACERLA ACCESIBLE AL MAYOR NUMERO, PARA INTRODUCIRLA, ABARATANDOLA, EN EL TORRENTE DE LA VIDA SOCIAL.

Su verdadera y alta función, ejercida en formas diversas, es hallar, organizar y movilizar la riqueza, para que se enriquezcan todos, o siquiera los más; para que los bienes materiales que son vida y goce: alimento, vestido, techo y aquellos que son espirituales, pero que se encarnan en la materia, como el cuadro, el libro, la estatua, etc., se abajen al alcance del pueblo y le fortifiquen y enaltezcan el vivir.

El Vaicya es el hombre que sobresale y triunfa grandemente en el comercio, en la fábrica, en la finca, en el transporte, haciéndose rico, no porque extorsione, no porque engañe, no porque falsifique y defraude, no porque le beba la sangre a los demás, sino porque es rico DE VOCACION, es decir, que adivina dónde está la riqueza, el éxito; porque sabe las relaciones económicas que hay entre las cosas, no visibles para los demás; porque sabe cómo se mejora lo que es mediocre; cómo se abarata lo que es caro; cómo se transporta con menos tiempo y menor gasto lo que se necesita; cómo se aprovisiona a la colectividad. El sabe o presiente dónde se halla el árbol que suministrará el maná al pueblo errante; por dónde pasará la bandada de codornices que le saciará el hambre, y en qué rincón abrupto se esconde la peña que con sus aguas calmará su sed.

Este Vaicya no es el acaparador del sistema capitalista, que trueca el hambre en oro y el frío en diamantes, sino el PROVISOR que se enriquece él mismo enriqueciendo a los demás; el vitalizador que hace fructífero el trabajo en bien de todos; el esparcidor de tranquilidad, de comodidad, de

bienestar; verdadero y natural ministro de la riqueza, que sabe extenderla y comunizarla con su actividad, su sobriedad, su orden, su previsión, su inteligencia.

En el sistema capitalista florecen los ricos anatematizados por Jesús, los que extraen su riqueza de la miseria ajena. Y es que el sistema ése, es naturalmente vampiresco, a causa de que no pone límites a la adquisición ni a la posesión, ni fija condiciones a los procedimientos que la producen. Ese sistema fomenta y alienta la ruín pasión de la codicia, diciéndole al hombre: “Cóge cuanto puedas”, y le despierta y azuza la crueldad, la mezquindad y la mentira, diciéndole: “Cógelo como puedas”. Para ese sistema lo mismo son rosas que estiércol, y aún mejor estiércol, porque éste es más abundante que las rosas.

Pero no es así en el sistema del *Mínimum Vital*, porque éste traza profundamente un pozo que detiene la codicia *no permitiéndole que acapare las cosas vitales*, ni permitiéndole la explotación de los vicios; no permitiéndole que haga dinero con el hambre, con el frío, con la ignorancia, con el desamparo, con el dolor; no permitiéndole que retenga indefinidamente lo que están necesitando para no morir ni degenerar los demás.

En el régimen del *Mínimum Vital*, hacerse rico no estará al alcance de los más desalmados, sino que será fruto de aptitudes meritorias, de virtudes activas, de fuerzas excelentes que exaltarán, comunizarán y cordializarán la vida.

Tales son, definidos con exactitud, el Kshattriya y el Vaicya, el Guardián del Orden y el Provisor de la riqueza social.

Si la humanidad realiza un día el sueño de Isaías, de que el león y el cabrito anden juntos, y el sueño de Elías de que el cuervo se encargue de alimentar a los profetas, ya no serán entonces necesarios los Provisores ni los Guardianes. Entonces, y mediante el ejercicio de todos a través de muchas existencias, todos seremos hombres de espíritu, hombres de gobierno, hombres de riqueza, hombres de capacidad manual. Entre tanto, hemos de esforzarnos porque esas cuatro formas naturales de actividad se acrisolen, se purifiquen y hemos de acostumbrarnos a pensar y sentir que ninguna es superior a otra, porque todas responden a necesidades supremas del hombre. La mano y el cerebro son de igual necesidad y excelencia; el serrucho y la lira, el estómago y el corazón, convergen en una misma sinfonía que se llama Trabajo, en un mismo canto que se llama la Vida.

Agosto 27 de 1928.

LA VERDAD ES LO QUE ES

Cuando un hombre predica una nueva forma de vida en la cual puede él entrar inmediatamente, es natural que se le exija que dé el ejemplo, que acuerde su vida con su doctrina, de tal manera que los espectadores vean en él una encarnación de la doctrina predicada. Si aconsejo pureza, debo comenzar por ser puro; si enseño humildad, debo comenzar por ser humilde; si temperancia, no debo embriagarme, y si antes fuí ebrio, dejar de serlo enteramente.

Es una falta absoluta de sentido histórico y de sentido humano, extender rigurosamente al pasado esa relación entre la conducta y la doctrina. Si un hombre, por HABER SIDO jugador no pudiera combatir el juego, ahora, *cuando ya no lo es*; si uno que dejó de ser ebrio no pudiera abogar por la temperancia, si el que se libertó de la disolución, como San Agustín, por ejemplo, no estuviera autorizado para decir a los demás todas sus funestas consecuencias, entonces el progreso moral perdería sus más numerosos y ardorosos adeptos. Propio es de quien salió del pantano abominar el miasma, y ninguna palabra es más vehemente y ninguna acción más impetuosa que las de aquellos que luchan contra los vicios y pecados de que han sido servidores y víctimas.

Esto, cuando se trata de doctrinas que implican un cambio de conducta individual. Pero cuando se trata de teorías o sistemas científicos, entonces la verdad que se sostiene y propaga, no está de ninguna manera vinculada al pasado ni al presente de quien la difunde. Si expongo

una teoría mecánica o astronómica; si afirmo que el triángulo es una figura cerrada por tres lados, o que un sumando es siempre menor que la suma, tales afirmaciones no cobran ni pierden la mínima fuerza porque yo las exponga hallándome ebrio, o las escriba desde una cárcel donde me hayan recluso por ladrón. Porque LA VERDAD ES LO QUE ES, según la bella definición de San Agustín; porque tiene toda su potencia en sí misma; porque es absoluta y esencial; porque no tuvo su origen en la boca que la afirma o la niega, sino en la realidad total del Cosmos, inaccesible a influencias humanas.

Aún si la doctrina que se predica resultara errónea, como acontece diariamente con las hipótesis científicas, su error, y el olvido consiguiente, no le vendrán nunca de haber sido sostenida y difundida por hombres de mal vivir y de pasado o de presente dudoso, sino de inconformidad con LO QUE ES, de no resistir la prueba de los hechos; de chocar con verdades más altas y ya incontrastables; en fin, *de no ser*. Porque sólo es verdad LO QUE ES.

Expongo yo estas consideraciones, para que se vea cuánto error o malicia hay en los que, para desacreditar la doctrina del *Mínimum Vital*, aducen en su contra que yo hice ésto o aquéllo; como si todo lo que pudiera haber fallado y delinquido en mi vida, fuera capaz de conmovier en una línea la verdad de aquella doctrina. El *Mínimum Vital* no es invención mía; no es la cristalización de mi vida ni la concepción moral que yo tengo del vivir individual: es UNA VERDAD CIENTIFICA que tiene sus raíces en la Biología; es un sistema económico, basado en la filosofía y en la naturaleza. Si al implantarse una vez más —porque ya fué implantado otras veces, plenamente en Egipto y en el Perú, y en parte en Israel, según la Ley Mo-

saica— si al adaptarse a nuestro país resultara maravilloso o causara los desastres más grandes, ello en nada sería la consecuencia de mis vicios ni de mis errores, sino, meramente, del contenido puro de la doctrina, de su virtud o de su error esencial.

Es doloroso haber gastado uno su tiempo a cada instante en desvanecer vaciedades revestidas de realidades. Pero así es el destino de toda reforma trascendental: que le salgan al paso la envidia, la codicia, la soberbia y la necedad, espantadas de que se haga la luz.

Yo soy una sombra que pasa. Mañana se me olvidará, y ni mis virtudes ni mis vicios, que no habrán ido más allá de lo mediocre, tendrán sitio en el recuerdo de las gentes. Pero el *MINIMUM VITAL ES*, y se abrirá camino y suavizará y esclarecerá la vida colectiva, según su propia y esencial virtualidad. Su esencia y su dinámica, que son *aplicar al régimen social las modalidades características del régimen familiar*; transformar la nación en una gran familia, radican en la realidad biológica y en la realidad histórica y nada tienen que recibir ni que perder de los labios efímeros que ahora proclaman su bondad y su belleza.

Agosto 28 de 1928.

CON EL PATRIOTA INMACULADO

Mi querido Censor, déjeme hablar una palabra, una sola palabra con nuestro amigo el *Patriota Inmaculado*. Yo le prometo, a fe de admirador de Pedro Sánchez, la más formal y perdurable enmienda: me voy a conducir tan bien, tan juicioso, que usted mismo se va a sorprender de mi transformación. El Orden, la Propiedad, la Autoridad y el señor Kellogg no tendrán en adelante defensor más decidido que yo. Nuevo San Pablo, después de este disgustillo que yo le di a usted y de ese *sustote* que usted me dió a mí, yo sigo desde este momento mi camino hacia Damasco, donde espero que se me reconozca y acate como Enviado directo de Aquel que tiene en una mano la Tesorería y en la otra la Penitenciaría, que es cuanto se puede tener en el Universo.

Pero eso sí, me deja decirle esta sola y última palabra a nuestro común amigo el *Patriota Inmaculado*, que anda por ahí, aseverando en mi contra sus habituales bellas-querías.

* * * *

Ya con la venia de Pedro Sánchez, le quiero decir a usted, Patriota Inmaculado, que se equivoca usted de medio a medio, si se imagina que con ese mi artículo del martes titulado... cómo se titulaba?... Ah! LA VERDAD ES LO QUE ES (nombre subversivo que me arrepiento de haber escogido y que substituiría con gusto por este otro:

LA VERDAD ES LO QUE USTEDES DISPONGAN), hice yo una confesión, ni cosa parecida a una confesión, al decir que una verdad en nada desmerece porque el hombre que la proponga haya cometido esto o aquello; que ni su pasado ni su presente, turbios o negros del todo, pueden ensombrecer ni atenuar aquella verdad, puesto que la verdad tiene su virtud esencial y total en sí misma, y nunca en los labios que la profieren.

En otro país, no tendría yo necesidad de adicionar con esta postdata lo que escribí en aquel artículo; pero aquí, donde el Carácter, la Rectitud, la Lealtad y el Honor florecen y explenden, tengo que hacerlo, antes de que usted, Patriota Inmaculado, me desuelle vivo.

Conste, pues, que no he tenido la mínima intención de confesar falta ninguna, por la buena razón de que no las tengo; por lo menos, no reconozco como falta ni pecado, ninguno de los que usted me atribuye, aunque posiblemente reconoceré otros que usted no sospecha, o que su conciencia, diferente de la mía, no juzgaría delictuosos.

Lo que dije es, simplemente, literalmente, eso que dije y acabo de repetir: la verdad no gana ni pierde con la impureza o la pureza de la boca que la enuncia; la verdad es lo que es, en sí misma, por sí misma, y sin que uno o todos los factores humanos puedan deformarla o alterarla. Y esto que digo y vuelvo a decir, no significa que yo haga ninguna confesión, ni que acepte los cargos que usted me hace cada vez que yo intento algo serio en bien de los que... de los que no toman champaña; pues, al contrario, estoy en capacidad de probar, y lo probaré, que esas tachas inmensas que usted supone y afirma en mi vida política, son hazañas, verdaderas hazañas románticas, quijotescas si

se quiere, pero tan generosas, tan desinteresadas, tan altas, que los Patriotas Inmaculados no sólo no son capaces de intentar, pero ni siquiera de comprender.

Yo, querido Patriota Inmaculado, he guardado silencio sobre esto, sufriendo siempre las torpes inculpaciones que me hacían, por una razón muy simple y atendible: porque era muy peligroso decir la verdad entera y minuciosa; me daba miedo decirla, porque era enfrentarme a demasiadas poderosas gentes. Todavía es peligroso, y todavía la hora me es hostil; sin embargo, tengo en mi favor que *ya no tengo miedo*; aprendí ya a desafiar las tormentas, a conjurarlas, y aún a vencerlas. Mi idea de vida, para los años que me faltan, no es presentar la otra mejilla —pues harto me han roto los huesos por ello—, sino coger un palo, y abrirle la cabeza al primer bellaco que se me atreva, antes de que él me la fracase a mí.

Con esta resolución y aquella experiencia, voy a historiar mi vida, en su aspecto político, seguro de que mi nombre quedará limpio de toda sospecha. Y no porque me importe gran cosa que los malandrines me juzguen bien, sino porque mi nueva concepción del vivir me impone que no me someta ni por pereza ni por miedo ni por indiferencia, a la bellaca voluntad de los malandrines.

Sólo que, no siéndome propicio a tal faena el inseguro y efímero campo de un diario, lo haré en un libro, donde todo saldrá de una vez, para mayor contentamiento de patriotas inmaculados.

* * * *

Ya está, querido Pedro Sánchez; ya le dije lo que necesitaba decirle al Patriota Inmaculado, (no es una persona

determinada, como usted adivina, sino *tres nueves seguidos* de cada millar de redentores salvadoreños) y por la gentileza de usted le doy mil gracias y le prometo ensayar una semblanza de ese tipo salvadoreñísimo que denomino *Patriota Inmaculado*, y que bien merecía ser descrito por la pluma de usted o la de Jacinto Paredes. En fin, yo la haré como pueda, y entre tanto, amabilísimo Censor, ésta es mi mano y ésta es mi pluma arrepentida y contrita, que le entrego como si yo fuera Francisco Primero y usted fuera Carlos V.

Agosto 30 de 1928.

DEFINIRSE

I

Me he separado definitivamente de “*La Joven Centro América*”. Lo hago por algunas razones secundarias que no merecen citarse, y por una *grande y determinante*, sobre la cual deseo llamar la atención de quienes me lean, y especialmente la de los jóvenes: a saber, LA NECESIDAD DE CONCENTRARME; *de consagrar todas mis fuerzas al servicio de aquellos anhelos que real y profundamente son mis anhelos.*

Vivimos dispersos: nuestra capacidad mental, nuestro tiempo y nuestra voluntad se gastan locamente en multitud de cosas y direcciones, sin fruto ninguno apreciable, o con frutos misérrimos que más bien son la vergüenza que no el timbre de una vida. Y no solamente vivimos dispersos, sino que vivimos *contradictoriamente*, haciendo muchas veces lo que no quisiéramos, o trabajando a la vez por ideas contrarias, cuya oposición no hemos percibido; o luchando por fines de cuya oposición tenemos una semi-conciencia, y que nos arrastran con igual fuerza, porque unos han arraigado en nuestra mente y otros en nuestro corazón.

Y como “*todo reino que se divide perecerá*”, según afirmación de Jesús, nosotros, la gran mayoría de los hombres que hacemos vida mental, perecemos en lo mejor de nuestro ser: perecemos en el fruto de nuestra vida, que podría ser casi siempre una rosa, si se hubiera nutrido

de la unidad interior, acaba casi siempre en un cardo, por haberse nutrido del perenne desacuerdo y conflicto entre nuestros afectos y nuestras concepciones.

Dice Emerson que la dispersión es el crimen de los hombres y de los pueblos. Sócrates afirmaba la necesidad suprema de concentrarse, de definirse, al afirmar la necesidad suprema de CONOCERSE; pues, en efecto, sólo puede limitarse, DEFINIRSE el que se conoce. Sólo quien sabe **DE QUE ES CAPAZ Y HACIA DONDE LE LLAMA LO QUE HAY EN EL DE MEJOR Y DE INTENSO**, —su vocación— solamente ése puede enfocar sus pensamientos y su voluntad sobre una idea central y determinante, que dé a su trabajo, a su vida voluntaria y consciente, la estructura y la textura de un árbol, en el cual no existen ni la contrariedad ni la dispersión, pues la raíz se manifiesta en el tronco, el tronco se desenvuelve en las ramas, y las ramas se multiplican en las hojas. La raíz, que, a su vez, no es más que el desarrollo de un pensamiento único —**LA SEMILLA**— es la idea central, armonizadora; el tronco es esa idea agrandada, extraída de lo recóndito del ser e incorporada a la vida ambiente; las ramas son las manifestaciones trascendentales diversas, pero enlazadas, coherentes, conexas, de aquella idea central, y las hojas son la multiplicidad de aspectos que las ramas encierran en su latencia, y que se exteriorizan siguiendo la misma ley que las ramas respecto del tronco. Qué son las flores y los frutos? Son **EL PREMIO** de esa vida organizada, armoniosa, donde todas las fuerzas han actuado en una sola dirección, que era acercarse al Sol y nutrirse de él. No puede haber ni paz, ni salud, ni desarrollo espiritual, ni fuerza, ni alegría, allí donde falta unidad; no puede haber sino tristeza, fracaso, enfermedad y ruina, allí donde la dispersión culmina en la contradicción; allí donde cada palabra o acto le

cuesta al hombre una batalla interior, donde siempre cae y perece algo que es él mismo, algo que es grato a su conciencia, a su corazón o a su mente. Así, con esa contradicción anterior, cada triunfo del hombre es al mismo tiempo una derrota, y el verdadero carácter y resultado de un vivir así, es la demolición del ser, su aniquilamiento: “*en verdad os digo que todo reino que se divide perecerá*”.

Si un hombre lograra antes de los 25 años CONOCERSE; saber exactamente QUE HAY en él que sea fuerza predominante e intensa; a qué está llamado; cuál es su real vocación, SU DEBER, como le llama el “Bagavad Ghita”, orientaría y encausaría su trabajo y su vida de tal manera que su salud, su paz, su contentamiento se traduciría en el sentido del mayor y mejor rendimiento para la Sociedad. Así, servir a la Sociedad y servirse a sí mismo; procurar la ventura de los demás y la de uno mismo, no serían actividades contradictorias sino convergentes. Y ésto se obtendría casi siempre —por lo menos tratándose de individuos de suficiente normalidad— si *la educación*, en vez de ser la torpe y tiránica DEFORMACION que es hoy, fuera el CULTIVO PRUDENTE, atinado y desinteresado de cada uno, según la ley de sus naturales y más salientes aptitudes. Hasta hoy, aunque ya menos cada día, por ventura, el hombre que *recibe* educación de los demás, no es sino un prisionero, un infeliz en quien los demás han imprimido su sello, infundiéndole sus prejuicios, sus ideas, sus creencias, sus hábitos mentales, sus preocupaciones, su concepto de la Vida y de la Sociedad, su moral, todo el basuroso conglomerado ancestral y experimental de su vivir voluntario e involuntario. Desde la madre, pasando por los parientes, amigos, maestros, libros, teatros, hábitos sociales, leyes y religión, todo va depositando, tiránicamente, impiadosamente, en el corazón y en el pensamiento del niño y luego

del joven, el aluvión de sus experiencias, tendencias y propósitos, sin acordarse para nada de que esa pobre alma TENIA UNA VIDA PROPIA, nació con un destino propio, y que nada podía serle más fatal que convertirla en un cesto de papeles rotos y de trapos viejos.

Así, a los 25 años, si un hombre ha conservado un resto de su personalidad; si todavía hay en él sujeto capaz de reaccionar, y se pregunta un día: “¿qué soy yo? de qué se halla construido mi ser mental? ¿hasta qué punto son MIAS mis creencias, mis ideas sobre el mundo y el hombre, mi concepto del bien y del mal, mis hábitos sociales, los principios que rigen mi vida individual y social?” hallaría, si tuviera bastante valor para echar la sonda hasta lo más profundo de su ser, que él es dueño de una casa donde habitan infinidad de gentes, MENOS EL: por aquella casa entran y salen, permanecen o sólo transitan hombres de toda condición mental y moral; conocidos y desconocidos; del país y extranjeros; vivos y muertos; de su tiempo y de otros tiempos. Si fuera capaz de una introspección valerosa y penetrante, al analizar sus actos y pensamientos se diría: ésto no lo pensé yo sino mi madre; éso no lo dije yo sino mi padre; éso no lo sentí yo, sino mi amigo tal; éso no lo censuré yo sino tal autor; éso no lo aprendí yo sino mi vecino, etc., y así hasta convencerse de que en esa casa que es él; en esa morada donde todos suponen que él habita, y donde él mismo se creía instalado, incorporado hasta el punto de creerse uno mismo con ella, todos han habitado; habitan, menos él. El, rarísimas veces estuvo allí, pasajeraamente; desde niño le arrojaron de allí y le fueron alejando cada vez más, a tal punto que ahora siente que ya nunca tendrá valor y fuerza para volver y arrojar de la casa a los intrusos, e instalarse en ella como dueño y señor. Este nuevo Ulises, que casi nunca encuentra una

Minerva que le guíe, si por acaso logra reconstruir y desempañar el espejo de SU VIDA, de su propio yo, sufrirá la más punzante y extraña y agobiadora sensación, al ver, momentáneamente, la imagen fugaz de lo que *debiera haber sido*; y al ver pasar silencioso y dormitante *su fantasma*, SU SOMBRA, pensará con palabras inarticuladas y cuya melancolía no se puede expresar, esta frase, hecha de sueño, de muerte y de quimera: ESE ERA YO!

Septiembre 1º de 1928.

DEFINIRSE

II

No tiene este ensayo ninguna relación estrecha con “la Joven Centro América”; no tiene sino una relación incidental: meramente la de haberme servido de excitante para escribir sobre un tema sobre el cual me evito desde hace años y que pudo llamarse muy bien “La Virtud de la Concentración”.

Yo servía a la “Joven Centro América” con excesiva tibieza; señal segura de que sus ideales no son mis dioses. Donde uno es tibio, casi siempre es ineficaz y a veces estorbo. Ahora bien, según la teoría que desarrollo, y que desde hace nueve años procuro vivir, aquellos ideales que a uno no le arrastran, no le incendian, no son los suyos propios; están fuera de su vocación, de SU DEBER, y las fuerzas que a ellos dedique, se las roba a sus dioses, a los anhelos profundos, cuya realización se ha confiado, sin duda, a quien los ama sobre todas las cosas.

Si la educación —que todavía ahora no merece llamarse sino DEFORMACION— no tuviera la tendencia y el propósito, casi exclusivos, de hacer de cada niño, de cada joven, una reproducción, *una copia* de sus padres, de sus maestros, de sus convecinos, de sus contemporáneos; si la Escuela, el Teatro, el Libro, la Moda, la Costumbre, la Ley, la Familia, la Religión, no vaciara cada una su espuerta en la mente y en el corazón del niño y del joven

—todavía no llenos de sus propias ideas y sentimientos—; si sólo se fuera vertiendo allí aquello que pudiera armonizarse con el ser físico y espiritual que se está educando, entonces, a los veinte años, ya sabría uno quién es, a qué vino, para qué sirve, de qué se le dotó, cuál es su misión y su responsabilidad. Pero así como la educación se halla organizada, o más bien inorganizada, lo probable, lo seguro cuando no se trate de una fuerte individualidad, es que uno se extravíe completamente; que se ignore, que desconozca sus fuerzas, que se engañe respecto de su vocación y que se meta por un camino donde sólo habrá para él mediocridad, desaliento, descontento y fracaso.

Lo peor es que, viéndose el joven solicitado en mil formas para que *colabore* en todo, y habiéndole enseñado la tonta doctrina de que es cortesía y bondad sacrificarse por todo y para todos, se afilia a todas las causas, se incorpora a todos los partidos, se suscribe a todas las obras, se asocia a todas las empresas, con tal de que NO CHOQUEN con lo que él siente como *deber* o como *ideal*. Si pudiera uno convertir en ciencia o en dinero las preciosas, innumerables e insustituibles horas que consumió en recibir visitas que le fastidiaban; en pagar visitas que le atediaban; en contestar cartas que leía con indiferencia o impaciencia; en oír discursos morfinosos, en tantas cosas necias, anti-páticas, molestas, que le robaron energías que hubieran sido fecundas y gratas!

Porque esa es la desdicha: que nos dispersamos en lo grande y en lo nimio, en lo saliente y en lo mediocre, en lo que amamos y en lo que aborrecemos; y así, nuestras fuerzas, que unidas en un haz se hubieran vuelto catarata, saldo impetuoso de torrente... dispersos no fueron más que llovizna lamentable para enfermar el ánimo y ennublar el cielo.

Bienaventurado el hombre que se aturde o que olvida! Bienaventurado el hombre que no sabe fijar sus ojos en el ayer, y no se percata de cómo le anularon o embastecieron o le pervirtieron el vivir las innumerables convenciones, ficciones y supersticiones que le enseñaron a reverenciar como verdades y deberes. Ese no establecerá nunca el paralelo melancólico entre LO QUE ES y lo que pudo ser, LO QUE DEBIO SER. Porque, sin duda, si le hubieran dejado desenvolverse según su propia ley, HABRIA SIDO; habría trascendido de sí mismo y su rosa silvestre, ya que no su Rosa de Yspahán, habría enriquecido con su gracia modesta el jardín de su Vida.

En vez de éso, los más nos deformamos —nos deforman— tan pronta y acabadamente, que nos resolvemos en una mentira encarnada, en un fantasma, en una sombra. Pasamos por la vida, pero no la vivimos; aún peor, somos la materia plasmable, sosa y gris, en que LOS DEMAS laboran e imprimen, no lo mejor que hubo en ellos, sino, casi siempre, lo que en ellos hubo también de soso y gris, de tonto y malo, disculpado por la buena intención, la inconciencia y la ignorancia.

Los demás, lo demás, lo otro, lo EXTRAÑO a nuestro yo, que se empeña en vivir y perdurar: eso que se llama el medio ambiente, es el enemigo temible para el hombre cuando éste no sabe convertirle en su vehículo, en su materia prima, en el barro que él con su voluntad amasa y modela, al servicio de sus designios. Esa es la alternativa y el conflicto y la crisis capital del hombre: SI SE IMPONDRA O SE SOMETERA. Los fuertes se imponen, los débiles se someten. Los fuertes hacen *ellos mismos* su horario; *escogen* su lectura; revisan sus creencias; desechan la opinión que ya no les satisface y el hábito que no les pa-

rece tolerable; decretan su propia moral; simplifican su cortesía; adoptan la moda que les conviene y rechazan la tonta o antiestética; definen y delimitan, en fin, sus actividades, y trazan hondamente el cauce por donde han de correr las aguas de su pensamiento y de su querer.

Los débiles se someten... y gimen, o para no confesarse su debilidad, su infelicidad, se adaptan, se conforman, y acaban por llamarle a su esclavitud DEBER.

Con los débiles no estamos hablando, sino con los fuertes; con aquellos que traen al nacer una *semilla de hombre*, que merece plantarse y que fructifique. A esos les decimos, si quieren CONCENTRARSE, si quieren entocar sus fuerzas y proyectarlas como un telescopio las proyecta en la escrutación del cielo para rastrear el paso de una estrella; o como las enfoca un microscopio en la escrutación de lo mínimo para sorprender las palpitations de un infusorio, a esos les decimos que, antes de todo, han de intentar un proceso de purificación, echando de sí lo bastardo, lo espurio, lo parásito, lo que el medio ambiente mental y emocional escombró sobre ellos a fin de robarles LA VIDA, su originalidad, su capacidad de hacer una obra, de cumplir un propósito, de obedecer una misión.

Septiembre 3 de 1928.

LA MISION DE AMERICA

I

Me refiero al conjunto de los pueblos de sangre hispano-hispana que ocupan la mayor parte del Continente; que suman ya 80 millones de habitantes; que son una unidad como raza, como religión, como historia, como suelo y clima y continuidad territorial, como instinto democrático y como tendencia social; que son, por la colaboración de la naturaleza y del tiempo, la más vasta, espontánea, continua y definida Unidad que hasta hoy se haya mostrado sobre el planeta.

En ese sentido y dentro de la más sustancial realidad, quiero tratar aquí de la misión a que ha sido llamada por la Providencia del mundo, esta entidad que conocemos con el nombre de América Española. Le falta, es verdad, la unidad política, y el carácter de esa condición induce a muchos a no ver en ella la Unidad que realmente es. Pero, desde antes de la guerra, y con más evidencia ahora, es doctrina cierta que la conformación política no es una realidad primordial, sino más bien un accidente de la vida de los pueblos; más o menos durable, según se acuerde o no con sus realidades características. Lo que verdaderamente hay de real, de profundo, significativo y estable en las nacionalidades, es el suelo, es la sangre, es el concepto de la vida social y de la vida espiritual; es, sobre todo, el *idioma*, que expresa y resume todos los demás y que sirve como de sello a la entidad que de ellos resulta.

Aún desde el punto de vista de la forma política, si profundizamos en ello, aparece confirmado este carácter de unidad que atribuimos a nuestra América. Fijémonos, si no, en el hecho de que todas las naciones hispanoamericanas son democracias y repúblicas, y que han asumido esa manera de ser, fácil, naturalmente, como si una viva intuición les hubiera sugerido desde el primer momento, que la democracia y la República serían las formas políticas más adecuadas al desarrollo y cumplimiento de su más alta vocación. Recordemos que todo era monárquico en el mundo cuando se descubrió América; que todo era aún monárquico cuando los pueblos americanos se emanciparon y se constituyeron en naciones; monárquicos fueron nuestro origen y nuestra educación, y sin embargo, de ese ambiente de monarquía plena surgió la constelación de repúblicas democráticas que son ahora la patria hispanoamericana.

Diferencias en el mecanismo gubernamental; diferencias en la legislación secundaria; diferencias en ciertos procedimientos y en la organización formal de algunas instituciones: todo ello, cosa fácil de modificar; pero en lo hondo, en lo determinante que es el instinto democrático, y en su manifestación que es la forma republicana, subsiste la similitud, más bien dicho, la *Identidad* y la *Unidad*.

Me doy cuenta de que estoy afirmando cosas ya sabidas y que para ninguno es difícil concebir el mundo hispanoamericano como lo que realmente es: una *virtual* e inmensa nación, a la cual no más le falta la *comunidad de una conciencia colectiva* y la exterioridad de algunos matices comunes, para ser así mismo una *actual* y *viviente* nación. Me doy cuenta de ello y si recalco sobre tales afirmaciones es, simplemente, porque éllas son el cimiento de la

idea que deseo insinuar, a saber: que la América Hispana, tan maravillosamente condicionada para cumplir en la vida una gran misión, todavía no se ha dado cuenta de cuál sea, ni menos de que ha sonado la hora de consagrarse a su cumplimiento.

En la Naturaleza, todo, hasta las creaciones más insignificantes, tienen una finalidad; cuanto más un pueblo —que ya como formación física es de visible significación— y que es aún de una calidad más elevada como entidad moral, pues el corazón y el espíritu suman y multiplican su valía de creación material. Siempre que apareció en la historia un pueblo de amplias y acendradas capacidades, fué para realizar alguna labor de grande interés, proporcionada a sus aptitudes morales y a sus condiciones físicas. Así, me parece evidente que una misión altísima aguarda y reclama a nuestra Patria Hispanoamericana, que es tan amplia, tan rica, tan varia y tan una; y tan firme por una extensión territorial; tan influyente por el crecimiento de su población; tan naturalmente cordial, porque siente la vida de igual manera, y la expresa en una misma lengua; tan fácilmente fraternal, porque en élla la lucha por el pan no provoca a formar ejércitos ni defensivos ni conquistadores; tan visiblemente llamada a vivir la vida del espíritu, porque la otra, la del cuerpo, no tiene en élla exigencias tiránicas. Somos, como territorio, la sexta parte del Planeta, y un quinto de la tierra habitable; somos ya ochenta millones y seremos el doble dentro de medio siglo; poseemos tierras baldías para alojar mil millones de habitantes, y ésto, en el preciso momento en que Asia y Europa necesitan aliviarse —para no morir asfixiadas— de dos o trescientos millones. Todas esas afirmaciones deben subrayarse con esta línea de sangre y de fuego que se llama la Guerra Mundial, cuya primera consecuencia es haber

llevado a la conciencia del mundo, que Europa, generadora y directora de la civilización, ya no puede guiar ni generar, porque su capacidad, verificada en la balanza del destino —no en una orgía de vino como la de Baltasar, sino en una de sangre— *se ha encontrado que estaba falta...*

Sí, se tiene ya conciencia de que la hegemonía de la civilización europea llegó a su fin, y que la decadencia ha comenzado. Allá mismo, los hombres de más visión y sinceridad lo comprenden y lo confiesan, y los más optimistas discurren desesperados remedios, como los que suelen aplicarse a los enfermos que agonizan.

Sin duda que el brillo, el prestigio, la gracia, el esplendor, la seducción que rodean a ese sol que descende, le harán aparecer todavía durante algún tiempo como si fuera un sol que se levanta; pero el fin es irremediable y, el siglo más o menos, se aproxima a su definitiva extinción. Cuando un enfermo ha comenzado a morir, nada quita a la fatalidad de la muerte que su agonía sea larga, ni que de tiempo en tiempo una llamarada anhelosa finja los esplendores de su vida.

Octubre 1º de 1928.

LA MISIÓN DE AMÉRICA

II

En el momento en que Europa comienza a perder el gobierno de la civilización, se halla la América Española como un niño inexperto, inhábil, acostumbrado a que piensen por él, a que ideas, sentimientos, aspiraciones y gustos se le den hechos; a que le enseñen o le sugieran todo, hasta los vicios; a no ser más que un reflejo de aquella luz de Europa que ahora comienza a nublarse y desvanecerse. Nuestra aspiración única, que fué en todo copiarla e imitarla, se encuentra ahora convertida en una aspiración peligrosa; pues si la civilización europea comienza a morir, no es sino *porque ya no es saludable, ya no es adecuada, ya no responde a las necesidades y anhelos del mundo.*

Nace un alma nueva. Un espíritu nuevo se ha infundido en la humanidad, y busca una organización que le sirva para expresarse. Y Europa no puede ofrecérsela, porque su régimen es, precisamente, contrario a lo que ansía crear y desenvolver ese nuevo espíritu. Este nuevo espíritu quiere establecer la cooperación internacional, y Europa es la rivalidad y la lucha; quiere suprimir la miseria —ya que no la pobreza— y Europa es la miseria inevitable, porque le faltan tierras y le sobran gentes; quiere establecer la paz, y Europa es, por temperamento e historia y necesidad, guerrera y conquistadora; quiere suprimir las fronteras artificiales, y Europa es una mañana de fronteras artificiales; quiere facilitar los cambios por medio de una

moneda de vasta y estable circulación, y Europa tiene veinte monedas inseguras, que se devoran unas a otras; quiere reducir al mínimum la diversidad de los idiomas, y Europa es una Babel, con sus quince o más lenguas y sus dialectos estorbosos, que impiden concordarse a los pueblos.

Europa, decimos, es la separación y la fragmentación: en la moneda, en la frontera, en el idioma, en el suelo, en los hábitos, en el clima, en la forma de gobierno, en la jerarquía social, en todo. Y los hombres quieren ya otra cosa; sienten que pueden y deben fundar otra cosa: *una nueva cultura*, más humana, más suave, más armónica, más para todos, más integral, más sencilla y más espiritual.

Y puesto que Europa ya no es capaz de guiar al mundo en esta nueva vía, ¿quién asumirá la dirección? ¿Quién será el Moisés que nos conduzca a esa nueva tierra prometida?

La idea de que una gran nación asiática pudiera asumir la dirección de la cultura humana, es poco verosímil. Carecen esos pueblos de la expansión generosa; toda su textura mental tiende al yo, a un yo racial o nacional, que puede, sin duda, intentar la expansión de su propio dominio y lanzarse a la conquista del mundo para imponerle a éste su civilización tradicional y anquilosada; pero nada les capacita para hacerles creadores y difundidores de una cultura integral, como la humanidad la sueña y la quiere.

Para esta obra, no hay en el planeta más que dos pueblos: el angloamericano y el hispanoamericano; ambos herederos y naturales continuadores del espíritu europeo; ambos poseedores de extensos y ricos territorios; ambos salidos de fuentes en que el ideal, concebido de manera distinta, produjo dos maneras de ser que son todavía dos maneras predominantes de organizar la vida.

Que estas dos culturas nacientes van poco a poco mezclándose y fundiéndose, es un hecho casi inadvertido. Pero es así: millares y millares de hispanoamericanos arriban incesantemente a Norte América e invaden todas las esferas de actividad, desde el menudo oficio casero, hasta la cátedra en las universidades; por cada norteamericano que viene a ejercitar aquí sus capacidades, llegan diez hispanoamericanos a Norte América y allá comercian, especulan, fabrican, escriben, enseñan, se mezclan con los naturales, y esparcen e infiltran en todo sentido su sangre, su idioma, sus gustos, sus tendencias y su concepción del vivir.

Si esta doble y contraria corriente fuera encauzada e impulsada, América sería bien pronto una sola nación, con dos lenguas únicas: práctica a un tiempo y soñadora; creyente y activa; letrada y comercial; poética y emprendedora; justiciera y humanitaria. Llegaríamos en un siglo a ser un solo pueblo, resumen de todos los que hay en el planeta; y crearíamos, para beneficio del mundo, la más hermosa civilización imaginada, donde para todos habría luz y pan, justicia y amor.

Porque, como es notorio, nosotros los del sur tenemos el ensueño, la compasión, la equidad, el desinterés, la visión pronta, la abnegación fácil, el sentido del arte y la devoción por la belleza; y ellos, los del norte, tienen la constancia, el método, el respeto a la ley, la devoción por la justicia, la fe religiosa, el sentido del orden y el instinto de la organización.

¿Qué no producirían estos dos genios, complemento el uno del otro, y tan necesarios los dos, si se quiere alcanzar la síntesis de la cultura humana?

Pero ocurre que, mientras nosotros ignoramos u olvidamos nuestras capacidades y nuestra vocación, aquél pue-

blo del norte tiene la más viva, exacta y definida conciencia de lo que puede intentar. Mientras nosotros nos ejercitamos en retraernos, en separarnos y en contraponernos, ellos se ejercitan en ligarse, en unificarse, en concretar y vigorizar el alma nacional; en hacer un haz de todas sus fuerzas materiales y espirituales, para tener así una irresistible palanca que les permita remover y dominar cualquier obstáculo. Mientras nosotros copiamos, ellos crean; mientras nosotros nos avergonzamos de tener algo nuestro, ellos se enorgullecen de no tener nada que no sea propio; mientras nosotros nos empeñamos en ser un remedo o un reflejo, ellos se empeñan en ser una realidad y una individualidad.

El pueblo norteamericano se define así: *un pueblo que cree en sí mismo*: que coloca por encima de todo la fe en su propia inspiración y en su propia virtud. El pueblo norteamericano, en toda crisis o evento, no piensa en la tradición, no acude a inspirarse en lo que hacen los otros; piensa y se inspira siempre en lo que le dicta su propio genio, en el momento y en el ambiente de la necesidad. Así, ese pueblo tiene su propia manera de comprender y de sentir la religión; tiene un arte que es suyo, aunque naciente y bárbaro; tiene una filosofía que es suya, aunque balbuciente y estrecha; una política propia, una enseñanza propia y una economía propia. Modas, gustos, costumbres, leyes, instituciones, aspiraciones, creencias, conceptos de la cultura, concepto del trabajo, de la riqueza, de la justicia, todo es allí expresión de una vida original, de una fuerza que sabe a dónde va y no va sino a donde quiere.

Entre tanto, nosotros, o no vamos a ninguna parte, o no sabemos para dónde vamos. Y eso, porque nos ignoramos: somos como el hijo de un rey, a quien robaron de niño los gitanos, y que en el trato y el ejemplo de ellos,

se le gitanizó el espíritu y ya no se siente príncipe sino gitano; somos como el hijo de un millonario opulento, a quien una locura extraña le hubiera hecho creerse mendigo, y en vez de llevar henchida y franca la escarcela para otorgar limosnas, vagara por calles y plazas abierta e implorante la mano para recibirlas.

Octubre 2 de 1928.

LA MISION DE AMERICA

III

Para justificar la verdad de este cuadro, no hay sino volver los ojos a los pueblos a quienes se supone más civilizados entre los nuestros. Con excepción de alguno de ellos, los demás no han hecho sino copiar y, naturalmente, como la imitación de lo malo es mucho más fácil que la de lo bueno, aquellos remedos de civilización europea suelen ser no copias, sino desgraciadas caricaturas. Pueblo hay entre esos que, disponiendo de riquezas inmensas y sólo de escasa población, vive acogotado por los conflictos entre el capital y el trabajo, simplemente por haber construido su armazón social y económica, a imagen y semejanza de las naciones europeas; hay ciudades de esas que son de ayer y que debieran ser maravilla de sanidad moral y material, y que están ya ulceradas por una prostitución, leprosería, morfinismo, y otros vicios y morbos que en nada ceden a las más podridas urbes del viejo mundo; otras hay donde, rodeando a un grupo de familias patricias y oligárquicas, millaradas de salvajes astrosos hacen el papel de pueblos soberanos. El pan, lo mismo que la luz, son un monopolio; la religión, un ceremonial; la justicia, un decir. Así, naciones que acaban de nacer, con tierras inmensas, con población escasa, sin estorbos de la tradición y donde todo concurre a constituir pueblos cultos, felices, prósperos y cordiales, son, al contrario, pobres, sucios, tristes, ignorantes; sin más ideal que vivir y gozar al día, o

echarse unos contra otros en absurda disputa de fronteras lejanas, inhabitadas e inútiles.

¿Por qué así? Por una sola y decisiva causa; porque a los hispanoamericanos *nos falta una conciencia colectiva*; nos falta darnos cuenta de *nuestra ley interna y directriz, que es la unidad*, es decir la cooperación. Desde el momento en que adquiramos esa conciencia, todas las fuerzas que ahora derrochamos en empresas grotescas, efímeras o perversas, las emplearemos en el sentido de la concordia, de la unidad de miras, de la organización encaminada a realizar los mismos grandes fines.

* * *

Ocasión vendrá en que estas cosas, que apenas puedo ahora esbozar, reciban más claridad y más hondura en un estudio dilatado; o todavía mejor lejos de ser uno solo quien emprenda ese estudio, serán todos quienes, despertando de ese encantamiento en que yacemos, clamen desde lo más hondo de su conciencia: somos hijos de reyes y hemos nacido para el cetro. Y desde ese momento, la América Española, lejos de ser la nubada de pueblos sin timón, sin derrotero y sin ideal, que malgasta sus fuerzas y traiciona su vocación, será la constelación de soles que alumbrará el camino de la nueva cultura, de la Nueva Era a que el mundo va a entrar.

Mas si, por una fatalidad, esa conciencia no llegara a nacer; si estos pueblos no llegan, por fin, a la comprensión de su interna Ley y de su alta misión, entonces esa nueva cultura será no más la obra del norte; será una cultura exclusivamente angloamericana. Porque es ley que allí donde hay vida, fe, aliento y esfuerzo, método y cons-

tancia para realizarlos, haya también éxito, gloria y predominio. El poder es y será siempre de los fuertes, y entre los fuertes, de los que más dignamente saben serlo. Hércules será siempre el tipo más alto que produzca la vida: *el héroe poderoso y desinteresado*. Ahora bien, esta empresa de crear para el mundo *Una Nueva Cultura*, es, justamente, empresa de Hércules: no de pigmeos que se agitan bulliciosamente en la mísera órbita de sus anhelos egoístas y de sus propósitos de un día. Y la cosa más trágica que pudiera ocurrir en la historia humana, sería aquella de que una vasta Unidad, como la nuestra, *tan llamada a emprender y realizar cosas excelsas, quedara reducida a ser simple mercado de unos nuevos fenicios, o ilotas de unos nuevos lacios*.

* * *

¿Cómo ha de ser esa nueva civilización de que hablamos? Lleguemos antes al despertar de nuestra más amplia conciencia: movámonos en el sentido de nuestra fuerza directriz, que es la cooperación, y entonces *el espíritu hablará por nosotros*, y veremos, clara y exactamente, el camino de nuestra salvación. Empero, algo cabe insinuar acerca de los medios de mayor eficacia para iniciar ese camino.

Como toda luz viene de lo alto, pienso yo que en la América Hispana —donde no hay realeza, ni aristocracia, ni órdenes militares caballerezcas, ni castas sacerdotales dominantes, ni colegios de iniciados, ni ricas y refinadas oligarquías, ni mecanismo alguno, tradicional o clásico, encargado de la alta enseñanza y conducta de los pueblos— pienso yo, que son las Universidades las llamadas, necesariamente, a consultar la brújula y a trazar el itinerario.

Desvanecida para siempre la ilusión de que la inteligencia proviene de la casta, de la sangre, del dinero, de la fuerza física, del gremio o del número; y siendo la función de conducir y regir los pueblos la que requiere más inteligencia, conocimiento, más prudencia, más juicio y más bondad, no veo de dónde si no es de las Universidades pueden salir las clases dirigentes que se necesitan para definir y organizar la Nueva Cultura. Prácticamente considerado, el problema se reduciría, pues, a que las Universidades Hispanoamericanas nos formaran clases dirigentes muy mejores que las que hasta ahora nos dieron; muy mejores, porque la tarea de ahora es muy superior a la de antes; *hombres de corazón, hombres de ideal, hombres de mentalidad, hombres de ilustración y de prudencia, hombres de esfuerzo, perseverancia y método, hombres que merezcan y sepan ser conductores en esta gran empresa: hombres que realicen la síntesis de la bondad, de la cultura y del desprendimiento, del heroísmo y de la abnegación.*

Cuando las Universidades Hispanoamericanas orienten su trabajo en el sentido que demandan la vocación de estos pueblos y la necesidad y el anhelo de la Humanidad en esta hora, podremos decir que las esperanzas del Mundo se han salvado, y que la Nueva Era no será el predominio mental y moral de una sola nación, sino la flor, la rosa de cien hojas, nacida del corazón y de la inteligencia de todas las razas y de todos los pueblos. Será el ensueño hecho carne; una vez más, el Espíritu Santo descendido a la tierra.

Octubre 3 de 1928.

¿SEMBRANDO ODIOS?

Se ha insinuado en este mismo Diario, al elogiar un artículo del doctor Julio Avila, que nosotros hemos estado *sembrando odios*.

Por haber denunciado un régimen injusto, anti-económico, anti-patriótico, anti-científico y anti-cristiano; por haber mostrado al vivo el error y el desorden de quinientos años, consagrado como sistema; por haber revelado y patentizado una iniquidad secular, que llevará luego a la mayoría, a la gran mayoría de los habitantes del país a su completo embrutecimiento y degeneración, como individuos y como raza . . . se nos achaca una tarea disociadora y se nos acusa de estar sembrando odios.

Queremos decir que nuestro pecado no es únicamente éste, sino que merecemos castigo por otros que son tan graves como éste de haber escrito contra el monopolio de la tierra y contra la extorsión del campesinado. Queremos recordar a quienes nos acusan de sembrar odios, que no hace aún tres años, sembramos embriaguez con la publicación de nuestro folleto EL DINERO MALDITO. En 1915, sembramos ignorancia con la publicación de LEER Y ESCRIBIR. Hace cuatro o cinco años, habiendo abogado por la buena y barata alimentación del pueblo, sembramos hambre y anemia; y recientemente, habiendo proclamado y evidenciado la necesidad de organizar una Cartera de Subsistencias, sembramos carestía, desnudez y miseria.

Somos responsables, en gran parte, de haber sembrado incapacidad moral y mental, por medio de la Campaña

Universitaria; se nos deben muchos atropellos y algunas muertes, perpetradas por nosotros al atacar repetidamente el régimen de los autobuses. Los pájaros que matan día a día los muchachos con sus hondillas de hule, deben ponerse a la cuenta de nuestros delitos; lo mismo los gallos asesinados en la cancha y los patos que se descabezan el día de San Pedro y San Pablo. Innumerables casos de tuberculosis, de paludismo y de reumatismo, se han originado en nuestros ataques a los mesones, y la mayor parte de los delitos de sangre se deben, indudablemente, a nuestro loco o malvado empeño de exigir que no se permita la introducción de armas mortíferas.

Si fuéramos a pasar revista a todos los males causados por nosotros, provocaríamos una tempestad y acabaríamos linchados: odio, ignorancia, embriaguez, sangre, enfermedad, miseria, hambre, idiotez, prostitución y otras muchas tormas, de ruina, eso es el aporte nefando llevado por nosotros a la degeneración física y moral de este país que, por suerte, ha encontrado ya quién venga de fuera a salvarle de todos sus errores y dolencias.

* * *

Ciertamente, no somos apostólicos ni queremos serlo. San Francisco de Asís, San Vicente de Paúl y San Juan de Dios, aunque tengan los altares más excelsos en nuestro corazón, aunque les admiremos y veneremos como a hombres seráficos, no son los médicos a quienes confiaríamos la curación de las iniquidades y errores del orden social. No es la Caridad ni es la Filantropía, ni el Altruismo, ni la Benevolencia ni la Beneficencia, ni otras virtudes máximas, medias o mínimas, las que nosotros anhelamos colocar como base del orden social. Queremos fundarlo sobre una

virtud más humilde, más sencilla, más modesta, pero más segura, amplia y estable, y es LA JUSTICIA. Queremos simplemente, impregnar de *justicia y respeto*, a *las vidas ajenas*, todo lo que forma el vivir individual y el vivir colectivo. Que se dé a cada uno lo suyo, y que ese reconocimiento se acate por encima de todo.

No hemos pretendido otra cosa, y negamos rotundamente como un cargo irreflexivo e inconsiderado, el que se nos hace al achacarnos que sembramos odios.

¿Por qué nadie nos ha combatido en la prensa o en la Tribuna? ¿Por qué nadie vino a pedirnos comprobación de nuestras censuras? ¿No habrá en el país nadie capaz de discutir nuestras afirmaciones y de evidenciar nuestros errores?

Al andar de los años, no muchos por desgracia, se verá si estábamos sembrando odios, o si estábamos formando cauce para que el odio derivara y dejara al cuerpo social exento de acritud y humores morbosos. Entonces se verá quién estaba en lo justo: si nosotros denunciando la enfermedad y pidiendo su remedio, o los otros, cerrando los ojos, tapándose los oídos, y culpándonos de crear el mal que ansiábamos curar.

Demos tiempo al tiempo.

Octubre 8 de 1928.

LIBERACION DE LA MUJER

I

Si los hombres han de cooperar a la emancipación de la mujer, en vez de ser vencidos en la lucha reivindicadora, tendrán que renunciar, abnegada y generosamente, a seguirla considerando como instrumento de placer y como esclava del fogón. Mientras la cocina continúe siendo lo que han hecho de ella LOS CIVILIZADOS: una actividad absorbente que ocupa todos los momentos del día, con sus vajillas complicadas, sus cien mil potajes, su arte de guisar, su arte de servir la mesa, sus menús en cartulina, su ciencia de condimentar, su afán insaciable de variedad y novedad en los manjares; en fin, con toda esa diabólica maquinaria de aparadores e instrumentos diversos, inventados para servicios de la gula; mientras los hombres crean que el objeto de la riqueza y de la cultura es *comer bien*, no podrán contribuir a que la mujer viva *integralmente*, en su cuerpo, su alma y su espíritu. La vida sencilla, y especialmente la comida sencilla que ocupe a lo sumo tres horas diarias, es la primera condición de la libertad para la mujer. Como dice Platón, “hombre libre es el que tiene ocios”, así, mujer libre es la que tiene ocios: es decir, tiempo *suyo*, que pueda emplear como le plazca, el leer, escribir, pintar, esculpir, estudiar, servir a sus convecinos, educar a los niños, compartir con el hombre los deleites del espíritu, el afán de la cultura y la necesidad de justicia.

Las mujeres ricas han logrado ya, en parte, libertarse de la esclavitud del fogón, no sólo sin ninguna simplificación de su vida, sino complicando enormemente y cada vez más, el utilaje de la cocina y del comedor. Pero ésto lo han hecho esclavizando a otras mujeres —sus cocineras y ayudantas— a quienes han reducido así a la más triste condición humana: a emplear toda su vida en aderezar y complicar más y más los manjares locos que anhela el apetito depravado de sus amos. Así se han emancipado ellas del horror del fogón; de quemarse los brazos; de tener las uñas negras y escoriadas; de irritarse los ojos y chamuscarse los cabellos; de estar siempre, ahumadas, engrasadas, sofocadas y con el humor agrio y el ánimo infernal.

Pero si el Feminismo ha de ser algo noble y eficiente, no se detendrá en ser una mezquina lucha de grupos, que liberta a unas pocas arruinando a las más. Si la emancipación de la mujer ha de significar algo en la historia, será la emancipación *de todas las mujeres*, aunque fuera al principio en una medida muy circunscrita, pero en camino de ser más amplia cada vez. No se trataría, así, de emancipar sólo a las ricas, sino a las pobres también: a la señorita de alta posición, sí; pero también a la lavandera, a la sirvienta, a la campesina, a la obrera, a la maestra, *a todas*. Ello no se logrará si no *en la medida en que se entre práctica y alegremente, en la Vida Sencilla*. La vida complicada exige esclavos, ya sea que uno esclavice a los demás, *ya que se esclavice a sí mismo*.

Esto último les ha sucedido a muchas de las mujeres ricas, que han salido de la esclavitud del fogón. Como no se libertaron merced a un esfuerzo consciente; como no procuraron ser libres para ocupar sus ocios en su propia cultura ni en el bien ajeno; como no tenían anhelo ninguno

generoso, sino, a lo sumo, deseo de vida más desahogada y menos sucia, resultó que, una vez exentas del oficio ingrato de la cocina, buscaron, para llenar el vacío de su vida, lo que era más fácil para ellas, lo que estaba naturalmente a su alcance: absorberse en otras actividades caseras, triviales, infecundas, de las que sólo exigen dinero para gastar, tiempo sobrado para buscar en qué gastarlo, y vanidad bastante para gloriarse de su gasto. En vez de las manos siempre tiznadas y grasientas, las manos siempre tersas y las uñas siempre pulidas; en vez del fogaje en la cara, los polvos y el colorete; en vez de los mil palitos, cuchillitos y cachivachitos, de la cocina y del comedor; los mil bibelotes, cuadritos, vasitos, muñequitos y cachivachitos del salón y del tocador. Todo tan inepto como lo de antes; tan entontecedor como lo de antes, aunque ahora con la apariencia de una mayor cultura, la pseudo-cultura de las gentes que hablan de todo sin penetrar en nada. Antes, máquinas de fregar y guisar; ahora, máquinas de hablar, muñecas de salón, a quienes los hombres, con mucha grosería y mezquindad, pero con lógica, consideran y tratan meramente como instrumentos de recreo y de entretenimiento.

Octubre 27 de 1928.

LIBERACION DE LA MUJER

II

La ley de todo ser es *desenvolverse en el sentido de su perfección, según la naturaleza esencial de cada uno*: el ciervo, como ciervo; el roble, como roble; el hombre, como hombre; *la mujer, como mujer*. ¿Es la mujer un ser *diferente* del hombre? Sin duda que sí: con diferencias que nunca se borran, puesto que radican en el alma y en el cuerpo, y cuando se borran, es por degeneración. Diferente, no quiere decir *contrario*, como se lo imaginan muchos feministas, cuyo ideal sería hacer de la mujer una rival del hombre. Ello es totalmente absurdo; el prurito feminista de *desterrar al hombre* de ciertas actividades, de arrebatarle ciertas ocupaciones, revela una radical incomprensión del problema. El hombre y la mujer no son ni pueden ser contrarios ni rivales, puesto que el uno *no niega al otro*. En el producto de dos números, uno *complementa* al otro, no lo niega. En el pan, aunque la harina es *diferente* de la sal y del agua, no se combaten entre sí, sino que se integran.

Esto quiere decir, muy someramente insinuado, que el Feminismo no debe ser considerado como un problema permanente, como un trabajo *necesario* y perenne, llamado a llevar siempre la contra al Masculinismo, sino simplemente, como un movimiento de reacción, que tiende a restablecer las cosas sobre sus carriles naturales y justos. Habiendo cometido los hombres la injusticia de esclavizar a las mujeres (esclavizar es impedir el libre y natural desenvolvi-

miento de un ser; esclavizar y *arruinar* son todo uno), hacen bien las mujeres en romper esas cadenas y en recuperar la libertad de desenvolverse *según su propia ley*. Pero una vez recuperada su libertad en la cantidad suficiente, debe cesar toda contienda, y sustituirse por la *cooperación*, por el trabajo armónico de dos fuerzas que, aunque diversas, son CONVERGENTES. La fórmula es, pues, no el hombre contra la mujer, ni la mujer por un camino y el hombre por otro, sino el hombre y la mujer por el mismo camino, llevando cada uno su aporte natural para bien de la familia, y especialmente para bien del niño. El mismo espíritu que anima a las abejas en servicio de la colmena, debe animar al hombre y a la mujer en servicio de la célula social, que es la familia.

Tan necio y dañoso como contraponer el hombre a la mujer y viceversa, es el afán de ciertas feministas incomprendidas, de *volverse hombre*. Una mujer *ahombrada* es tan antipática y absurda como un hombre *afeminado*. En ambos casos hay una perversión, una desviación del ser. Sin embargo, hay ahora una tendencia creciente a convertir las mujeres en hombres: para allá va gran número de sports o deportes; la militarización de las niñas de las escuelas; el oficinismo, cuando es exclusivo y absorbente; los oficios muy pesados; la politiquería; la dirección de vastas empresas industriales y bancarias; y en forma singularmente idiota, el beber licores, fumar cigarrillos, jugar póker, jugar fútbol, asistir al box, ir al teatro a deleitarse con la “Duquesa del Bal Tabarín”, y reunirse en tertulias a contar cuentos sucios, tan sucios como estúpidos.

Octubre 29 de 1928.

EL VINO NUEVO EN ODRES NUEVOS

Respuesta a un adherente

Señor Doctor Estimado: estoy relejendo, con mucha complacencia, la muy grata en que usted se adhiere, o se imagina que se adhiere, a la doctrina del *Mínimum Vital*. Habla usted en su carta de varias leyes, instituciones y costumbres que, según usted, si se cumplieran bien, si se depuraran, realizarían los principios de esa doctrina.

Permita que le diga que está usted mal informado, quizá porque los artículos en que la hemos expuesto no fueron bastante claros y precisos. Usted puede orientarse bien, leyendo “El Crimen de la Miseria”, de Henry Georges, entre otras obras de ese ilustre autor.

Lo que usted profesa en su carta, no pasa de ser *beneficencia*: muy amplia, sin duda, pero no más que *beneficencia*; excepción hecha del *homestead* o patrimonio familiar, que sí merece contarse, hasta cierto punto, entre las instituciones vitalistas.

Pero el *Mínimum Vital* no es *beneficencia*, ni quiere oír hablar de ella, sino *Derecho*, y derecho primario y absoluto. No es el Estado dando escuelas y otras cosas “después de atender a la función principalísima de defender la soberanía”, sino *la Nación organizada como una gran familia, en que se atiende a la función CAPITAL, PRIMARIA, de procurar vida* a todos sus miembros. Nosotros los vitalistas no queremos oír hablar más de soberanía, ni de abstracciones de ningún género; queremos oír hablar de niños que

comen buen pan y toman buena leche; de gentes que van calzadas y vestidas de verdad; de trabajadores que se nutren bien; de familias que viven en casa amplia, soleada, aireada; en fin, de un pueblo fuerte, sano, vigoroso, alegre, cuya religión es trabajar y cuya recompensa es VIVIR.

Nosotros sabemos, y ya no queremos perder el tiempo en demostrarlo, porque es evidente, que las palabras de *soberanía, independencia, autonomía*, carecen de sentido para los innutridos, para los desmedrados, para los miserables, para los mendigos. La vida, la fuerza, la salud, es la fuente de donde manan todas las prerrogativas y todos los derechos reales. Cuando se tiene vida, se es independiente, se es libre, se es soberano y se tiene alientos para luchar, y para morir defendiendo la libertad, la independencia, la soberanía y todo lo demás.

El Mínimum Vital coloca el vivir, el vivir sano, alegre, fuerte, por encima de todo, y como base de todo; es a la vez, la raíz del árbol y el penacho que le corona. Y no puede confundirse, ni quiere confundirse con la Caridad, con el Altruismo, con la Beneficencia, con la Democracia. No quiere que se le confunda ni en los fines ni en los medios, con sistemas que han sido ya ampliamente experimentados y contra los cuales se ha dictado fallo de nulidad.

El hombre necesita ahora asentar todos los anhelos posibles sobre la REALIDAD BIOLÓGICA, que no es *entidad, ni soberanía*, ni otras cosas de ese jaez, sino nervios, músculos, sangre, pulso fuerte y respiración profunda. Y éso lo da el trabajo bueno, el buen sueño, el buen descanso, la casa buena, el vestido bueno, la comida buena.

Es un *Vino Nuevo*, que tenemos que echar en *odres nuevos*.

Diciembre 10 de 1928.

“EL MATAZANO”.

Recuerde usted que es el ESTANCO N^o 29, el más alegre y popular, donde se encontrará aguardiente de PRIMERA CLASE, boca abundante y

GOMA OPORTUNA.

Es la CANTINA donde se bebe con o sin dinero y donde encontrará sus *cheros* y *cheritos*.

¡SALUD Y GUARO!

Calle Prado.

Barrio de Candelaria.

Imprenta Diario del Salvador.

* * *

El haber recibido ayer esa hojita impresa, y quizá repartida profusamente en la ciudad, nos indujo a reproducir nuestro artículo PAN O REVOLVER, que ojalá sirva para que alguno siquiera abra los ojos y aspire a ganar su pañ limpiamente.

¡Salud y Guaro! . . . ¡Y éso se ha impreso! ¡Y éso ha circulado libremente en nuestra desdichada capital! . . .

PAN O REVOLVER

Donde quiera que un hombre esté amasando un pan, podrá decirse, y confortar su espíritu con este pensamiento: este pan, alguien lo ha de comer; raro será que se pierda sin que alguno lo coma. Aún si de la mesa lo arrojaran al suelo, servirá para alimentar al perro, o las hormigas vendrán y lo harán migas, y se lo llevarán a su granero. Así es que esta fuerza de mis manos aplicada a la harina, se está tornando vida. Sí, estoy haciendo vida, fuerza, alegría, ni más ni menos que si fuera yo el sol. . .

Luego, quien quiera que se alimente de este mi pan, no sacará de él sino salud: pobre o rico, bueno o malvado, avaro o generoso, lo que yo le envío aquí es fuerza, es salud, es alegría. Que lo lleven a la mesa del juez o a la celda del criminal, lo mismo da: en este pan en que han colaborado el aire y la tierra, el agua y el fuego y, por gracia de Dios, también yo, nadie puede hallar sino alegría, fortaleza, salud.

* * *

Así mismo, donde quiera que un hombre esté fabricando un revólver, podrá decirse —y enorgullecerse, si es cruel y soberbio— este revólver que yo estoy fabricando con mis manos, lleva en sí la muerte. A donde quiera que lo lleven, irá con él una amenaza, un peligro de muerte. Quien quiera que lo use, no podrá usarlo si no para herir o matar. Un malvado o un justo, un adulto a un niño, un

ignorante o un sabio, no podrán hallar en él otra cosa que sangre y muerte. Que lo disparen ellos o que lo disparen contra ellos, que sea de intención o por descuido, por malicia o por juego, para atacar o para defenderse, nadie dará con él ni recibirá de él sino la muerte.

Así es que yo, haciendo este revólver, soy un sacerdote de la muerte; y si hay un Demonio o un Infierno que se complazcan en el dolor, han de sentir que yo soy, como ellos, un creador de tristeza y de ruina: lo mismo que la peste, lo mismo que el ciclón y el terremoto, lo mismo que el naufragio, lo mismo que el hambre y el incendio.

* * *

Maneras de hacer pan, son infinitas en la vida. Y manera de hacer revólveres, también. Se hace pan con harina, con madera, con lienzo, con predicaciones y con ejemplos, con lágrimas y con sonrisas; se hace pan con la azada y la escoba, con la pluma y con el serrucho, con la aguja y la almádana. Se hacen revólveres con el juego y con la embriaguez, con la prostitución y con la usura, con la adulación y la mentira, con la extorsión y con la opresión, con la mezquindad y con el fausto, con la aridez y con el fraude.

Aún más, casi no hay acto ni pensamiento de nuestra vida, que no sea pan o revólver; que no sea para salud y alegría, o para enfermedad y tristeza. Los hombres en eso vivimos: unos haciendo pan y otros revólveres; y de ser prudentes, no emprendiéramos nada ni colaboraríamos en nada, sin preguntarnos antes severamente si aquello era pan o era revólver.

Y entonces advertiríamos una cosa muy clara pero muy ignorada, muy sencilla pero muy incomprendida: y es que no se le puede dar a nadie una puñalada si no se dispone de un puñal, ni envenenarle sin tener un veneno. Sí, para matar a un hombre de una puñalada se necesita absolutamente de un puñal. Lo que es voluntad y loco deseo de matar a mi enemigo de una puñalada, o de diez, o de ciento, quizá los tengo ya; lo que me falta es el puñal. ¿Qué haré para obtenerlo? ¿Quiénes se prestarán a ser mis cómplices en la obra de apuñalar a mi enemigo? Desde luego el legislador, que permite introducir puñales al país, sabiendo que el puñal es, meramente, un instrumento para herir o matar. Luego, el comerciante que los importa, sabiendo que no sirven para labrar la tierra ni para coser un vestido, sino para desgarrar el pecho de los hombres y beberles la sangre. Luego el aduanero que los registra y que harto sabe que un puñal en nada se parece a un arado ni a un libro. Luego, el tenedor de libros que le lleva la cuenta al comerciante de lo que le reporta el negocio de puñales. Luego, la mujer y los hijos del comerciante, que sabe que lo que gastarán esa noche en ir al teatro viene de haber lucrado en la venta de puñales. Luego el periodista, que inserta el anuncio del que importa o revende puñales. Luego el afilador que los apunta y aguza, bien sabido de que ello es para mejor herir o matar. Luego la mujer o la novia, la madre o el padre, los hermanos o los hijos del que compra el puñal y no se lo impiden o reprenden. Luego muchos, muchos que en una o en otra forma sacan provecho de la fabricación, del transporte, de la venta, del cuidado y del uso de los puñales. . .

Puñales o revólveres, todo es uno. Revólver o aguardiente, o cualquier licor maldecido que embriaga al hombre

y le bestializa y le enfurece, y le lleva al hospital, a la cárcel, al manicomio, a la ruina de él y de los suyos, todo es uno. . .

* * *

No hombres: no basta vivir, sino que hay que vivir honradamente, limpiamente, como cristianos y como hidalgos; como criaturas que tienen alma qué perder, y no, simplemente, sacos de concupiscencia que llenar. Vivir como hombres, sí, pero vivir como lombrices, como escorpiones, como víboras, como roedores de cadáveres, no.

No estamos obligados a vivir si no podemos vivir en la luz. Si nuestro sustento, y nuestra casa, y nuestro vestido, y nuestro recreo y nuestra cultura no pueden absolutamente provenir del trabajo limpio; si nuestra incapacidad y nuestra desdicha fueran tantas que nos veamos arrastrados a vivir del revólver, entonces no vivamos. ¿Qué necesidad hay de que vivamos? ¿Qué necesidad hay que yo viva, si para vivir yo otros han de morir, o han de vivir en la corrupción, en el crimen y en la ruina?

No, hombres, busquemos una vida limpia: vivamos para el pan y del pan. Y quienes no pueden vivir si no del revólver y para el revólver, que anticipen el viaje; que antraviesen voluntariamente el umbral de la muerte, y que se libren así de la ignominia.

Lo que es porque se vayan, no faltarán en este mundo triste, plagas, ni guijarros ni espinas. Pero así, al menos, los hombres, en vez de abominables demonios, serán *hombres*, o si quiera, merecerán ser hombres.

Diciembre 19 de 1928.

EL LLEGA

De hoy a mañana tocará en la Unión el inmenso huésped. Con más fortuna, habríamos recibido su tocamiento en Acajutla, y eso trajera el saneamiento automático de nuestro cochino e histórico puerto.

Si los reyes de Francia tenían la virtud de curar las escrófulas con sólo pasarles la mano a los escrofulosos, por qué un *Señor de Panamérica* —que vale por media docena de reyes de aquel tiempo, y por docena y media de reyes de ahora— no ha de poseer la rara virtud de sanear un puerto palúdico?

Irán a saludar al HOMBRE nuestros mayores dirigentes. El les mirará, los tanteará... y “dichoso aquel que el cielo dote”. . . Pues en verdad decimos, que de Guatemala a Chile, en estos ocho años que vienen, nadie comerá turrón si no es con la anuencia de quien tiene el turrón en su mano potente.

Hagámosle al ilustre Despensero un homenaje digno de él. Por ejemplo, si a los ostiones de La Unión les llamáramos en adelante, ¿WALL STREET OYSTER? O si, para evitar cuestiones, al Golfo de Fonseca le denomináramos ¿HOOVER BAY?

Desde los grandes tiempos de Roma, nunca se vió espectáculo tan grandioso. Cuando el César recorría el imperio, los reyes se vestían de domingo, se ensayaban en hacer piruetas, aprendían de memoria un discurso patriótico, y al llegar el *Señor del Mundo*, salían a su encuentro, melosos,

contoneándose y acudían a tenerle el estribo para que descendiera del caballo, o a poner la espalda para asentar en ella el pie divino, si llegaba en litera. Y el *Señor del Mundo* decidía quién debía seguir comiendo turrón y quién no.

Gloria a nuestro tiempo, que ve repetirse aquellas maravillas. Ahora, en esta jirita displicente del Señor Ingeniero Hoover, se verá si continúan con acceso a la *Despensa*, Machado, Adolfo Díaz, Juan Vicente, Leguía e Ibáñez. O si se traspasan las llaves a manos más dignas. Eso se verá: quién le puede a quién, en este récord del turrón.

* * *

Mr. Hoover —permítase a un periodista irreverente llamarle con este nombre familiar— es un ingeniero notable. Es de los que saben su oficio. Ha servido con éxito en Egipto y en China, y no recuerdo si en otros países. Lo mejor de todo, es un gran abastecedor, un notable organizador de subsistencias: durante la gran guerra centenares de miles de hombres, mujeres y niños no murieron de hambre gracias a la previsión, a la energía, a la técnica sabia de Mr. Hoover, que estaba encargado de aprovisionar a los civiles.

Para los tiempos que corren, y ahora que los pueblos prefieren comer a que les refieran cuentos patrióticos; ahora que a todos se les ha metido la idea loca de que la vida no ha de ser únicamente para los ángeles y los serafines; ahora, decimos, los hombres como Hoover son los mejores, puesto que ellos, a semejanza de Moisés, hacen caer el maná y brotar el agua, de donde los demás son incapaces de extraer sino arena y estiércol.

Un gran abastecedor, un gran organizador del trabajo, fué siempre el mayor de los hombres: eso fué José, eso fué

Moisés, eso fué en ocasiones Jesús, eso es ahora Mussolini, y eso probablemente será Hoover.

Y como tal, como hombre que respeta el hambre ajena, y acude con su voluntad y su inteligencia a vencerla; como a hombre del agua y del pan, le admiramos nosotros y le glorificamos.

* * *

Ahora, toda la cuestión será saber cómo nos va a tratar a los morenos y a los indios que nos atrevemos a tener gana de vivir, como si fuéramos personas; ¿considerará que merecemos ser incluidos entre los que su saber y su voluntad tomarán bajo su protección? ¿O pensará que a ella sólo tienen derecho los blancos, y que nosotros, en vez de comensales, hemos de continuar en la categoría de comestibles? ¿Nos dará de comer? ¿O hará que nos coman?

Para los de abajo y para los de arriba, para los pequeños y para los grandes, el problema es de turrón y despensa. Comer, o ser comidos. Y en este concepto, nosotros, humildes, nos postramos ante el Despensero y nos arrodillamos junto a Machado, Moncada, Juan Vicente, Leguía, Ibáñez y otros, y clamamos con infinita reverencia: “El pan nuestro de cada día, etc”.

Pero, entiéndase bien, al decir el pan, queremos decir el maíz y los frijoles *suficientes*, para los de abajo; y el turrón, legítimo de Alicante, para los de arriba.

¿Comeremos? ¿Nos comerán, es decir, continuarán comiéndonos? Solo El lo sabe.

Vayamos, pues, a su encuentro... y “dichoso aquél que Hoover dote”...

Noviembre 24 de 1928.

LA CRISIS DEL MAIZ

Hay que volver a los ejidos

Ya no son crisis: ya son enfermedades crónicas. Ya son el hambre endémica, que se va agudizando y que ya no tiene siquiera el alivio de los guineos, de los quequeisques, de las yucas, de los ojuistes, de los sigüamperes, de los tempisques, porque ya no hay en El Salvador frutas ni legumbres silvestres que antes eran de todos, ni frutas cultivadas, que antes eran baratas. En nuestra finca, y en todas las fincas de mi pueblo, la manzana-rosa, el güisayote, el mango, el ayote, el guineo, la paterna, el matazano, la guayaba, la flor de izote, el bledo y las úculas, eran del peón. Se tenía cuidado de que la sombra del cafetal fuera de árboles frutales y de que el trabajador, al salir del trabajo, hallara a mano esos complementos de su salario mezquino.

Ahora, en los cafetales no hay más que café. En la gran hacienda "California", que llena todo un flanco del Volcán de Alegría, y que recorrí yo el año pasado, no encontré sino un árbol, sólo y único, un quebracho a medio derribar. De la base a la cumbre del volcán, no hallé sino una mata esmirriada de Cinco Negritos, y por allí, revoloteando tímidamente, una mariposilla gris, últimos sobrevivientes de aquella fauna y de aquella flora copiosa, que en un tiempo hicieran del volcán un hervidero de animales y de plantas, un vasto Ser Colectivo en que el alma de la montaña hablaba en el canto del pájaro, en la fruta del árbol y en la flor de la mata silvestre.

Donde ahora hay una finca voraz, que se traga a cientos las caballerías y los kilómetros, antes había cien predios, o doscientas parcelas en que el maíz, el arroz, el frijol, las frutas, las legumbres, tenían su trono o, por lo menos, su refugio. Ahora, no hay nada sino café, si es en las tierras altas; y en las tierras bajas, el potrero que va invadiendo todo, acabando con el bosque y la milpa.

¿De dónde quieren que haya maíz? No lo ha de sembrar el cafetalero, porque su ganancia es mayor sembrando café. Si cosecha bastante café y lo vende bien, hace venir el maíz de fuera, en la cantidad indispensable, y así le cuesta mucho menos que si lo sembrara él en su propia tierra.

La lechería es, asimismo, inmensamente más lucrativa que el maizal; y quien tiene sus manzanas de tierra fronteras a la ciudad, o sus caballerías distantes, las sembrará de pastos y no de cereales. Por la buena y sencilla razón de que no son ellos Hermanas de la Caridad ni del Buen Pastor, sino agricultores que trabajan la tierra con el propósito de lucrar cuanto sea posible. Serán los peones los que siembren el maíz? Y dónde? Los terratenientes que la necesitan para sus cafetales o potreros no arrendarán la tierra sino mediante un canon elevado, que les deje ganancia segura y considerable.

Pues entonces, quiénes y dónde sembrarán ese maíz que debería ser abundante y de precio accesible y a todos, que es cada día más raro y más caro?

No sigamos viviendo de quimeras. No nos empeñemos en resolver con teorías y elucubraciones la enfermedad aguda y crónica, y cancerosa ya, que radica sencillamente en un hecho material, evidente y tangible: *la falta de tierra para el cultivo*; la escasísima y aventurada ganancia para el labriego que se atreve a cultivar la tierra ajena.

Si no asigna el Congreso en su Presupuesto del año una suma fuerte, muy fuerte, para la importación sistemada y regular del maíz, en tal cantidad que pueda venderlo siempre a bajo precio, cada día será más grande la penuria, y los que no son ricos, ni siquiera holgados, verán año por año crecer la carestía del pan, hasta que llegue a ser artículo de lujo, privilegio de los afortunados.

Nación que no sabe asegurar y regular la producción y el precio de su Grano Vital, de su pan cotidiano, de su Cereal Sagrado e indispensable, no es o no merece llamarse nación; anda desconcertada, alocada, viendo empañadamente los males y sus remedios; buscando, como una casquivana perversa, compensaciones ilusorias a su hambre crónica, en devaneos y oropeles que se imagina ser cultura y progreso.

Y ese va siendo ya nuestro caso, nuestro tumor creciente. Y para extirparlo, no es buen remedio que el Presupuesto se entrometa, por cierto con eficacia mínima, a importador de maíz. El remedio bueno, natural, sencillo, probado, es VOLVER AL EJIDO: a la tierra comunal, dedicada única y exclusivamente a sembrar el maíz, el arroz, el frijol, el maicillo, la yuca, el guineo, el ayotal anexo, y algún otro cereal, que son el pan de Vida, el alimento diario, el *pasar* de todos, el *derecho* de todos, el Mínimum Vital realizado en el pan, o como lo formulaba Jesús: “El pan NUESTRO de cada día...”

Si se le restablece a cada municipio su tierra comunal, *sus ejidos*, volverán los tiempos en que el maíz no era un problema; en que todo hombre de buena voluntad se iba al ejido, y sembraba el grano bienhechor, o el arroz o el frijol casero y prometedores de vida y de paz.

Y entonces, que los dueños de tierras hagan en ellas lo que quieran: que cultiven en ellas café, o pasto, o rosas, o

lo que les venga al arbitrio; que procuren con su cultivo la mayor y más segura ganancia, y que gocen en paz de Dios de sus cosechas. Por la fuerza misma de las cosas se restablecerá el equilibrio. Habrá vida segura y suficiente para el pobre, para el jornalero, y naturalmente, como habrán dejado de ser parias, nadie podrá ya comprar sus brazos mediante un salario de hambre. Se volverá sencilla y pacíficamente a un Mínium de Justicia, que traerá consigo el pan y la concordia.

Diciembre 20 de 1928.

POR TODOS LOS CAMINOS

A lo que parece, hay quienes están esperando de mí una receta para que funcione el Mínium Vital. Algo así como la fórmula para confeccionar un pastel: “se toma tanto de harina, tanto de mantequilla, tanto de azúcar, tanto de aceitunas y alcaparras, tanto de azúcar, etc., etc., y se sirve caliente”.

Pues bien, este sistema no lo serviremos caliente, porque no es pastel ni embolismo de ninguna clase, sino UNA FE; una manera nueva y sencilla y justa de comprender y de sentir las relaciones humanas. Es un CONCEPTO NUEVO de la vida; una manera nueva de hablar la conciencia y de traducir en hechos e instituciones las sílabas de esa nueva palabra.

Lo que se profesaba y veneraba como beneficencia, se transporta al plano de la justicia; lo que el pueblo recibe como favor, lo recibirá como derecho, como restitución; lo que se tomaba como secundario y se colocaba en los presupuestos y en las leyes y en la moral después de la soberanía, del progreso, de la instrucción, de la cortesía internacional, de las diversiones públicas, pasará a ser *primario* y se colocará antes y por encima de todo.

Yo hago del derecho de todo hombre a un Mínium de vida íntegra, *un derecho absoluto*; y del deber de la colectividad a procurarle a todo hombre un mínimo de vida íntegra, *hago un deber absoluto*.

Si estos conceptos prenden, si llegan a conmover y remover la conciencia de los hombres: de los que oprimen y de los oprimidos, de los que explotan y de los explotados, el *Mínimum Vital* florecerá en instituciones, leyes y costumbres, será como una levadura infundida en todas las modalidades del vivir, y la nación y la sociedad se constituirán y se transformarán lenta y seguramente al influjo de esa levadura espiritual.

Entonces, las formas económicas, los procedimientos, los arbitrios vendrán por sí solos, y vendrán *de acuerdo con el lugar y el momento*, y no como sistema artificioso o maquinaria complicada, que falla toda ella apenas se le cae un tornillo.

Una fe, un concepto nuevo de la vida, si es amplio, tiene virtud generadora que va creando ella misma a través de los obstáculos y de las viejas reformas, su propia textura y la variada y eficaz corporalidad de su espíritu. Y eso no se hace nunca en un día ni sin repetidos ensayos y errores, sino en mucho tiempo y con esfuerzos dolorosos. Así es como se manifestó el cristianismo, que todavía, después de dos mil años, está revistiéndose de formas nuevas; así se manifestó la Revolución Francesa, que todavía está forcejando para cristalizar neta y eficazmente sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Y así fueron y serán siempre todas las grandes revoluciones; las cuales, al comienzo, no pueden ofrecer sino PRINCIPIOS, BASES, conceptos que tienen que ir adaptándose al lugar y a la hora, en las formas en que van encarnándose, mientras luchan contra las viejas formas que estorban su advenimiento y su triunfo.

Así será el *Mínimum Vital*, que no es artificio económico, sino religión, filosofía y derecho, y que busca y en-

contrará para realizarse, leyes, costumbres, artes, formas de educación y de trabajo y organismos económicos.

* * *

Hoy más que nunca, sería inepto vincular lo que es una manera nueva y amplísima de comprender y de sentir la vida, a un artificio económico, a una reglamentación escueta y estricta, como la que sirve para un impuesto de vialidad o para un nuevo sistema de herrar animales. Hoy más que nunca, debemos recordar que las sociedades se transforman rápidamente, que las ideas y las cosas YA NO ESTAN SINO QUE VAN. El concepto *estático* de nación y de sociedad tiene que ser substituido por el concepto *dinámico*. La relatividad y la movilidad, son ahora reconocidas como los caracteres inherentes a todas las cosas. NADA ESTA, TODO VA: esa es la ley a que deben ajustarse todas las formas que se creen para regir a los hombres, y sería una torpeza olvidarlo cuando se trata de una reforma tan honda y tan amplia como es el Mínimum Vital.

¿Por qué camino, preguntan los que no han comprendido, y sobre todo lo que temen comprender? ¿Por qué camino andaremos para que el Mínimum Vital comience a ser una realidad?

Yo respondo, *por todos los caminos*: por los abiertos ya y por los que abriremos luego. ¿Por qué caminos encuentran ustedes siempre dinero para la guerra, para la Universidad, para las carreteras, para enviar legaciones, para costear una infinidad de establecimientos e instituciones no siempre útiles, a veces dañinos?

Por el camino de la fe: si hallan siempre dinero y discurren siempre leyes y reglamentos y arbitrios para cons-

truir teatros, cuarteles, hospitales, escuelas, y para procurarse cañones, aeroplanos y mil cosas más, es *porque creen en esas cosas*. Se imaginan que es justo y bueno y necesario enviar legaciones, asfaltar calles, abrir conservatorios, organizar exposiciones, armar flotillas aéreas, instalar estaciones inalámbricas y CREEN que si no atienden a todo eso, faltan a su concepto de la vida, a su deber, a lo que les exige su fe en el progreso y en la civilización.

Pues asimismo encontrarán leyes y arbitrios y reglamentos y dinero para realizar el *Mínimum Vital*, cuando crean en que es bueno y justo y necesario procurarle a cada hombre, a todos los hombres, un *Mínimum de vida íntegra*, o mejor dicho, *organizar la propiedad, el trabajo, la producción y el consumo*, en el sentido de que todo hombre de *buena voluntad* pueda, mediante su trabajo, alcanzar ese *mínimum de vida íntegra*. Entonces irán al *Mínimum Vital por todos los caminos*, así como van ahora *al Progreso* por todos los caminos, hasta por el camino tenebroso y perverso de envenenar al pueblo con aguardiente.

* * *

Por supuesto, yo sé, yo he discurrido —como cualquiera puede hacerlo, y lo hará si le mueve mi fervorosa convicción— yo he discurrido caminos, arbitrios, maneras prácticas de ir realizando el *Mínimum Vital*. De varios he hablado ya, y ni siquiera lo han notado, aunque hablé concreta y clarísimamente; de otros hablaré luego, no con el acento de un sábelotodo, de un creador de paraísos, de un forjador de utopías, sino con la prudencia de uno *que propone, que sugiere procedimientos buenos, mientras la experiencia y el estudio* de los más avisados encuentra procedimientos mejores. Ninguna otra actitud me es simpática ni me con-

viene, pues no quiero que la doctrina del *Mínimum Vital* se pierda y se olvide como tantos sistemas flamantes, que duraron un día, por exceso de pretensión en sus propagadores.

Si he tenido la dicha de entrever un camino, de vislumbrar un fulgor que nos alumbre a todos, no voy ahora a que mi petulancia ofusque a unos y desencante a otros, empeñándome en trazar un cauce irreductible por donde corra ya para siempre el río de la Vida. Yo soy *uno que va* tras ese fulgor, pero sé bien que yo no soy ese fulgor y que si no van otros conmigo, yo no sabría ir solo.

Enero 10 de 1929.

ECONOMIA DEL MINIMUM VITAL

La tierra, *con todas sus potencias y en todas sus modalidades*, se considera, naturalmente, como propiedad total y perenne de la Nación. Esta puede repartirla de nuevo, una y otra vez, siempre que lo imponga el exceso o la deficiencia de población. Si la población decrece, los lotes se agrandan; si aumenta, los lotes se aminoran.

* * *

Pero, en todo caso, la tierra será dividida en tres categorías primarias: TIERRAS ESTADIALES; TIERRAS COMUNALES Y TIERRAS FAMILIARES. La extensión de terreno asignada a cada una de esas categorías, ha de variar según lo exijan o permitan el número de habitantes, la superficie cultivable, la fertilidad, la importancia de los cultivos etc.

Las *tierras estadiales* son para el cultivo de bosques, y tienen por objeto suministrar perennemente a los habitantes, a precio equitativo, madera de construcción y de muebles; leña, plantas de tinte y fibrosas; cortezas y esencias; animales silvestres, y principalmente agua. Si no hay bosque, no hay ríos; si no hay bosque, no hay cuadrúpedos ni pájaros; si no hay bosque, no hay leña; si no hay bosque, no hay madera para edificar, ni para labrar, ni para teñir. Si no hay bosque, *no hay vida*.

A lo largo de todo el país y de manera que todos los habitantes puedan disfrutar de ellos sin recorrer mucho ca-

mino, han de situarse los bosques del Estado, cultivados y administrados por éste, no como negocio sino como servicio, retirando sí una ganancia moderada para amortizar las deudas que se contraigan en la adquisición de las tierras.

Calculamos que treinta bosques de veinte kilómetros cuadrados cada uno, o sean sesenta mil manzanas métricas, contendrán bien de ocho a nueve millones de árboles que, talados a razón de un millar y cuarto por día, bastarían para que nuestro país tuviera siempre disponibles en cantidad suficiente, los productos directos del bosque, más el grande beneficio del agua, del pájaro, del cuadrúpedo, de la belleza, del aire saludable, de todos los tesoros que encierra y crea el árbol.

* * *

En el sistema de Moisés, la nueva distribución de la tierra se verificaba cada cincuenta años, y esto es lo que se llamaba JUBILEO o Jubilación. En verdad, ningún motivo mayor de júbilo, de alegría, que volver los propietarios o sus herederos a ser otra vez dueños de la tierra que habían perdido. Al mismo tiempo, las deudas quedaban redimidas y los esclavos eran declarados libres.

Así, la nación entera volvía a la seguridad, a la alegría, a la libertad y al pan.

Enero 18 de 1929.

EL CAMINO QUE ESTAMOS RECORRIENDO

Nada de lo que nos acontezca por las ideas y tendencias que se están propagando en este diario, nos sorprenderá ni nos arredrará. Todo lo que se conjure contra nosotros: los insultos, calumnias y escarnios de los incomprensivos; el enojo de los lastimados en sus intereses; el dogmatismo de los fanáticos; la obcecación de los ignorantes; el rencor de los envidiosos y el encono más o menos fingido de quienes sirvan de instrumento a nuestros adversarios... todo eso, y además las vías de hecho —cuando lleguen no causarán en nuestro ánimo ningún desconcierto ni sorpresa, *porque todo lo tenemos previsto y todo lo hemos aceptado de antemano.*

Que nos harán sufrir, es seguro, y no tenemos para qué ocultarlo; que nos sorprendan o nos hagan desviarnos, eso no.

Cuando entramos a trabajar en PATRIA, nos habíamos trazado ya un derrotero y habíamos calculado con exactitud los obstáculos del camino. Previmos con toda conciencia que una sociedad ignorante, viciosa, opresora, ávida, servil e intolerante, no se dejaría exhibir en la desnudez de sus lacras, sin reaccionar contra nosotros con todas sus fuerzas y sin procurar, por todos los medios, sofocar nuestra voz primero, y desacreditarnos después, cuando se desengañara de que no podía hacernos callar.

Tomamos la pluma como toma un cirujano su bisturí ante un canceroso, dispuestos a sajar en la carne enferma

y sabedor de que el pus ensuciará sus manos, y de que una gota que llegare a tocar su sangre, le causará terribles sufrimientos.

Día por día, los abrojos que habíamos previsto se vienen suscitando, en verdad no tantos ni tan rápido como nos habíamos imaginado. La reacción es más lenta y menos acerba de lo que esperábamos, y hasta hemos visto con gozosa sorpresa que el mal es mucho menor de lo que temíamos, y que una gran parte, quizá la mayor parte de esa sociedad enferma que nos imaginábamos perdida, viene a nosotros, revive, se purifica, y nos alienta y ayuda en nuestra cruzada sanitaria.

Y eso mismo hace que los otros, los incurables, se irriten, se enfurezcan y se apresten a herirnos, a exacerbarnos, a desprestigiarnos, a desvirtuar nuestra labor a fuerza de mentiras, de burlas, de calumnias, de injurias.

Se ha ido más allá: se ha insinuado repetidas veces al gobierno que nos quite la libertad de escribir, *para salvar el orden*; se ha dicho, con tono de susto, y para amedrentar a los ricos, que pretendemos despojarles; a los creyentes, que negamos a Dios; a los campesinos y a los obreros, que les embaucamos con fines de utilidad mezquina y personal; a los estudiantes que abogamos por que no se les dé gratuita la enseñanza; a las clases sociales privilegiadas económicamente, que luchamos para implantar el comunismo, el bolchevismo, y que deben desconfiar de nosotros y combatirnos como a desquiciadores sociales.

Todo ello es perfectamente lógico, natural, inevitable: es la llaga, perturbada en su placidez miasmática; que se encrespa al sentir la cuchilla que viene a extirparla y el ácido que viene a desinfectar sus raíces.

A medida que avancemos en nuestra labor, la ira será más ciega, el miedo más agudo, y de su contubernio surgirán los murciélagos y los vampiros más obstinados y más ávidos, y se lanzarán sobre nosotros a sorbernos la sangre, a cubrirnos de vilipendio, a impedir e inutilizar por todos los medios nuestra actividad y nuestros empeños de purificación.

Aquí tenemos ya una muestra de lo que serán esas próximas e ineludibles acometidas de quienes sienten que el imperio de su codicia, de su opresión y de su ignorancia, se está desmoronando a los golpes de nuestra pluma: alguien acaba de sugerir por allí, que nuestros libros *EL DINERO MALDITO* y *LAS SIETE CUERDAS DE LA LIRA*, sufren un escandaloso desmentido con la publicación en *PATRIA*, de anuncios referentes a corridas de toros y a ventas de licores, en los cuales se encomian los atractivos de aquéllas y las cualidades de éstos.

Sin embargo, la explicación es muy sencilla, y sólo la interesada y maliciosa suspicacia del autor de esos cargos, hace necesario que la demos aquí. *El director de Patria, no es dueño de este diario; no es accionista, no es consocio; no tiene porcentaje ninguno en sus entradas; no tiene ni siquiera contrato por determinado tiempo con el propietario de esta publicación; es, única y exclusivamente, un empleado a sueldo, al cual se puede despedir, con sólo avisarle veinticuatro horas antes que ya no son necesarios sus servicios.*

Entre el señor Bernal, dueño y editor de *PATRIA*, y don Alberto Masferrer, Director de ese Diario, no se contrajo ni existe más que una sola y formal obligación, y es la de que el señor Bernal nos dejaría en absoluta libertad

de censurar o encomiar, atacar o defender personas, cosas e instituciones, atenedos nosotros únicamente, absolutamente, a nuestro criterio y a nuestra conciencia.

El señor Bernal ha cumplido con nosotros con entera lealtad, sin pretender nunca, ni siquiera con insinuaciones, coartar nuestra libertad de ataque y encomio, y eso aún exponiéndose a sufrir, como ha sufrido ya más de una vez, daños económicos por el enojo de alguna casa anunciadora, que retiró sus anuncios por haber atacado nosotros el artículo que ella anunciaba.

Así es que no tenemos nada qué ver con la vida económica de PATRIA, ni siquiera inquirimos la cuantía de sus entradas ni las fuentes de las mismas; tenemos que ver, meramente, con la propaganda de nuestros ideales, que amamos y servimos de todo corazón, y que no abandonaremos por temor a ninguna clase de bellacos ni malandrines.

Por lo que hace a corridas de toros, jamás nos hemos deshonrado presenciándolas; nos parece uno de los juegos más estúpidos y crueles, después de la abominable de los gallos. Por lo que hace al comercio de licores, ya se estaría acabando de reproducir en PATRIA "El Dinero Maldito", si la Censura no lo hubiera prohibido al terminarse la ingerción del capítulo segundo.

Final: sabemos adónde vamos y sabemos y aceptamos lo que nos espera. En esta pugna, en que nosotros representamos la conciencia limpia y nueva de El Salvador, cada uno dará de sí: los defensores del viejo y carcomido régimen fundado sobre la miseria, la opresión, el privilegio y el fanatismo, darán lo que tienen: lo que nazca de su educación, de su atraso y de sus intereses; y nosotros, dare-

mos lo que tenemos: la visión de una nueva vida, más justa, más cordial, más humana, que esa negra y triste y mezquina que nos ha tocado vivir.

Que siga, pues, la lucha, y que batalle cada uno con sus armas: membranas y sombras los unos; alas y claridades los otros.

Febrero 6 de 1929.

LA SEGUNDA JORNADA

Unos burlándose, otros seriamente, son varios los hombres de letras y de leyes que nos achacan numerosas contradicciones y una confusión perenne, en la propaganda del *Minimum Vital*.

A creerles, nosotros estamos hablando de lo que no entendemos; barajamos y mezclamos ideas dispares; decimos hoy lo contrario de ayer, y nos enfrascamos cada vez más en un berenjenal en que dejaremos, al salir, —si salimos— la buena opinión de cordura, lógica y claridad que había logrado conquistar nuestra pluma.

Nos damos cuenta de las causas que han originado tan adversos juicios: la doctrina del *Mínimum Vital* se ha difundido en las condiciones más adversas. Tanto, que es un milagro haber obtenido para ella, en sólo siete meses de propaganda, el derecho de que se la proclame, de que se la disputa, y de que en torno de ella combatan apasionadamente ideas e intereses. ¿Cómo nació, se inició y se difundió tal doctrina, es una idea dolorosa que algún día será recordada?; baste decir ahora que fué el día borrascoso; interrumpiéndose a cada momento nuestra labor; callando frecuentemente; contentándonos muchas veces con deslizar alusiones al hablar de cosas enteramente ajenas a la doctrina misma; resignándonos en ocasiones, a mezclarla, peligrosamente, con asuntos que podían oscurecerla, a trueque de repetir siquiera su nombre; acudiendo al arbitrio de publicar otras doctrinas más o menos conexas con aquella, con

riesgo de confundirla, por tal de mantener su recuerdo perenne en la memoria de los lectores; exponiéndonos, en fin, a lo que ha sucedido, de parecer incoherentes y desorbitados, con tal de que nuestra *Idea Matriz* venciera la indiferencia de unos y la enemistad de otros, y de que extendiera sus alas, aunque al volar le desprendiera el viento lo más blanco y más suave de su plumaje.

A esta hora, el MINIMUM VITAL existe. Existe como pensamiento y emoción; ha tejido su red de luz en el corazón y en el cerebro de muchos, y de allí saldrá a cristalizarse en leyes, instituciones y costumbres, para bien de todos, para salvar el honor del Hombre, demostrando que éste es ya capaz de organizar la Vida sobre un Minimum de justicia y de concordia.

¿Hasta qué punto es verdad lo que afirman nuestros contrarios, de que nos confundimos y contradecemos a cada instante? ¿Hasta dónde es cierto que se trata meramente de una quimera, ya intentada otras veces y siempre rota contra el escollo de las realidades implacables? ¿O que se trata, como afirman otros, de una doctrina de dislocación y trastorno, de un plagio inútil o nocivo de las ideas rusas, de una flóración más del comunismo, que tiende al rebajamiento, al desorden y al despojo?

Ahora será fácil saberlo, leyendo de nuevo, ya ordenado, ya sin mezcla, ya sin aspereza ni pasión ni arrebató, lo que constituye la doctrina en sí misma, y tal exactamente como la expusimos en artículos y fragmentos, de julio a septiembre de este año que pasó. Nada añadiremos, nada omitiremos que sea sustancial, y no haremos sino presentar enlazadas, en su sencilla lógica, en su firme y clara trabazón, las ideas matrices y directrices de la Doctrina del Minimum Vital.

Y se verá, lo esperamos, que este no es un sistema complicado como se lo imaginan los doctores, sino fácil y simple, como lo han entendido los sencillos; una mera extensión de la familia a la sociedad; una ampliación, en grande escala, de lo que han experimentado y consagrado los siglos como la mejor entre las conquistas del hombre, que es la vida en familia: no fundada en los méritos, sino en las necesidades; no en la quimérica igualdad, sino en la real e inevitable fraternidad; no en las leyes feroces de la lucha que rigen la Naturaleza inferior, sino en las leyes de la cooperación, que rigen la Naturaleza evolucionada y ascendente.

* * *

Las cosas todas, así del espíritu como de la materia, valen por lo que son, y mueren o perduran, según lo que valen. Ninguna piedra falsa alcanzó nunca a brillar con la perennidad de un diamante; ningún graznar de buitre seducirá a los hombres dilatadamente, como les seduce y arroba el canto del ruiseñor. Así, es inútil enojarse o irritarse contra ninguna doctrina, ni asustarse por lo que en ella imaginamos encontrar de falso o peligroso. Ella dará de sí, y acabará pronto en hojarasca, si las hojas no arraigan en la rama recia y dura, y se marchitará y se hará polvo, si no vibrare dentro el férreo corazón del quebracho, o el amargo del conacaste, que resiste al fuego y a la lluvia. Así será con el *Mínimum Vital*, y la única actitud prudente para juzgar de su vitalidad y eficacia es examinarla con serenidad y atención.

Inicia ahora su *SEGUNDA JORNADA* esta Doctrina que se ha convertido en nuestro sol, y a cuyo triunfo consagramos todas nuestras fuerzas.

En la tercera página de nuestro Diario la verán desde hoy quienes deseen conocerla bien, y aquí estamos nosotros para defenderla y esclarecerla.

Será esta vez mejor comprendida y apreciada? Tal vez. “Gracias te doy, Señor, decía Jesús, porque has concedido a los ignorantes comprender lo que no comprenden los sabios”.

Felices nosotros si los sabios comprenden. Y si no, felices también, porque, en verdad, los sencillos comprenderán.

Febrero 8 de 1929.

ENTRE EL ZANCUDO Y EL GUARO

El Salvador es un país esencialmente palúdico; si todos sus hermanos del Trópico sufren del mismo mal, ninguno hay que lo tenga en proporciones tan grandes como él, ninguno en que esa enfermedad esté causando una degeneración tan visible de la raza.

Acaso no sea sólo el paludismo el causante de esa degeneración; acaso la mitad del daño tenga su origen en el alcoholismo; se bebe tanto aquí, que bastará la embriaguez para acabar con nosotros en medio siglo más; por lo menos, para acabar con lo que nos queda de energía moral e intelectual.

En fin, es indudable que en esta decadencia manifiesta de la raza, el paludismo es un factor de primer orden, y que combatirlo, extirparlo si es posible, es una necesidad que se impone a gritos.

Si alguno piensa que exageramos, que viaje por el resto de Centro América y compare; verá que el tipo común del salvadoreño es inferior en fuerza, en salud, al tipo común de las otras secciones. Y no puede ser de otro modo puesto que, mientras en los otros Estados Centroamericanos hay bastantes regiones elevadas, de El Salvador casi puede afirmarse que todo él es costa. Es notorio que la inmensa mayoría de nuestra población vive en regiones bajas, donde, precisamente, reina la temperatura más propicia para el desarrollo del paludismo.

Cabe, pues, preguntar ¿qué se va a hacer con un pueblo enfermo? Qué se puede hacer con una raza que decae con tanta rapidez? Para nosotros, la respuesta es sencilla: atender, en primer lugar, a rehacer la salud física de esa raza, a vigorizarla, a darle cuerpo. El individuo enclenque, nervioso, afiebrado, siempre necesitado de un excitante, falto de sangre, en perpetua convalescencia, no sirve para ninguna empresa que necesite grandes energías morales ni intelectuales; es un enfermo, y lo que necesita es que se le cure.

Considerando la cuestión desde ese punto de vista, decimos que nada hay en El Salvador más urgente que combatir el paludismo; que hacerlo es una obra de defensa nacional, una obra patriótica.

Quiénes pueden y deben hacerlo? Todos. He aquí una obra de imposible realización si no la acomete la colectividad entera. El gobierno, los médicos, los maestros, los periodistas, son los llamados naturalmente a dar el impulso; pero una vez resueltos a emprender esa tarea, debemos darnos cuenta cabal de que es indispensable hacer entrar en el movimiento a todos los habitantes del país.

Así, pues, habría que fundar una *Liga Nacional Antipalúdica*, con sucursales en todas las Cabeceras de Departamento y de distrito; con millares de socios activos o contribuyentes; habría que interesar en la faena a las mujeres, de quienes depende casi toda la higiene privada, habría que establecer en todas las escuelas primarias superiores un curso especial en que se enseñará qué es el paludismo, de qué proviene y cómo se combate; habría que dar conferencias sobre el mismo tema a los artesanos y a los campesinos:

habría que imprimir y repartir a millares cartillas anti-palúdicas, y buscar otras formas de combate contra el enemigo común. Y habría, habría, habría. . .

Junio 29 de 1929.

¿QUE COSA ES GOBERNAR?

En El Salvador, la vida se hace cada día más difícil. De cuantos países conocemos, el que tiene vida más cara es El Salvador. Aparentemente hay algunos en que se vive tan caro como aquí, en lo que se refiere a lo que se gasta; pero LA CLASE DE VIDA ES MEJOR en esos países. Por ejemplo, si en Nueva York una casa pequeña, lo que llaman un departamento, adecuada para una familia de pequeños recursos, no vale menos de cincuenta dólares, aquí en El Salvador, una casita equivalente en precio, y al alcance de una familia de igual categoría, *es muy inferior* en comodidades a la casita de Nueva York.

En otros países, en Estados Unidos, por ejemplo, la ocupación constante del gobierno y de la municipalidad, es procurar que la vida se haga más fácil para todos. El año de 1920, que vivimos en aquella ciudad, nos dió la impresión vívida de que el sentido de la palabra GOBERNAR había cambiado enteramente en el concepto de los estadistas norteamericanos: raras eran las leyes y disposiciones del Estado o del Municipio que no se encaminaran a regularizar la vida; a evitar que la vida se encareciera o se trastornara. FACILITAR, REGULARIZAR, AMPLIAR Y EMBELLE-CER LA VIDA: ésto es lo que nosotros vimos y entendimos que es allá la significación y el contenido esencial y principal de la palabra *gobernar*.

La doctrina Vitalista cuya expresión mínima es el *Mínimum Vital*, y que algunos aquí, en su inmensa y dichosa

ignorancia se imaginan que es bolchevismo, comenzó a germinar en nuestro pensamiento, allá en Nueva York, la tremenda ciudad de la lucha; y ahora mismo, suspiramos por ver en nuestro país siquiera una sombra de las realidades neoyorquinas en cuanto al empeño del gobierno por hacer la vida siquiera tolerable.

¡Bolchevismo! claman las dos o trescientas familias millonarias o medio millonarias que tienen las tierras, el gran comercio y la alta banca. ¡Bolchevismo! repiten los intonsos plumarios que han puesto al servicio de los opulentos su servilismo y su ignorancia. Y por su parte, los que nos gobiernan, en todas las esferas del gobierno, parece que no tuvieran vínculos de ninguna clase con sus gobernados, a juzgar por la indiferencia con que ven el encarecimiento diario de la vida, y a juzgar también por los actos con que contribuyen a ese encarecimiento.

Se diría que, para no incurrir en el enojo de los que llaman bolchevismo a toda medida elemental de justicia, estuvieran dispuestos a dejar podrirse la Nación en la podredumbre a que la lleva una vida ya imposible por lo cara y lo fea y lo estrecha.

Y bien, en los momentos precisos en que nuestros famosos dirigentes dejan o provocan que la estrechez y la escasez nos consuman, en Inglaterra, aquella tierra de la Autoridad y el Privilegio, aquel reino de la desigualdad social y el Conservatismo, sigue las mismas huellas de los Estados Unidos y practica el GRANDE Y ESENCIAL PRINCIPIO VITALISTA de que GOBERNAR ES HACER VIVIR.

Y quienes lo entienden y practican así, no son únicamente los Laboristas ni los Liberales ni partido alguno al

cual se pueda con justicia apellidar de socialista, sino LOS CONSERVADORES. Es el partido sostenedor de la Pairía, del Mayorazgo, de todos los privilegios; ese que hizo a Bakunin llamar a Inglaterra “La China de Europa”, quien a esta hora va más allá, mucho más allá, en el camino del *Vitalismo* que los sedicentes liberales y republicanos nuestros, momificados y fosilizados desde hace tiempo, aunque ellos se imaginen hallarse vivos y despiertos.

La demostración de lo que decimos, ahí va en ese extracto que hacemos de “La Reforma Social”, referente a las actividades del Partido Conservador Inglés, en los últimos cinco años.

Las medidas más sobresalientes fueron, en lo que atañe a la protección de la vida, las que siguen:

“Desde octubre, 1929, todas las factorías y propiedades usadas con fines productivos serán eximidas de las tres cuartas partes de los impuestos locales.

Tierras y edificios agrícolas que hoy gozan ya de la exención de las tres cuartas partes de los impuestos, serán eximidos de todo impuesto.

Habrá un nuevo sistema de distribución de subvenciones del Tesoro a las autoridades locales, a fin de hacer más igual que hasta ahora el peso entre un área y otra y entre una y otra industria.

Las subvenciones del Estado a las autoridades locales serán todavía aumentadas, de modo que haya alguna reducción de impuestos para el contribuyente ordinario en la mayoría de las áreas del país, y un mayor grado de alivio para el contribuyente en las áreas que están hoy más agradas.

Una ley expedida en 1928 dando a las mujeres el voto local y parlamentario, en los mismos términos que al hombre. Esto aumenta el electorado en 5.250.000 mujeres entre las edades de 21 y 30 años.

El número de funcionarios públicos ha sido reducido a 7.000. Los gastos del Gobierno han sido también reducidos.

La ley de seguro contra la falta de trabajo (1927) faculta al Ministro de Trabajo para pagar, del fondo destinado a los desocupados, los gastos de cursos de instrucción para personas de 16 a 18 años de edad.

En 1926, el Gobierno Conservador aprobó una ley facilitando la adquisición de pequeñas pertenencias por personas de pequeños medios. Bajo esta ley se ayuda al trabajador agrícola a poseer su propia casa y una pequeña porción de tierra.

Un promedio de más de £ 615.000 al año ha sido destinado por el Gobierno para educación e investigación agrícola.

Continuación del subsidio a la construcción de viviendas y legislación prolongando la vigencia de las leyes restrictivas de los alquileres, en protección de las secciones más pobres de la comunidad contra alquileres excesivos, durante el período de carestía de viviendas.

El Gobierno ha cooperado con las autoridades locales en la reparación de las casas en las áreas de los barrios bajos.

La ley de pensiones contributivas a las viudas, huérfanos y ancianos.

La ley de legitimidad (1926), legitimando a los hijos naturales por el matrimonio subsecuente de los padres.

La ley de coordinación y standarización de las empresas de electricidad, de modo que la industria eléctrica sea organizada en una escala nacional y no local.

Una ley estableciendo la igualdad legal del padre y la madre en todos los casos referentes a la guarda, crianza y propiedad de los hijos, *cuyo bienestar será la primera consideración que tomen en cuenta los tribunales.*

La ley que establece requisitos para la adopción de los niños.

Leyes que requieren el registro y la vigilancia de casas de crianza y de maternidad; de protección contra la incompetencia y la irresponsabilidad, a los enfermos pobres y especialmente a las mujeres en el parto; de protección a los niños mentalmente enfermos.

La construcción de 700.000 casas de habitación, en el esfuerzo por resolver el problema de la escasez de viviendas”.

Mientras tanto, aquí. . .

Julio 16 de 1929.

FRENTE A FRENTE

PATRIA nació y tiene el honor de vivir frente a una de las más concurridas cantinas de San Salvador. Felizmente, la ley no prohíbe todavía que se instale un periódico frente a un estanco; de manera que mientras los señores borrachos nos toleren y nosotros nos sintamos honrados con su vecindad, así continuaremos, para bien de la patria, *frente a frente*.

Le tenemos envidia a nuestra vecina: por su clientela innumerable, que no la abandona nunca, ni de día ni de noche, pues a toda hora, desde las seis de la mañana hasta las cinco y cincuenta y nueve minutos del amanecer siguiente, se congrega ahí a escuchar música selecta, a beberse el producto de su trabajo (el de las tías, mamás, hermanas, etc.), a contribuir al ensanche de las rentas, a colaborar con el Ministerio de Hacienda en el sostenimiento del orden y de la cultura.

También le tenemos envidia por las simpatías de que goza y la tranquilidad que las exterioriza: mientras que a nosotros nos hostilizan sin descanso honorables e inteligentes patriotas hombres de prensa; mientras que la Censura nos amenazó muchas veces con clausurar el Diario y hasta con una confiscación de la imprenta, a estos amigos de la esquina nadie, por nada, les molesta jamás, y todos les dejan laborar, rodeándoles de respeto y consideración merecidos.

No sabemos si nuestra vecindad les será enojosa a los patriotas de la esquina. A nosotros la de ellos, no. Cierto

es que muchas noches se hace imposible conciliar el sueño en esta casa; pero eso es culpa nuestra y no suya, puesto que nadie nos ha prohibido ir a dormir a los Planes de Rendedros o a San Antonio de la Ermita, donde las noches son gratísimas.

También es verdad que durante el día el trabajo se nos hace sumamente penoso, a causa de la chirimía eterna que nos obsequia con lo mejor de su repertorio; hay instantes en que vacilamos entre el suicidio y el *bolicidio*; pero, al cabo, optamos por dejar en paz al Ministerio de Hacienda, y nos resignamos a conseguir un tanto de silencio yéndonos de paseo o a comisiones, a diez cuadras de distancia. Nunca nos ha fallado ese recurso; a cuatro o cinco cuadras de este sitio, ya no se oye la algazara de esta sucursal del Ministerio, sino la de otras.

Esta mañana, después de una noche deliciosa, durante la cual reflexionamos sobre el precio tremendo de la cultura y del progreso, cuando se tiene la dicha de ser dirigidos por dirigentes tan preparados y capaces como los nuestros, hemos celebrado sesión, a ver si se nos ocurría un remedio para trabajar con sosiego, no tan oneroso como sería cerrar el diario e irnos de la ciudad. Uno de nosotros más avisado quizá, después de refutar victoriosamente la moción de incendiar el barrio, propuso fundar una escuela primaria, ahí en la otra esquina, en la misma cuadra en que trabaja nuestra contraparte.

La ley, aduce nuestro mocionante, prohíbe que haya estancos patrióticos a menos de cien metros de distancia de una escuela; por consiguiente, si abrimos ahí una escuela, el estanco tendrá que retirarse.

Después de inquirir inútilmente de qué planeta se cayó este señor que se imagina que la ley, aquí en El Sal-

vador, es aplicable a los fuertes; después de recordar la historia divertida de cierto Kindergarten que fué hostilizado largamente para que le dejara libre el puesto a un apreciable cantinero, amigo del “Orden de Cosas”; después de advertirle que las escuelas, con todo y *maestros nuevos*, son una carga para el Gobierno, mientras que *el guaro* le produce 4.600.000 colones por año; después de argüirle que el intento de desplazar a un estanco es un desacato contra los fueros y prerrogativas de nuestra aristocracia *guarera*; después, en fin. . . optamos por respetar el orden establecido, y conformarnos con el inocente desahogo de este articulillo, que nada pretende contra la sabiduría de nuestros economistas; contra la moral superior de la Universidad, que les infundió el saber; contra la maravillosa perspicacia de todos nuestros dirigentes, que han descubierto la imposibilidad absoluta de administrar sin guaro.

Sí, le refutamos a conciencia y en vez de su afán bolchevique de hacer predominar la escuela sobre el estanco, formulamos a nuestra vez un proyectito que nos aliviaría a nosotros y dejaría en su honor y forma y provecho al Fisco y a quien le abastece.

Pero este proyecto será para otro día.

Agosto 20 de 1929.

1000000000

1000000000

1000000000

1000000000

PEGA, PERO ESCUCHA

Está circulando contra mí una hoja anónima, recargada de ira, de la cual, entre varias acusaciones, recojo la siguiente:

“Que en tiempo del presidente Jorge Meléndez, me dieron una *fuerte* suma para que atacara a los maestros, quejosos de que no se les pagaba sus sueldos”.

Es decir, que yo, que en mi folleto “*Las Nuevas Ideas*”, publicado en Amberes en 1913, proclamaba ya que EL PAN ES SAGRADO, me hice culpable, siete años después, del más ruin de los crímenes: ¡atacar por dinero, a los desventurados maestros que reclamaban su pan! . . .

Quien tan bien informado se halla de mis acciones, ha de saber también, CUANTO ME DIERON; DE QUIEN LO RECIBI; CUALES SON LOS ARTICULOS EN QUE ATAQUE A LOS MAESTROS Y LA FECHA DE SU PUBLICACION. Ya con esos detalles comprobatorios, se podría juzgar del caso, y si resultara yo culpable, arrojarme del país, como medida de saneamiento. Por mi parte, ofrezco reproducir en Patria los artículos de referencia, para que tengamos a la vista el cuerpo del delito.

En la hoja de que vengo tratando, se habla con grandísimo enojo del Minimum Vital, que se califica de *mera invención mía*, de una engañifa más sobre las varias que antes he forjado para seducir a incautos. A propósito, se me agracia con los calificativos de hipócrita, perverso, etc., etc.

Deduzco que no es el odio a mí el que ha inspirado esos ataques, sino el *miedo al Partido Vitalista*, que ya se va revelando como una influencia y que, inevitablemente, se convertirá en una fuerza poderosa antes de dos años. Y se cae, una vez más, en la puerilidad de creer que desacreditándome a mí, se atrofia la propaganda vitalicia; que haciendo de mi nombre un andrajo moral, el Vitalismo queda reducido a un miserable expediente que nadie ya se atreverá a difundir como doctrina. Estos son los infantilismos en que se hunde la mentalidad ambiente, la más baja, según parece, de todos los pueblos del trópico en América. En Guatemala y en Honduras, el Vitalismo no ha suscitado oposiciones tan venenosas y torpes. En Costa Rica, menos. Y con toda certeza, no las provocará en ninguna parte así de absurdas como aquí. Posible es que la acojan con la más fría indiferencia; posible es que lo recubran de ironías, y que las gentes finas murmuren sonriendo: “una teoría más” . . .

Pero el encono, la terquedad, la incomprensión llevada hasta la estupidez, la malevolencia exasperada hasta volverse calumnia, eso no se verá si no aquí, en nuestra pobre tierra, donde la mentalidad media, la capacidad comprensiva parece disminuir de año en año, desde 1898 para acá. Lo mismo que ha sucedido con la tierra y con el dinero, viene sucediendo con la inteligencia ilustrada: unos pocos monopolizan el saber y el comprender, y como no se interesan en su difusión, la gran masa se va tornando cada día más reacia al examen, más refractaria al pensamiento, más cerrada al análisis de las ideas y de los hechos.

* * *

Todavía hace unos seis meses, se hubiera podido sofo-car, o más bien retardar la difusión del vitalismo, cubriendo

mi nombre con una buena capa de cieno. Ahora, ya no: ahora, hagan lo que hicieren contra mí, el Mínimum Vital se extiende y crece, se concreta y se organiza, y se apresta a infiltrar su contenido desinfectante y vitalizador en los tejidos grietosos y purulentos de un régimen social condenado a desaparecer. Y es así, precisamente porque la doctrina vitalista no es invención mía (qué más quisiera yo, si no la fórmula ideada por hombres tan nobles y tan sabios como Enrique Georges, a quien el mundo culto venera como a un profeta, y cuyas doctrinas están cristalizándose en asociaciones políticas en Australia, en Dinamarca, en la Argentina, en otras partes. Lean quienes deseen no hablar a tontas y a locas sobre estas cosas, “Progreso y Miseria”, “El Problema de la Tierra”, “El Problema del Trabajo”, de Enrique Georges; lean la “Ética” de Kropotkin, a ver si el Mínimum Vital es invención mía.

Lo que pasa es que en este pueblo nuestro, las gentes se acostumbraron ya a las inmensas cosechas, a los enormes dividendos, a las fortunas que se amasan en un año, al lucro tremendo que no repara en succionar la sangre de los débiles, y que, cegados por ese afán y esa acumulación triunfante de riquezas, no conciben ya que nada ni nadie les perturbe en su marcha conquistadora. Y por éso, en vez de examinar se enfurecen, y en vez de colaborar en la investigación de una fórmula de mayor justicia, de mejor concordia, se entregan a discurrir ardidés malignos y expedientes feos para extinguir la llama que podría alumbrarles y purificarles.

Toda esa gente se imagina que el Mínimum Vital les va a despojar de lo que tienen; que se trata de un saqueo, y que si no tratan como a bandoleros a quienes propagan el Vitalismo, se van a quedar sin tierras, sin casas, sin dinero, y hasta sin camisa. . .

¿Qué culpa tenemos nosotros de que piensen así tan neciamente? ¿Por qué no vienen a discutir con nosotros, a oír lo que se planea y se estudia en nuestra agrupación? ¿Por qué no dominan su pereza y se acercan a cerciorarse por sus propios oídos, del alcance, motivos y propósitos de nuestra propaganda?

PEGA, PERO ESCUCHA: este es el derecho de todo hombre que proclama una idea, y es el deber mínimo de quien rechaza esa idea. Y si se tratase de gentes de noble corazón, ESCUCHAR ANTES DE PEGAR.

En Quezaltenango, en el Casino de la Ciudad, los millonarios de la región se congregaron para oír una detenida exposición de la Doctrina del Minimum Vital. Fueron ellos, los ricos, los terratenientes, los banqueros, los grandes comerciantes, los grandes cafetaleros de la costa, quienes nos invitaron reiteradamente a ir a su centro, a exponer la Doctrina Vitalista, y durante tres horas nos escucharon con atención profunda, con exquisita cortesía, con la elegante actitud del hombre culto, que sabe que la sociedad ni las instituciones ni los credos no se desquician al empuje del primer embustero o aturdido que pasa y les descarga su andanada. Nos ESCUCHARON SIN PEGARNOS; y nunca hemos hablado con más libertad, con más confianza, con más seguridad, con más entereza. Nuestro escarpelo entró hasta lo más hondo en la carne enferma del régimen, ahí a los ojos de sus privilegiados; ahí ante la espectación de sus representativos...

Mientras que aquí, en nuestra tierra, todos quieren pegar y casi ninguno oír...

Por más que digan, la cultura es una gran cosa.

Octubre 4 de 1929.

EL EJERCITO QUE NECESITAMOS

I

Cuatro millones y trescientos mil colones nos cuesta el Ejército, según el Presupuesto vigente.

Más de la sexta parte de los ingresos totales.

Para un país que ya no hace guerras, es un organismo extraordinariamente caro.

Antes, cuando teníamos guerra con Guatemala cada cinco o seis años, y guerra civil cada tres o cuatro, ese gasto enorme era explicable.

Ahora, hace treinta y cinco años que no padecemos guerras civiles, y unos treinta que abrimos los ojos sobre la estupidez que significaba guerrear con Guatemala.

De día en día, la posibilidad de guerra exterior se hace más rara para nosotros. Primero, porque ya perdimos los instintos bárbaros que nos impulsaban frecuentemente al conflicto de sangre. Segundo, porque la extensión de la agricultura, del comercio y de la industria, nos ha colocado en una situación que exige prudencia, orden y paz: sabemos que toda guerra es un negocio pésimo, aun para el vencedor. Tercero, porque ha penetrado en nuestra conciencia, a fuerza de golpes, que nada favorece más a el desarrollo del Imperialismo en América, que las guerras civiles o internacionales. Para nosotros, guerra, empréstitos y concesiones, equivalen al suicidio. Finalmente, porque sentimos ya

que, habiendo cambiado el mundo radicalmente *en sus comunicaciones*, vale decir en su sistema nervioso y vital, ha nacido, y crece día por día, una solidaridad mundial, un estado de ánimo mundial, una manera de ser que nos lleva a relaciones cada vez más íntimas y estrechas; a tal punto, que ya no es posible dañar a un pueblo sin dañarlos a todos. La separación entre las naciones, es ya más aparente que real: nos encaminamos a formar UN SOLO CUERPO, singularmente las naciones de Europa y América, y ya no será posible herir el dedo meñique, sin que se resista el organismo entero.

Por lo que hace a nosotros, ni guerra exterior ni guerra civil nos atraen. El pueblo, que se ofrecía antes, gustosamente, de materia prima para esas aventuras, sabe ya que ningún provecho le reporta; dejó de creer en los viejos caudillos; se ríe de las GLORIAS de nuestra opaca historia; del histrionismo que tantas veces se confundió con el heroísmo, y prefiere que le den trabajo a que le atiborren de leyendas guerreras y de falsificadas marsellesas.

Así, no es exagerado afirmar que hemos salido casi enteramente del período guerrero.

Y siendo ésto así, ¿cómo se justificaría el gasto anual de 4 millones 300 mil colones, sobre un presupuesto de 25 millones 700 mil?

Si ya no hay guerra, ¿por qué mantener un mecanismo guerrero tan oneroso? Si la FUNCION casi no existe ya, y tiende a desaparecer velozmente, ¿por qué mantener el ORGANO, como si hubiera de funcionar con la misma activa e intensa perennidad que antes? No es contra todas las verdades fundamentales de la Biología, el empeñarse en conservar, fortalecer y realzar un organismo sin funciones?

Hasta hoy, el Ejército ha sido entre nosotros, como en todas partes casi, un organismo de guerra: formado para la guerra y adiestrado para la guerra; sencilla y meramente, *un arma de guerra*. Aquello de que es el defensor de las instituciones, es una afirmación gratuita; ni aquí ni en ninguna parte puede ser defensor de las instituciones un organismo cuyo espíritu, cuyo lema es LA NO DELIBERACION, la OBEDIENCIA INMEDIATA AL SUPERIOR. Solamente en horas de transición revolucionaria, como a principios de la Revolución Francesa, o de la Revolución Rusa, o de la Revolución de Cronwell, puede el Ejército defender las instituciones; pero, en realidad, en esos momentos de transición, el Ejército no es tal como le reconocemos normalmente: es el PUEBLO ARMADO, QUE OBEDECE A UN CAUDILLO, QUE PIENSA Y SIENTE COMO EL. Aparte de esas instituciones excepcionales, el Ejército no tiene que ver *conscientemente* con las instituciones: las defiende y guarda, *si se lo mandan*; las ataca y destruye, *si se lo mandan*.

Si hubiera posibilidad absoluta de acabar con las guerras exteriores, la más sencilla lógica prescribiría la total extinción del Ejército. No siendo un pueblo conquistador ni agresivo en ninguna forma, un ejército GUERRE-RO nos sería inútil; y además nocivo, en cuanto demasiado oneroso.

Empero, no se ve próximo el día en que nos veamos libres enteramente de agresiones y de conquistas. Mientras subsista el Imperialismo, debemos armarnos y debemos contar con un Ejército, lo más eficiente posible. No para embestir aisladamente contra un poder incomparablemente superior, sino para unirnos todos los pueblos débiles y oprimidos y librar un día la batalla decisiva contra la CODICIA IMPERIAL.

Sobre esta emergencia inevitable, no cabe abrigar ilusiones: llámese Inglaterra, o Alemania, o Francia o Saxoamérica, la ley evolutiva de todos los Imperialismos es igual e invariable: *penetración pacífica*, mientras el pueblo invadido y explotado no se resiste; marinos, cañones, acorazados y aviones, cuando se cansan de que le extorsionen y le sorban la vida. Únicamente el día en que nos vean a todos los hispanoamericanos unidos para la defensa, para la liberación común, únicamente entonces, REFLEXIONARAN, y comprenderán que todos somos amigos, hermanos, y que tenemos iguales derechos e iguales intereses. Y si entonces no reflexionan, LES HAREMOS REFLEXIONAR, con las mismas razones que ahora usan ellos para civilizarnos: ametralladoras y aeroplanos.

Así, pues, aunque muy lejana la ocasión de guerra, la necesidad de emplear al Ejército como organismo de combate es todavía inevitable. Subsiste su función guerrera como eventualidad, y esa subsistencia obliga a sostenerle con gastos enormes, por mucho que su onerosidad nos pese, y aunque todo nos incite a rebajar el costo excesivo y asfixiante de su mantenimiento.

* * *

Planteado el problema en términos concretos, y para explicar la sorda y creciente aversión que por todas partes se trasluce contra el Ejército, aquí entre nosotros diríamos que el mal se ocasiona, o más bien, que la inutilidad y nocividad que le atribuimos, no radica en su propia naturaleza, en su vida esencial, si no en su *carencia de finalidad* suficiente; de que su *objetivo primario* va desapareciendo; en que, siendo cada día menos problema un conflicto armado, cada día se acentúa la idea de que no necesitamos el

arma para ese conflicto. Sucede con él lo que sucede con todas las cosas que pierden su finalidad; que si antes las colocábamos en un altar, después, ya innecesarias, se nos hacen aburridas y estorbosas, y tendemos a desecharlas, y acabamos arrojándolas.

¿Qué es, entonces lo que conviene hacer para armonizar esta sensación de cosa poco útil y excesivamente cara, que produce el Ejército en la mayoría de las gentes, y la REALIDAD INNEGABLE de que no podemos prescindir de él, porque un día le necesitaremos, seguramente, para libertarnos del bandolerismo imperialista, para recobrar efectivamente, plenamente, nuestra soberanía y nuestra independencia?

Octubre 9 de 1929.



EL EJERCITO QUE NECESITAMOS

II

Aspiramos a constituir nuestro Ejército, en LA LEGIÓN DE HONOR DEL PAIS. A que sea, en el más real, puro y noble sentido, una LEGIÓN DE HONOR, cuyos miembros estén orgullosos de serlo, y de la cual el país entero se sienta satisfecho y glorificado.

Para éso, le encuadramos, no ya en el marco estrecho, hipotético, de su antigua función guerrera, sino en el benéfico, amplísimo y real y perenne de un INSTRUMENTO COLECTIVO DE LA DEFENSA NACIONAL. De organismo semi-parasitario que ahora es, cada día más divorciado de las necesidades vitales del ambiente, le convertiremos en el Gran Defensor y Protector de la Vida Nacional; en la fuente de que manarán con regularidad y constancia, las aguas que fertilicen el terreno en que depositemos las semillas de nuestros esfuerzos.

Si para el individuo se necesitan instrumentos de trabajo; si se necesitan mayores para una familia, y más complicados y eficientes según crece y se hace complejo el grupo social que ha de emplearlos, es fácil comprender que el grupo máximo que se llama *Nación*, requiere para sus grandes empresas colectivas, un instrumento colectivo que responda, por su número y eficiencia, a las universales funciones que ha de llenar.

Y ese instrumento es el Ejército.

Hasta hoy restringido, carísimo y de utilidad más remota y dudosa cada vez, pasará inmediatamente a ser amplio, barato, utilísimo y eficaz. Y en vez de inspirar una aversión creciente, producirá la creciente impresión de que en él radican los grandes intereses y los mejores anhelos de la colectividad.

Para ello, nosotros entendemos que el Ejército ha de asumir las funciones y responsabilidades que comporta la DEFENSA DE LA NACION, ramificada en las actividades siguientes:

1ª: *defensa* contra la agresión exterior, o función guerrera propiamente dicha.

2ª: *defensa* contra la incomunicación, o sea apertura y mantenimiento de las carreteras.

3ª: *defensa* contra la suciedad, o sea introducción del agua en cantidad bastante a todas las poblaciones y aldeas del país.

4ª: *defensa* contra la enfermedad y el aniquilamiento de la raza, o sea desecación de los pantanos.

5ª: *defensa* contra la esterilidad de la tierra, o sea resiembra y mantenimiento de los bosques, y vigilancia sobre la regulación de su tala.

6ª: *defensa* contra incendios, inundaciones, terremotos, plagas, ciclones, etc., etc.; preventivamente en lo que fuese prevenible y como remedio y corrección en lo imprevisto.

7ª: *defensa* del Orden Público y de las Instituciones, en la forma que estudiaremos en un próximo artículo.

En conexión con este esquema de atribuciones, le pediríamos al Ejército que, en TIEMPO DE PAZ, es decir, no estando en guerra con otro país, no nos ocasione un gasto mayor que el 13% del presupuesto anual. Se entiende, DE UN PRESUPUESTO SIN DEFICIT.

Actualmente, según el Presupuesto, gastamos en el Ejército, 11 mil 952 COLONES DIARIOS.

Si reducimos esa suma a un 13%, o sea a 3 millones 250 mil colones por año, y si, además, el Ejército consiente en asumir las altas funciones que le atribuimos, entonces no solamente no será caro, sino que será REPRODUCTIVO. En gran manera, económica y moralmente.

Tal sería el EJERCITO VITALISTA.

Octubre 14 de 1929.

EL HOMBRE CULTO

En presencia de las verdades nuevas.

Defino la *cultura* como EL DESARROLLO ARMONICO DE TODAS LAS FACULTADES DEL HOMBRE, ELEVADAS A SU MAXIMA POTENCIALIDAD.

El hombre culto se caracteriza por su tolerancia, curiosidad mental, serenidad, respeto y desinterés en presencia de la verdad nueva.

Se caracteriza por su recelo de vivir en el error, y por su fervorosa disposición a cambiar de ideas, en presencia de una verdad superior. Una verdad superior es, necesariamente, de mayor amplitud e integralidad que aquella verdad a quien supera.

El bárbaro se inquieta y se desconcierta ante la verdad nueva. Su mentalidad primitiva —ruda y estrecha—, no le permite *abstraer* la verdad, sino que la identifica con un hombre u otro ser cualquiera. Como su mente no es flexible, no se aviene sin grande esfuerzo y pena a cambiar el plano general y habitual de sus pensamientos. Si su instinto le hace presentir ventajas inmediatas para él o para los suyos, sigue al hombre que le trae la verdad nueva: le enaltece, le diviniza, y se le entrega con docilidad y fervor. Si esas ventajas son dudosas, o presiente dificultades y complicaciones, su pereza mental se subleva, su egoísmo se encrespa, y todo él se vuelve hostil y agresivo contra el emisario de la nueva doctrina.

Hay casos en que la identificación de la idea con el hombre es explicable y natural: *cuando su verificación depende de las cualidades personales del propagador*. NO LO ES, ABSOLUTAMENTE, CUANDO LA IDEA TIENE EN SI MISMA SU PLENA VIRTUALIDAD, y sólo pide que se la examine con atención y lealtad para revelar toda la eficiencia de su contenido.

Un hombre culto es, necesariamente y en la máxima expresión de la palabra, UN LIBRE PENSADOR. Un libre pensador se mantiene siempre en actitud independiente respecto de las ideas reinantes, costumbres, credos políticos, sociales y religiosos; tradiciones de casta, de raza y de patria; moralidad y leyes. Se mantiene libre, sobre todo, respecto de sí mismo, y dispuesto a tirar por la borda el contenido íntegro de su mente, si una luz más clara le hace ver que ese contenido es de calidad inferior. El lema del libre pensador es, invariablemente, LA VERDAD ANTE TODO Y SOBRE TODAS LAS COSAS.

Para el bárbaro la verdad es estática. En su pensamiento reina una tendencia a la estratificación. La idea aceptada se le enquista, y de esa piedra forja un dios. Todo lo que atenta contra esa petrificación, le sabe a sacrilegio, a blasfemia, y para él son criminales quienes dudan, y dignos de muerte los que niegan. Esa es la gente que le insulta a uno o le denigra si no va a misa, si no se descubre cuando se canta el Himno Nacional, si no se detiene conmovido al izarse la bandera; si no se entusiasma cuando se proclama el odio o la guerra contra el pueblo vecino; si no se sujeta a todas las normas establecidas y no se conforma con todos los preceptos consagrados. Tales hombres son auténticos esclavos mentales, para quienes la actitud de un hombre libre es siempre de abominación y de escándalo.

En cambio, para el hombre de acendrada cultura, no existe el escándalo: ninguna afirmación le subleva; ninguna negación le exaspera. La verdad, para él, *no está*, no permanece, si no que *deviene* constantemente, ampliándose e integrándose constantemente. Su tendencia y su ley son dejar con alegría la verdad más estrecha por la verdad más amplia; la de menos justicia por la de mayor equidad; la más circunscrita por la más genérica; la más específica por la más sintética.

Como los aspectos de las cosas son innumerables; como el contenido de cada ser es inagotable, el hombre de pensamiento libre y activo descubre día a día un nuevo aspecto, una nueva modalidad, un nuevo matiz en cada objeto, en cada idea, en cada ser; y ese descubrimiento modifica y rehace perennemente el edificio de sus ideas; de sus concepciones sobre la vida y las cosas, sobre el hombre y Dios. Y si se mantiene tranquilo ante la masa de prejuicios y de errores anquilosados que le circundan; y si vive en actitud de respeto y de avenimiento con los más, es porque sabe que no tiene derecho a violentar las conciencias, ni puede forzar el ritmo de los cerebros hasta llevarlos al mismo diapasón que el suyo.

Mas, precisamente por ese respeto y esa tolerancia que él practica para con su ambiente, **ES SU DERECHO ABSOLUTO QUE EL AMBIENTE LE RESPETE A EL**, y no le tire piedras cuando él le arroje perlas. Que no le siga, bueno; pero que no le infame, que no le flagele.

La mayor o menor barbarie de un pueblo tiene como exacta medida su mayor o menor agresividad contra la verdad nueva; su impulso de persecución y ofensa ante el hombre que le predica esa verdad. El aforismo histórico de que “nadie es profeta en su pueblo”, no es verídico en-

teramente si no en los ambientes bárbaros; y cuando Jesús se quejaba de que en Israel todos los profetas morían de muerte violenta, denunciaba la barbarie intensa de aquel pueblo, uno de los más bárbaros de la historia.

En un ambiente culto, no solamente el profeta, cualquier hombre de mentalidad esclarecida, es oído con respeto y benevolencia, y si no es endiosado ni se le acata, por lo menos se le tolera. No fué apedreado Enrique Georges en California, ni Spencer en Inglaterra, ni Voltaire en Francia, Tólstoi fué oído en la Rusia de los zares, sin que nadie pretendiera desollarle vivo; a Eliseo Reclus, si le aprisionaron, no fué por sus ideas si no porque tomó parte en la Comuna, y tanto a él como a Kropotkin, les aplicaron la pena en el grado mínimo, y con tales miramientos que más bien parecían ellos los jueces que no los reos. Actualmente, en todos los pueblos que de verdad son cultos, los hombres que *disienten*, que no piensan como los demás, que pronuncian nuevas palabras, gozan de libertad completa, y no están condenados a vivir defendiéndose de calumnias, ni a sobrellevar las groserías de los incomprensivos. En Inglaterra, Bernard Shaw sacude diariamente el andamiaje de la mentalidad nacional; sus paradojas y sus negaciones son como una ráfaga intermitente contra el barco en que bogan las ideas habituales de sus compatriotas. Y no por eso le calumnian ni le ultrajan.

Son los pueblos bárbaros, primitivos, ignorantes, los que se enfurecen y se revuelven airados contra el hombre que les dice una palabra nueva; son aquellos que en vez de mentores han tenido capataces, y donde el rebenque y el látigo, la impostura y la tiranía han anquilosado la facultad del raciocinio y enmohecido las conciencias.

Antiguamente, hubo ejemplos maravillosos de pueblos

que rodeaban de respeto y veneración a sus profetas. Diógenes vivió desafiando ásperamente a los atenienses; Platón fué consultado por el tirano de Siracusa; en Babilonia, Daniel fué elevado por Nabucodonosor a la categoría de Príncipe, en recompensa de sus reprensiones; en China, anduvo Confucio de feudo en feudo, llamado por los grandes señores, diciendo sus verdades y modelando con ellas la familia y la sociedad. Y a Buda, los reyes salían a recibirle a la puerta de las ciudades.

Siempre y en todas partes, la hosquedad contra el hombre que se sustrae al rebaño, es signo de incultura, de temperamento bravío, de áspera índole, de mentalidad incipiente.

Noviembre 5 de 1929.

PODERES REALES Y PODERES SUPUESTOS

Este es el momento.

La doctrina de los tres Poderes —Legislativo, Ejecutivo y Judicial—, falsa en teoría e ilusoria en la práctica, es una de tantas novedades fascinadoras que sedujeron a los pueblos y que, tras de muchos esfuerzos y dolorosos sacrificios, les han dejado un desengaño más. . .

El Poder Ejecutivo que, según la doctrina, sería “un mero servidor, concretado a ejecutar lo que acordaran los otros poderes”, es, en realidad, EL PODER UNICO, de quien los otros son coadyutores, cuando no simples instrumentos o figuras decorativas.

Por qué es así? Porque el Ejecutivo tiene en sus manos, plena y constantemente, EL DINERO Y LAS ARMAS. Donde quiera que tal sucede —monarquía, república, dictadura—, ese o esos que disponen del dinero y de las armas son el Poder, y constituyen verdaderamente el Gobierno.

Disponer de las armas, significa ser dueño de la libertad de los demás. Disponer del dinero significa ser dueño del pan de los demás. Quien dispone de ambas cosas, es, en la realidad innegable e inevitable, dueño de la *vida de los demás*, puesto que, esencialmente, la libertad y el pan constituyen la vida. Los hombres todos, si tenemos vicios, obligaciones de familia, enfermedades, o simple hábito de vivir con holgura, estamos en manos de cualquiera que

pueda coartar nuestra libertad o dificultar nuestro pan. Solamente los santos y los héroes son capaces de sustraerse a esta necesidad fatal.

¿Siendo esto así, dónde radica la única y eficaz barrera que atenúa o detiene los avances ilegales del Poder Ejecutivo? Radica en la cultura moral de quienes lo ejercen y en la influencia o en el temor que en ellos ejerce la opinión pública. Con una Constitución como la nuestra y la de casi todas nuestras democracias tropicales, es enteramente hacedero y fácil gobernar despóticamente, DENTRO DE LA LEY. Tan fácil, que puede afirmarse la incapacidad mental o la grosería moral de aquellos gobiernos que violan abiertamente las prescripciones constitucionales. Poca habilidad y escaso don de gentes y de gobierno se necesitan para cubrir las apariencias, cuando tenemos en la diestra las armas y en la siniestra el dinero: salvo que una opinión pública celosa, amplia y disciplinada, nos haga recordar que nuestros actos ilegales nos atraerán sus iras.

Aquí tenemos, pues, dos PODERES REALES, no legislados ni articulados, no prescritos en ninguna ley positiva; dos poderes meramente espirituales que son, sin embargo, de mayor eficacia incomparablemente, que esos poderes fantasmagóricos que se llaman Legislativo y Judicial; los cuales no son libres sino en la medida en que les permite que lo sean el real y viviente Poder que dispone de las armas y del dinero.

La cultura moral del gobernante, si es sólida y vivaz, SI ES UNA CRISTALIZACION DE SU CONCIENCIA, le obligará a gobernar con ley y justicia, aun si el pueblo a quien gobernar hubiese caído en la mayor degeneración. Tal sucedió con algunos grandes emperadores romanos, especialmente con Marco Aurelio.

La opinión pública, si es fuerte, celosa y organizada, contiene a los gobernantes de instintos más despóticos; les retiene dentro de la justicia, aun cuando tengan de su parte la ley escrita, aunque las armas y el dinero les confieran poderes temibles; pues saben que esa opinión pública es capaz de quebrar todas las resistencias y derribar todas las barreras. LA CONCIENCIA COLECTIVA, QUE GENERA, MUEVE Y ORIENTA LA OPINION PUBLICA, FACILMENTE SE TRUECA EN VOLUNTAD, EN NECESIDAD DE ACCION, Y ARRASTRA Y SUBYUGA A LOS MISMOS ENCARGADOS DE OPRIMIRLA Y SOFOCARLA.

De tal guisa, que ahí donde los hombres que gobiernan, los que constituyen el Poder Ejecutivo —real y único—, no tienen conciencia imperiosa y viva y clara de sus deberes, y allí donde la Conciencia Colectiva no es eficiente por su número y su profundidad, es imposible la justicia y es improbable la legalidad. El azar, el capricho y la pasión, suplantarán constante e inevitablemente a las prescripciones de la ley y de la equidad.

Enero 17 de 1930.

EL EJERCITO QUIERE MANDAR

Leopoldo Lugones, encarándose con muchos y fuertes hombres de pensamiento en Hispano América, ha escrito y repetido enfáticamente: HA LLEGADO LA HORA DE LA ESPADA.

Es decir, la hora de los hombres de acción, de disciplina y de orden, que saben colocar las *realidades vitales* por encima de la oratoria, del papeleo, de las abstracciones, del legisleteo.

¿Poseen esas características los hombres de la espada, en mayor grado que los hombres civiles?

No está probado. Pero tampoco está probado que los civiles las posean en mayor grado que los militares. Hombres de espada, de pluma, de bisturí, de azada o de ley, suelen aparecer de tarde en tarde, para ventura de los pueblos, que son hombres verdaderos, hombres que se sienten constantemente *en presencia de la realidad*, y para quienes la letra nada vale cuando no la alienta el espíritu.

Así también, para desventura de los pueblos, transcurren a veces lustros, décadas y aun centenios, sin que surja y ascienda al gobierno un hombre veraz, valeroso y realístico, lo que los pueblos antiguos llamaban UN REY. Entonces gobiernan y predominan los charlatanes, y la mentira inficiona y adensa la atmósfera.

¿Ha llegado, entre nosotros, la hora de la espada?

No lo sabemos; el único síntoma, no de mucho valor, es que el Ejército quiere mandar, y para mandar intenta que uno de sus jefes ascienda a la Presidencia de la República.

Digamos en su honor, que su intento se enmarca dentro de la ley y que no pretende, absolutamente, *imponer* a uno de los suyos, sino *proponer* a la Nación que lo elija por sus méritos y por sus virtudes.

Ahora bien, y aceptado que están en lo lícito y en lo legal, falta demostrar que están en lo justo y merecido, o sea que los hombres que ellos señalan a la consideración pública son superiores a los candidatos civiles. O sea que, lo mismo que los civiles, están obligados a decir PORQUE Y PARA QUE.

¿Por qué quiere usted gobernarnos? Y sobre todo, ¿PARA QUE?

El *por qué* significa exponer y comprobar capacidades y experiencias; el *para qué* es revelar propósitos, no solamente como intenciones, sino como programas de acción estudiados, meditados y decididos en consonancia con lo que, en esta hora, es urgente, es posible, es viable.

Honrados, íntegros, sin vicios, hombres de hogar y de trabajo, han de ser todos aquellos que pretendan mandarnos. Pero no solamente eso; pues la ignorancia y la falta de escuela, anularían todas las buenas intenciones y todas las virtudes de un incapaz. El gobierno es ya entre nosotros una técnica, y dentro de las relatividades, es forzoso escoger a quienes sepan, es decir, a quienes tengan conocimiento de las cosas, siquiera en la medida suficiente para saber si sus colaboradores están trabajando bien o mal en los ramos que se les confiaron.

Aquello de que basta la mano de hierro y el corazón puro, ya no es cierto, ni lo fué jamás. Se necesita INTELIGENCIA, cuando no saber. Donde quiera que los hombres realizan bien una empresa o un propósito, es porque lo hacen con INTELIGENCIA. Los tontos, los negados, a lo sumo son buenos para tornillo de la máquina, para tranca de las puertas, para funciones limitadas, simplistas y constantes.

Pero el gobierno, aun el de una casa, no es cosa simplista si no compleja, flexible, complicable, y requiere conocimiento, mentalidad, no menos que virtud y buena intención.

Así es que los hombres que se estiman a sí mismos capaces de regirnos, deben mostrar sus ejecutorias y exponer sus propósitos. Uno y otro con sencillez, verdad, claridad, para que todos podamos medir, o presumir siquiera, el grado de capacidad real de cada proponente.

¿Por qué quieren ustedes gobernarnos? ¿Para qué?

Estas son las preguntas a que deben responder quienes aspiran al gobierno de la nación, si es que de veras son patriotas a la manera nueva, y única justificable.

Hasta hoy, ningún civil ha respondido, acaso por no anticipar innecesariamente la lucha electoral. Pero se aproxima el momento en que tendrán que hacerlo. Si entre ellos hubiese HOMBRES NUEVOS, HOMBRES DE REALIDADES, lo harán. Pues lo mismo tendrán que hacer los candidatos militares, si fuese verdad que ha llegado la hora de la espada, y si espada volviese a significar, como en antiguos tiempos, virtud, veracidad, desinterés, sentido de las realidades.

Febrero 16 de 1930.



INDICE

	<i>Página</i>
<i>Prólogo</i>	7
<i>Blasón</i>	9
<i>Patria</i>	11
<i>Dar</i>	15
<i>Nuestro Problema Escolar</i>	19
<i>No Redentor sino Barredor</i>	23
<i>El Día del Maestro</i>	27
<i>De Mal Vivir</i>	31
<i>Cultura</i>	35
<i>El Minimum Vital</i>	39
<i>Cuatro de Julio</i>	45
<i>La Vivienda</i>	47
<i>La Hora de la Sinceridad</i>	53
<i>Habrá que Esperar</i>	57
<i>Terraaje</i>	61
<i>Hagamos las Paces con el Idolo</i>	67
<i>El Aire no, pero el Tabaco sí</i>	71
<i>Humanización</i>	75
<i>La Doctrina del Minimum Vital</i>	79

	<i>Página</i>
<i>I.—Su Definición y Alcances</i>	
<i>La Doctrina del Minimum Vital</i>	83
<i>II.—Su Definición y Alcances</i>	
<i>La Doctrina del Minimum Vital III</i>	89
<i>III.—Sus Fundamentos</i>	
<i>La Doctrina del Minimum Vital IV</i>	93
<i>IV.—Sus Fundamentos</i>	
<i>Comencemos Ya</i>	97
<i>Buscamos Sembradores</i>	101
<i>La Vida Frente al Dinero</i>	105
<i>Una de Cal y otra de Arena</i>	109
<i>Vocación</i>	115
<i>Kshattriyas y Vaicyas</i>	119
<i>La Verdad es lo que es</i>	125
<i>Con el Patriota Inmaculado</i>	129
<i>Definirse</i>	133
<i>Definirse II</i>	139
<i>La Misión de América</i>	143
<i>La Misión de América II</i>	147
<i>La Misión de América III</i>	153
<i>¿Sembrando Odios?</i>	157

	<i>Página</i>
<i>Liberación de la Mujer I</i>	161
<i>Liberación de la Mujer II</i>	165
<i>El Vino Nuevo en Odres Nuevos</i>	167
<i>El Matazano</i>	169
<i>Pan o Revólver</i>	171
<i>El Llega</i>	175
<i>La Crisis del Maíz</i>	179
<i>Por todos los Caminos</i>	183
<i>Economía del Minimum Vital</i>	189
<i>El Camino que estamos recorriendo</i>	191
<i>La Segunda Jornada</i>	197
<i>Entre el Zancudo y el Guaro</i>	201
<i>¿Qué Cosa es Gobernar?</i>	205
<i>Frente a Frente</i>	211
<i>Pega, pero escucha</i>	219
<i>El Ejército que necesitamos</i>	219
<i>El Ejército que necesitamos II</i>	225
<i>El Hombre Culto</i>	229
<i>Poderes reales y poderes supuestos</i>	235
<i>El Ejército quiere mandar</i>	239

Este Libro se terminó de imprimir el día treinta de julio de mil novecientos sesenta en los talleres de la Editorial Universitaria "José B. Cisneros", San Salvador, El Salvador, C. A.

Manlio Argueta 18/02/2014



EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Salvador, El Salvador, C. A.